ICTIANDRO
Alexander Beliaev



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE - "DEMONIO MARINO"

Era una de esas sofocantes noches de enero tan propias del verano argentino, en que miríadas de estrellas cubren el azabachado cielo. El "Medusa" permanecía anclado en absoluta quietud, pues tal bonanza reinaba que no se oía ni el rumor del agua ni el rechinar de las jarcias. El océano parecía estar sumido en profundo sopor.

Los buzos -pescadores de perlas- yacían semidesnudos en la cubierta de la goleta. Fatigados por el arduo trabajo y el abrasador sol se revolcaban, suspiraban y gritaban inmersos en angustiosa modorra. Las extremidades de aquellos hombres se sacudían; sintiéndose, tal vez, acosados hasta en sueños por sus temibles enemigos, los tiburones. En días tan calurosos y tranquilos su agobio era tal que, concluida la faena, no estaban en condiciones siquiera de subir los botes a bordo. Aunque aquella noche esa tarea habría sido superflua, pues nada auguraba cambios del tiempo, por eso quedaron los botes a flote, amarrados a la cadena del ancla. Vergas desniveladas, jarcias desajustadas, foque sin izar apenas tremolante, tan suave era la brisa. Era el cuadro que presentaba la goleta. El espacio comprendido entre el castillo de proa y el alcázar se veía cubierto de ostras perlíferas, fracciones de soportes calizos de corales, cuerdas utilizadas por los buzos para descender al fondo, redes para embolsar ostras y toneles vacíos.

Al pie del mástil mesana se hallaba un gran tonel con agua potable, que tenía encadenada una pequeña vasija de latón. En torno al tonel se extendía una gran mancha, consecuencia del agua derramada.

De vez en cuando se levantaba algún pescador medio dormido y, atropellando a los tumbados, se dirigía al tonel tambaleándose y pisando brazos, piernas y cuanto se le ponía por delante. Sin abrir los ojos, echábase al coleto una vasija de agua y se dejaba caer en cualquier lugar, cual se hubiera tomado alcohol puro y no agua. A los buzos les atormentaba la sed: por la mañana resulta peligroso desayunar antes de la jornada -la presión en el fondo es demasiado alta-, por eso trabajan todo el día en ayunas hasta que oscurece en el fondo, pudiendo comer sólo al caer la noche, antes de acostarse a dormir. Y su casi único alimento era la cecina.

Esa noche le tocaba hacer guardia al indio Baltasar; hombre de confianza del capitán Pedro Zurita, propietario de la goleta "Medusa".

En sus años mozos, Baltasar había sido famoso pescador de perlas: podía permanecer bajo el agua noventa y hasta cien segundos, el doble de lo común.

"¿Por qué así? Pues muy sencillo, porque en nuestra época sabían enseñar y lo hacían desde la misma infancia -les decía Baltasar a los principiantes-. Tendría yo unos diez años cuando mi padre me hizo aprendiz de don José, lugareño que enseñaba a doce jovenzuelos y lo hacía del modo siguiente. Tiraba un guijarro blanco o una ostra al agua y ordenaba: '¡Bucea y tráemela!' Seguidamente iba tirándola a lugares siempre más hondos. Quien volviera sin ella era azotado y lanzado al agua como un cachorro. '¡Bucea de nuevo!' Así nos enseñó a bucear. Después comenzó a adiestrarnos en el arte de permanecer el mayor tiempo posible bajo el agua. El viejo y experto pescador bajaba al fondo, amarraba una canasta o una red al ancla, y nosotros debíamos bucear y desamarrarla. Pero que a nadie se le ocurriera aparecer en la superficie sin haber desatado el nudo, pues le esperaba un latigazo.

Nos flagelaban sin piedad. Semejante maltrato no era soportable para cualquiera; no obstante, llegué a ser el mejor buzo de la comarca. Ahora sí, debo

confesar que mis esfuerzos eran compensados con pingües ganancias."

Llegó la vejez, y Baltasar abandonó tan riesgoso oficio: la pierna izquierda mutilada por un tiburón y una horrenda cicatriz en el costado. Abrió en Buenos Aires una tiendecita y se dedicó a vender perlas, corales, conchas y otras rarezas del mar. Pero la vida en tierra firme le aburría; su único alivio era buscar perlas, faena a la que se incorporaba con frecuencia. Los industriales le brindaban su simpatía y aprecio, pues nadie mejor que Baltasar conocía la bahía de La Plata, sus aguas costeras y los lugares donde pululaban las ostras perlíferas. Los pescadores, su respeto. Nadie como él sabía contentar a todos: buzos y amos.

De los principiantes no guardaba secretos, les enseñaba cuanto estaba relacionado con el oficio: a retener la respiración, repeler ataques de tiburones y, cuando estaba de buen humor, hasta a sisarle al amo la mejor perla.

Los industriales, propietarios de goletas, le apreciaban por su destreza, pues era un hombre a quien le bastaba una fugaz mirada para determinar, de modo infalible, el valor de la perla y seleccionar rápidamente las mejores para el amo.

Eso contribuía a que los industriales le utilizaran gustosos en calidad de ayudante o asesor.

Sentado en un barril, Baltasar se deleitaba fumando un habano. La luz de un farol, colgado del mástil, iluminaba su rostro araucano: ovalado, sin pómulos abultados, nariz perfecta y grandes ojos. Los párpados de Baltasar caían cual si fueran de plomo y se tornaban perezosos al abrirse. Estaba dormitando. Pero si sus ojos dormían, los oídos permanecían alerta. Vigilaban y advertían la inminencia del peligro, incluso hallándose inmerso en el más profundo sopor. Pero en este preciso momento Baltasar sólo oía suspiros y farfullar de los durmientes. Desde la orilla llegaba el pestilente olor a ostras perlíferas en putrefacción: las dejaban pudrirse para sacarles con más facilidad las perlas ya que el molusco vivo es más difícil de abrir. Para quien no esté habituado, ese olor le resultará repugnante, pero Baltasar lo inhalaba con satisfacción. A un vagabundo, un buscador de perlas como él, ese olor le arrulla recordándole las alegrías que ofrece la vida libre y los emocionantes peligros que entraña el mar.

Tras sacarles las perlas, las conchas más grandes eran trasladadas a bordo del "Medusa". Como buen negociante, Zurita vendía esas conchas a una fábrica productora de botones y gemelos.

Baltasar dormía. El relajamiento debilitó muy pronto la presión de los dedos que, al aflojarse, soltaron el puro. La cabeza le cayó sobre el pecho.

Pero a su conciencia llegó un sonido extraño, procedente del océano. El sonido volvió a repetirse más cerca. Esta vez Baltasar abrió los ojos. Era como si alguien tocara una trompa y luego una joven y alegre voz humana gritara: "¡Ah!" y luego una octava más alto: "¡Ah-a!"

El melodioso sonido de la trompa no se semejaba al desapacible de la sirena de un vapor; tampoco la alegre exclamación se parecía, en modo alguno, al grito de auxilio de un náufrago. Era algo nuevo, insólito. Baltasar se puso en pie, y la sensación de que la noche había refrescado súbitamente se apoderó de él. Fue hacia la borda y escrutó el espejo del océano. Ni un alma. El silencio era ensordecedor. Baltasar pateó a un indio que yacía a sus pies y, apenas incorporado éste, le dijo quedo, muy quedo:

-Grita. Debe ser él.

-No le oigo -respondió también bajito el indígena, todavía de rodillas y tratando de oír lo que le decían. En ese preciso momento volvieron a romper súbitamente el silencio la trompa y el grito:

-¡Ah-a...!

Al oír el sonido, el indio se agachó como si le hubieran soltado un latigazo.

-Sí, debe ser él -profirió el indígena, castañeteando los dientes del susto.

Despertaron los demás pescadores. Y cual si buscaran protección contra la noche en los débiles rayos de la amarillenta luz, fueron arrastrándose hacia el lugar iluminado por el farol. Estaban sentados, apretujándose unos contra otros afinando el oído. El sonido de la trompa y la voz llegaron esta vez desde la lejanía, y todo quedó inmerso en profundo silencio.

-Es él... e...

-El "demonio marino" -susurraron los pescadores.

-¡No podemos permanecer más aquí!

-¡Es más horrible que un tiburón!

-¡Llamen al amo!

Se oyeron pasos de pies descalzos. Pedro Zurita -amo de la goleta- apareció en cubierta bostezando y rascándose el velludo pecho. Venía desnudo de medio cuerpo, vistiendo sólo calzón de lienzo y revólver al cinto. Se acercó a la gente y el farol le iluminó el somnoliento rostro bronceado, el espeso cabello ondulado -caído en mechones sobre la frente-, las negras y pobladas cejas, el retorcido mostacho y una pequeña barbita entrecana.

-¿Qué pasa?

Su ruda y serena voz, así como su aire de hombre seguro de sí mismo tranquilizaron a los indios.

Todos quisieron hablar al mismo tiempo.

Baltasar les hizo callar con un ademán, y dijo:

-Hemos oído la voz del... del "demonio marino".

-¡Pura imaginación! -respondió Pedro somnoliento todavía, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

-No, nada de imaginación. ¡Todos hemos oído "ah-a" y el sonido de la trompa! -gritaron los pescadores.

Baltasar les acalló con el mismo gesto y prosiguió:

-Yo mismo lo he oído. Así sólo puede berrear el "diablo". En el mar nadie grita ni berrea así. Debemos irnos de aquí cuanto antes.

-Cuentos -profirió con la misma flojera Pedro Zurita. Al amo no le hacía ninguna gracia tener que embarcar ahora las hediondas ostras en proceso de putrefacción y levar anclas. Pero no consiguió persuadir a los indios, quienes daban muestras de verdadera zozobra, gesticulaban, gritaban, amenazaban con desembarcar mañana mismo e irse a pie a Buenos Aires, si Zurita no levaba anclas.

-¡Mal rayo les parta a ustedes y al "demonio marino"! Bien, zarparemos con el alba. -Y, sin dejar de rezongar, retiróse el capitán a su camarote.

Pero ya se había desvelado. Encendió la lámpara, prendió su cigarro puro y comenzó a pasearse por el reducido camarote. Pensaba en el extraño ente que, desde cierto tiempo acá, había aparecido en aquellas aguas, infundiendo pavor a pescadores y costeros.

Nadie había visto todavía al monstruo, pero él ya se había hecho sentir en diversas ocasiones. Sobre su existencia corrían fábulas, contadas por los marineros a media voz, tal era el miedo que tenían de ser oídos por él.

Unos decían ser perjudicados por su presencia; otros, inesperadamente, beneficiados. "Es el Dios del mar -decían los indios más viejos-, que emerge cada milenio de las profundidades oceánicas para restablecer la justicia en la tierra."

Para los supersticiosos españoles -persuadidos por los sacerdotes católicos- era el demonio marino, que se le aparecía a la gente olvidadiza e irrespetuosa para

con la sagrada iglesia católica.

Esos rumores llegaron de boca en boca hasta Buenos Aires. El "demonio marino" devino, durante varias semanas, pasto de cronistas y panfletistas en la prensa menos prestigiosa. Todo naufragio de goletas o pesqueros en circunstancias imprecisas, ruptura de redes o desaparición de peces capturados se le atribuía al "demonio marino". No obstante, había quien contaba que se dieron casos cuando echó grandes peces a botes de pescadores y, en cierta ocasión, hasta salvó a un náufrago.

Hubo incluso un hombre que aseveraba: cuando él comenzó a hundirse, alguien le sostuvo por la espalda y, manteniéndole a flote, le llevó hasta la orilla, desapareciendo en las olas tan pronto el salvado pisó la arena.

Lo más asombroso era que nadie había logrado ver al "diablo", ni podía describir al enigmático ser. No faltaron, naturalmente, "testigos oculares". Estos pintaban al monstruo con cornamenta, barba de chivo, zarpas de león y cola de pez, o en forma de gigantesco sapo con cuernos, y piernas de hombre.

Las autoridades de Buenos Aires, al principio, no prestaron atención a ese género de rumores y publicaciones, considerándolos mera fantasía.

Pero la inquietud cundía -fundamentalmente en los medios pesqueros- en grado tal que muchos pescadores decidieron no hacerse a la mar. La captura se vio reducida de inmediato, y, como consecuencia, la oferta en el mercado. Esto obligó a las autoridades a investigar el caso, y a enviar con ese fin varios vapores y lanchas motoras de la guardia costera con la misión de "detener al sujeto que sembraba el pánico entre la población del litoral".

La policía se pasó dos semanas surcando la bahía de La Plata y recorriendo sus costas, pero sólo pudo arrestar a varios indios como difusores de falsos rumores, con lo que contribuían a propagar y exacerbar la inquietud. El "diablo" seguía imperceptible.

El jefe de la policía hizo público un bando especial, en el que patentizaba la inexistencia de "diablo" alguno y afirmaba que los rumores al respecto no eran mas que vanas imaginaciones de gente ignorante, ya arrestada, y que llevará el merecido castigo. Persuadía a los pescadores a preterir esos rumores y reanudar la pesca.

Esto contribuyó a que la gente se tranquilizara por cierto tiempo. Pero las bromas del "demonio" no cesaban.

Cierta noche, unos pescadores que se hallaban lejos de la orilla se despertaron al oír los balidos de un corderito, aparecido milagrosamente en la cubierta del barco. Otros hallaron sus redes rotas y haladas.

Contentos por la reaparición del "diablo", los periodistas esperaban ahora la explicación científica del fenómeno.

Y esta no se hizo esperar.

Los científicos opinaban que en el océano no podía existir monstruo marino alguno ignorado por la ciencia y, sobre todo, capaz de realizar hechos propios exclusivamente del hombre. "Otro asunto sería -decían los doctos en la materia- si ese ser apareciera en las profundidades oceánicas, escasamente estudiadas aún." Pero no podían admitir que el supuesto ser pudiera obrar de modo razonable. Al igual que el jefe de los carabineros, los científicos consideraban que todo eso parecía, más bien, travesuras de algún gamberro.

Pero no todos los eruditos eran de esa misma opinión.

Hubo quienes alegaron al célebre naturalista suizo Konrad von Gesner, a quien se le debe la descripción de la virgen, el diablo, el monje y el obispo, todos ellos marinos.

"En última instancia, mucho de lo previsto por los sabios de la antigüedad y del Medioevo se ha venido a justificar pese a la evidente hostilidad mostrada por la nueva ciencia respecto a las doctrinas antiguas. La creación del Señor es inagotable, y a nosotros, los científicos, nos corresponde ser más modestos y prudentes que nadie a la hora de hacer conclusiones", decían algunos sabios formados a la antigua.

Lo cierto es que no resultaba fácil considerar sabios a aquellos modestos y prudentes señores, pues tenían más fe en los milagros que en la misma ciencia, y sus conferencias eran, más bien, prédicas.

En definitiva, para dirimir la controversia se decidió enviar una expedición científica.

Los integrantes del grupo no tuvieron la suerte de encontrarse con el "diablo", pero sí reunieron copiosa información sobre la forma de obrar del "anónimo sujeto" (los científicos más entrados años insistían en que el vocablo "sujeto" fuera substituido por el de "ser", a su modo de ver, más idóneo).

El informe publicado en la prensa por los integrantes de la expedición, decía:

"1º. En algunos bancos de arena se observaron huellas de estrechos pies humanos que salían del mar y volvían a entrar. Pero podrían pertenecer a un hombre que hubiera arribado en lancha.

2º. Las redes examinadas presentan cortes practicados con objeto cortante. Podrían haberse roto al engancharse en rocas submarinas, o en restos metálicos de barcos hundidos.

3º. Según relatos de testigos oculares, un delfín lanzado por la tormenta a la orilla, a considerable distancia del agua, fue devuelto por la noche al mar. Es más, el autor del hecho dejó las improntas de sus pies con largas uñas en la arena. Seguramente se habrá compadecido del delfín algún caritativo pescador.

Es notorio que cuando los delfines se disponen a cazar arrinconan previamente peces en lugares de escasa profundidad, ayudando así a los pescadores. Estos, a su vez, corresponden sacando con frecuencia de apuros a los delfines. Las huellas de las uñas podrían pertenecer perfectamente a dedos de pies humanos; encargándose la imaginación de concederles la forma de uña.

4º. El corderito pudo haber sido llevado en lancha y lanzado al barco por algún gracioso."

Los científicos hallaron varias causas más, no menos sencillas, que, a su modo de ver, debían explicar el origen de las huellas dejadas por el "demonio".

Total, el veredicto de los eruditos fue el siguiente: no existe monstruo marino capaz de realizar tan complicadas operaciones.

Sin embargo, esas explicaciones dejaron insatisfechos a muchos. Semejantes dilucidaciones han sido consideradas problemáticas hasta en los medios científicos. Ni el gracioso más ocurrente, hábil y astuto habría podido hacer todo eso sin ser advertido. Pero los eruditos habían omitido en su informe algo muy importante. Ese algo consistía en que el "demonio", según se había establecido, realizaba sus hazañas en lugares muy distantes uno del otro y en lapsos brevísimos. Resultaba que el "demonio" o era un nadador fantástico, o utilizaba dispositivos especiales, o eran varios. Pero entonces todas esas diabluras se tornaban más incomprensibles y amenazadoras.

Pedro Zurita evocaba esa enigmática historia sin cesar un instante de ir y venir por el camarote.

Sumido en esas meditaciones, le sorprendió la aurora; por la portilla entraba un rayo de rosada luz. Pedro apagó la lámpara y se puso a lavarse.

Refrescábase la cabeza con agua tibia cuando oyó temerosos gritos procedentes

de cubierta. Sin terminar de lavarse. Zurita subió presuroso por la escalera.

Desnudos, llevando como única prenda el taparrabo, los pescadores se agolpaban junto a la borda, agitando los brazos y gritando sin concierto. Pedro miró hacia abajo y vio que los botes, dejados por la noche en el agua, estaban desamarrados. La brisa nocturna se los había llevado hacia el océano, bastante lejos. Y ahora, la brisa matinal los iba arrimando lentamente a la orilla. Los remos flotaban dispersos por la bahía.

Zurita ordenó a los buzos reunir los botes. Pero ninguno de ellos se atrevió a abandonar el puente. Zurita repitió la orden.

Alguien dijo con imprudencia:

-Si tan valiente eres, échate tú en las garras del "demonio".

Zurita llevó la mano al revólver. Los hombres se replegaron hacia el mástil mirando con hostilidad al capitán. La colisión parecía irremediable. Pero, como siempre en situaciones por el estilo, fue Baltasar quien contribuyó a relajar la tensión.

-El araucano no teme a nadie -exclamó-, el tiburón no pudo devorarme del todo, el "demonio" tampoco podrá con mí osamenta, se atragantará.

Tras decir esto, juntó las manos sobre la cabeza y se lanzó al agua, dirigiéndose a nado al bote más próximo. Los buzos volvieron a la borda y miraban atemorizados a Baltasar quien, pese a su avanzada edad y a la pierna destrozada, nadaba maravillosamente. En varias brazadas el indio alcanzó el bote, recogió un remo que flotaba cerca, y subió a la embarcación.

-¡La soga está cortada con cuchillo -gritó desde el bote-, y bien cortada que está! Se ve que tenía el filo como el de una navaja de afeitar.

Al ver que a Baltasar no le había pasado nada varios buzos siguieron su ejemplo.

MONTADO SOBRE UN DELFÍN

El sol acababa de salir, pero achicharraba ya sin piedad. El cielo, de argentado azul, estaba absolutamente despejado, y el océano, como una balsa de aceite. El "Medusa" se hallaba a veinte kilómetros al sur de Buenos Aires. Obedeciendo el consejo de Baltasar, fondeó en una pequeña bahía cerca de una acantilada costa que emergía del agua en forma de dos enormes terrazas.

Los botes se esparcieron por la bahía. Cada uno llevaba, como era costumbre, dos buzos que se alternaban en sus funciones: uno buceaba y el otro le sacaba. Luego, viceversa.

Una de las lanchas se aproximó considerablemente a la orilla. El buzo abrazó con los pies una gran piedra de coral, sujeta al extremo de la soga, y bajó rápidamente al fondo.

El agua estaba tibia y transparente, se veían con nitidez las piedras del fondo. Más hacia la orilla parecían estar arraigados corales: inmóviles arbustos de los jardines submarinos. Pequeños peces, dorados y plateados, se paseaban por los paradisíacos vergeles.

Tan pronto tocó fondo, el buzo se agachó y comenzó a arrancar ostras y a ponerlas en la red que llevaba al cinto. Su compañero sostenía el otro cabo de la soga y, recostado sobre la borda del bote, miraba a través del agua cristalina.

Vio, de súbito, que el buzo se puso rápidamente en pie, se asió de la soga y dio tal tirón que faltó muy poco para que el compañero saliera por la borda. La sacudida zarandeó el bote. El indio apostado en la lancha se apuró a subir al compañero y le ayudó a encaramarse en la embarcación. La respiración del

hombre que acababa de salir del agua era tan dificultosa que le obligaba a abrir tremendamente la boca, y los ojos se le saltaban de las órbitas. Su bronceado rostro se tornó gris, tal era su palidez.

-¿Un tiburón?

El buzo no acertó a responder y rodó al fondo del bote.

¿Qué le habrá podido asustar tanto? El indio miró por la borda y comenzó a examinar el agua. Efectivamente, algo sucedía allí. Los pececitos, cual pajaritos al ver a un halcón, se apresuraban a buscar refugio en los frondosos matorrales submarinos.

De pronto, el indio vio cómo por detrás de una roca aparecía algo semejante a humo rojizo. El humo se disipaba lentamente, tiñendo el agua de color rosa. Seguidamente surgió algo oscuro. Ese algo viró lentamente y se perdió tras un saliente de la roca. El humo purpúreo en el fondo del mar sólo podía ser sangre. ¿Qué habrá sucedido? El indio miró a su compañero, pero éste yacía supinado, inmóvil, respirando ansioso con la boca y la mirada ausente clavada en el cielo. El indio comenzó a remar inmediatamente hacia el "Medusa", temeroso por la vida de su compañero.

Al fin el buzo se recuperó, pero parecía haber perdido el hábito de hablar: sólo mugía, sacudía la cabeza y resoplaba.

Los pescadores que se hallaban en ese momento en la goleta rodearon al buzo, esperando impacientes sus explicaciones.

-¡Habla de una vez! -le gritó, al fin, un joven indio que sacudía vigorosamente al buzo-. Habla, o te arranco de cuajo esa alma de cobarde que anida en tu pecho.

El buzo meneó la cabeza y dijo con voz sorda:

-He visto... al "demonio marino".

-¿Al mismo...?

-¡Pero desembucha, pronto! -gritaban impacientes los pescadores.

-De pronto vi que se me venía encima un tiburón. Venía directo a mí. Ha llegado mi último instante, pensé. Era enorme, negro, y ya había abierto la boca, disponiéndose a devorarme. Pero en ese instante veo que se aproxima...

-¿Otro tiburón?

-¡El "demonio"!

-¿Cómo es? ¿Tiene cabeza?

-¿Cabeza? Sí, creo que sí. Los ojos son como vasos.

-Si tiene ojos tiene que tener cabeza -manifestó con seguridad el joven indio-. Los ojos han de estar clavados a algo. Y zarpas, ¿tiene?

-Como las ranas. Los dedos largos, verdes, con uñas y unidos por membranas. El cuerpo le brilla como si estuviera cubierto de escamas. Se acercó al tiburón, le relució la zarpa y ¡zas! La panza del tiburón comenzó a chorrear sangre...

-Y ¿cómo son sus piernas? -inquirió uno de los pescadores.

-¿Las piernas? -el buzo trató de hacer memoria-. No tiene piernas. Sólo una gran cola con dos culebras al final.

-¿Cuál de los dos te asustó más, el tiburón o el monstruo?

-El monstruo -respondió sin vacilar-. Aunque me salvó la vida. Pero era él...

-Sí, era él.

-El "demonio marino" -profirió el indio.

-El "Dios marino" -le corrigió un indígena anciano-, que acude en ayuda de los desposeídos.

La noticia llegó con extraordinaria celeridad a los botes esparcidos por la bahía. Los pescadores se apresuraron a regresar a la goleta y a subir las lanchas a

bordo.

Se agolparon en torno al buzo, salvado por el "demonio marino", quien les repetía una y otra vez el relato, siempre aderezado con nuevos detalles. Recordó, por ejemplo, que el monstruo despedía llamas rojas por las fosas nasales, y sus dientes eran afilados y largos como los dedos de las manos; que movía las orejas, tenía aletas laterales y larga cola a modo de remo.

Pedro Zurita -desnudo de medio cuerpo, en blanco calzón corto, calzando grandes zapatos a pie desnudo y cubierto con sombrero de paja-, se paseaba por la cubierta prestando oído a las conversaciones.

Cuanto más se entusiasmaba el narrador, más se persuadía Pedro de que todo aquello era fruto de la imaginación del buzo, inspirado por el susto que se llevó al ver cómo se le venía encima el escualo.

"Aunque, no podía ser todo de su cosecha, pues alguien le tenía que haber rajado el vientre al tiburón: el agua se había tornado, realmente, sanguinolenta. El indio miente, no cabe duda, pero en eso algo verídico hay. Qué historia tan extraña, ¡maldita sea!"

En ese preciso momento, las reflexiones de Zurita se vieron interrumpidas por el sonido de la trompa, salido inesperadamente de allende la roca.

Cual tremenda tronada, el sonido dejó atónita a la marinería del "Medusa". El murmullo cesó de inmediato, los rostros palidecieron. Aquellos hombres miraban, con supersticioso pavor, hacia donde se había sentido el trompetazo.

Cerca del peñasco retozaba a flor de agua un cardumen de delfines. Uno de ellos se separó de los demás, dio un fuerte resoplido -cual si respondiera a la señal de la trompeta-, se dirigió veloz hacia la roca y desapareció tras los peñascos. Transcurrieron varios instantes de angustiosa espera. De súbito, desde la cubierta de la goleta vieron cómo por detrás del peñasco apareció el delfín. Sobre su lomo iba a horcajadas, como en brioso corcel, un extraño ser: el "demonio" recién descrito por el buzo. El monstruo tenía cuerpo de hombre, enormes ojos -semejantes a antiguos relojes de bolsillo-, que relucían bajo los rayos solares cual faros de automóvil; la piel era de delicado azul plateado, las manos, como las de las ranas: color verde oscuro, largos dedos y membranas entre ellos. De la rodilla para abajo las piernas iban hundidas en el agua, por lo que resultaba imposible apreciar si terminaban en forma de cola, o eran como las humanas. Aquel extraño ser sostenía en la mano una larga caracola que hizo sonar de nuevo a modo de trompa, soltó una alegre carcajada como cualquier humano, y gritó de súbito en castellano puro: "¡Apúrate, Leading, adelante!" Golpeó cariñosamente con su mano de rana el brillante lomo del cetáceo y le espoleó, golpeándole los costados con las piernas. El delfín, cual buen corcel, aceleró la marcha.

A los pescadores se les escapó un grito.

El insólito jinete se volvió, y al ver a la gente se deslizó como una lagartija del delfín, ocultándose tras el cuerpo de éste. Sólo se vio una mano verde que asomó por encima del lomo y golpeó al animal. El delfín, obediente, se sumergió junto con el monstruo.

La extraña pareja describió un semicírculo bajo el agua y desapareció tras un arrecife...

El insólito espectáculo no duró más de un minuto, pero los espectadores tardaron en recuperarse del asombro.

Lo que se formó en cubierta fue una auténtica barahúnda, los pescadores gritaban, corrían con las manos a la cabeza. Los indios se hincaban de rodillas suplicando clemencia al Dios del mar. El joven mexicano subió, del susto, al palo

de vela mayor y comenzó a gritar. Los negros bajaron a la bodega y se acurrucaron en un rincón.

Todo venía a indicar que la situación no era la más propicia para reanudar la faena. A Pedro y a Baltasar les costó un triunfo restablecer el orden. El "Medusa" levó anclas y puso proa hacia el Norte.

ZURITA SUFRE UN REVÉS

El capitán del "Medusa" bajó al camarote para reflexionar sobre lo sucedido.

-¡Es para volverse loco! -profirió Zurita, mientras se refrescaba la cabeza con un jarro de agua tibia-. ¡El monstruo marino habla un castellano perfecto! ¿Qué significará esto? ¿Una brujería? ¿Una locura? Pero, no puede ser que se vea afectada simultáneamente de locura toda la marinería. Es imposible, incluso, que dos personas tengan el mismo sueño. Pero todos hemos visto al "demonio marino". Eso es incuestionable. Y por inverosímil que pueda parecer, existe. -Zurita volvió a refrescarse la cabeza con agua y la asomó por la portilla, exponiéndola a la brisa-. Sea como fuere -prosiguió algo más tranquilo-, ese monstruoso ser está dotado de razón y puede obrar con arreglo a la misma. Por lo visto, se siente tan bien bajo el agua, como en la superficie. Y, para colmo, habla castellano. Esto facilitará notablemente el entendimiento. Se le podría... quiero decir que se le podría cazar, domesticar y hacerle pescar ostras. Ese sapo, con su aptitud para vivir en el agua, podría reemplazar a todo un equipo de pescadores. ¡Menudo negocio! A cada pescador, quiérase o no, hay que darle la cuarta parte de la captura. Ese sapo, sin embargo, saldría gratis. Con él se podría hacer, en poco tiempo, un capitalazo; ganar centenares de miles, millones de pesetas.

Y Zurita dio rienda suelta a la imaginación. Siempre había soñado con hacerse rico, buscando madreperlas donde nadie las pescaba. Zonas perlíferas tan famosas como el Golfo Pérsico, las costas occidentales de Ceilán, el Mar Rojo y las aguas australianas estaban demasiado lejos, además, se venían explotando desde hacía mucho tiempo. ¿Probar suerte en el golfo de México, el de California, la isla Margarita o...? La goleta de Zurita estaba demasiado tronada para realizar travesías hacia costas venezolanas, donde se criaban las mejores perlas americanas. Le faltaban pescadores. Total, el negocio requería ser ampliado, y al patrón le faltaba plata. Eso le obligó a limitarse a faenar en aguas argentinas. ¡Pero ahora! Ahora podría enriquecerse en un año. Sólo necesitaba una cosa: cazar al "demonio marino".

Sería el hombre más rico de Argentina, tal vez, de América. El dinero le desbrozará el camino al poder. El nombre de Pedro Zurita estaría en boca de todo el mundo. Pero hay que ser muy comedido. Lo principal es saber guardar el secreto.

Zurita subió al puente, reunió a la marinería -hasta al cocinero- y les dijo:

-¿Ustedes saben la suerte que corrieron quienes se aventuraron a difundir rumores sobre el "demonio marino"? Pues entérense: la policía los detuvo y están en la cárcel. Debo advertirles que lo mismo les sucederá a cuantos se les ocurra jactarse de haber visto al "demonio marino". Irán a dar con sus huesos en el presidio. ¿Entendido? Pues, bien, si no les ha hastiado todavía la vida, olvídense del "demonio" y ni palabra.

"Lo mismo, no se lo va a creer nadie. Se parece demasiado a un cuento" pensó Zurita, mientras hacía pasar a Baltasar a su camarote para confiarle el plan, y hacerle su único confidente.

Baltasar escuchó atentamente al patrón y, tras breve pausa, repuso:

-Sí, sería fenómeno. El "demonio marino" valdría por centenares de buzos. No estaría mal tener a nuestro servicio a ese "demonio". Pero, ¿cómo cazarlo?

-Con red -respondió Zurita.

-La cortará, igual que le rajó el vientre al tiburón.

-Podemos encargar una metálica.

-¿Y quién lo va a cazar? A nuestros buzos les entra tembleque en cuanto les mencionas al "demonio". No se atreverían ni por un saco de oro.

-Baltasar, y tú, ¿te atreverías?

El indio se encogió de hombros:

-Jamás he cazado "demonios marinos". Se le podría acechar y, si es de carne y hueso, matarlo; eso no sería difícil. Pero usted lo necesita vivo.

-Baltasar, ¿no le tienes miedo? ¿Qué opinas del "demonio marino"?

-¿Qué puedo opinar del jaguar que sobrevuela los mares, o del tiburón que trepa a los árboles? A la fiera desconocida siempre se la teme más. Pero me encanta cazar animales fieros.

-Te aseguro que la recompensa será generosa. -Zurita le estrechó la mano y continuó desarrollando su plan-: Cuantos menos participen, mejor. Trata este asunto con los araucanos. Es gente valiente, ingeniosa. Si los nuestros no accedieran, busca entre otros. El "demonio" se mantiene junto a la orilla. Hay que localizar su guarida. Así caerá en la red con más facilidad.

Zurita y Baltasar se enfrascaron de lleno en el asunto. Por encargo del patrón se elaboró una red de alambre, semejante a un enorme tonel sin fondo. En el interior del retel se colocaron redes de cáñamo para que el "demonio" se enredara en ellas como en una telaraña. La tripulación fue despedida. De toda la marinería del "Medusa" Baltasar sólo consiguió persuadir a dos araucanos para que participaran en la cacería del "demonio". A los otros tres los reclutó en Buenos Aires.

Decidieron acechar al "demonio" en la bahía donde la tripulación del "Medusa" lo vio por primera vez. Para no despertar sospechas del monstruo, la goleta ancló a varios kilómetros del lugar previsto. Zurita y sus acompañantes se dedicaban a pescar, de vez en cuando, como si eso fuera el objetivo de su presencia. Simultáneamente, tres de ellos se turnaban atalayando desde la orilla lo que sucedía en la bahía.

Tocaba su fin la segunda semana, pero el "demonio" no aparecía por parte alguna.

Baltasar trabó amistad con la gente costanera, rancheros indios a quienes vendía pescado a bajo precio y, conversando con ellos sobre los avatares de la vida, les sonsacaba información acerca del "demonio marino". De esa forma el viejo indio se enteró de que el lugar elegido para el acecho era el más adecuado: muchos indios, de los que residían más cerca de la costa, habían oído los trompetazos y detectado sus pisadas en la arena. Aseveraban que los talones del "demonio" eran como los humanos, pero los dedos, mucho más largos. En ocasiones los indios advertían en la arena la impronta de su espalda, solía acostarse en la playa.

El "demonio" no causaba daño alguno a los lugareños, y éstos dejaron de prestar atención a las huellas que él, de vez en vez, solía dejar, patentizando así su presencia. Pero nadie afirmaba haberlo visto.

El "Medusa" permaneció en la bahía dos semanas haciendo ver que pescaba. Durante esas dos semanas Zurita, Baltasar y los indios contratados no le quitaron ojo a la superficie del mar, pero el "demonio marino" no aparecía. Zurita comenzó a inquietarse. Era impaciente y avaro. Cada día costaba dinero y ese

"demonio" se estaba haciendo esperar. Pedro comenzó a vacilar. Si ese monstruo resulta ser sobrenatural, no se le va a poder cazar con ningún tipo de red. Y no sólo eso, resultaría riesgoso enfrentarse a un diablo como ese: Zurita era supersticioso. ¿Qué hacer? ¿Traer al "Medusa", por si acaso, un sacerdote con cruz y custodias? Pero eso supondría mayores gastos. O, ¿tal vez, el "demonio marino" no sea demonio alguno sino un bromista, buen nadador, disfrazado de diablo para asustar a la gente? ¿El delfín? ¡Bah! Eso no significa nada, se le puede domar y adiestrar como a cualquier animal. ¿No sería preferible abandonar esta empresa?

Zurita prometió recompensar al primero que descubriera al "demonio", y decidió esperar varios días más.

Cual sería su alegría cuando, por fin, al comienzo de la tercera semana el monstruo apareció.

Tras concluir la pesca diurna, Baltasar dejó en la orilla una lancha llena de pescado y fue a visitar a un indio amigo que vivía en un rancho cercano. A la mañana siguiente la vecindad debía acudir a comprar el pescado. Pero al regresar vio que la lancha estaba vacía. Baltasar comprendió de inmediato que era una fechoría del "demonio".

"¿Será posible que se haya zampado tanto pescado?" -exclamó sorprendido Baltasar.

Aquella misma noche uno de los vigías indios oyó el sonido de la trompa en la parte sur de la bahía. Dos días después, bien de mañana, un joven araucano comunicaba que, al fin, había conseguido localizar el "demonio". Este había llegado con el delfín, pero no montado -como la vez anterior-, sino remolcado, asido de un ancho collar de cuero. Una vez en la bahía, el "demonio" le quitó el collar, golpeó cariñosamente al animal y se sumergió al pie de un acantilado. El delfín emergió y desapareció.

Zurita escuchó el relato del araucano, le agradeció el informe y, tras prometerle recompensa, profirió:

-Hoy, por el día, dudosamente salga el "demonio" de su madriguera. Debemos aprovecharlo para efectuar el reconocimiento del fondo. ¿Quién se ofrece?

Nadie quería descender al fondo y arriesgarse a verse cara a cara con el monstruo.

Baltasar se adelantó.

-¡Yo lo haré! -dijo tajante. Baltasar cumplió lo prometido.

El "Medusa" seguía anclado. Excepto los marineros de guardia, los demás desembarcaron y se dirigieron al acantilado de la bahía.

Baltasar se amarró una soga -para que pudieran sacarlo si resultara herido-, tomó un cuchillo, sujetó entre las piernas una piedra, y descendió al fondo.

Los araucanos esperaban impacientes su retorno con la mirada clavada en la mancha que se divisaba en las azuladas tinieblas del fondo, sobre el que proyectaban sus sombras las rocas. Transcurrieron cuarenta, cincuenta segundos, un minuto, pero Baltasar no retornaba. Al fin, le dio un tirón a la soga y lo sacaron a la superficie. Cuando cobró aliento, dijo:

-Un angosto paso conduce a una gruta. Está tan oscuro como en la panza de un tiburón. El "demonio marino" sólo podrá ocultarse en esa caverna. En torno a dicha entrada la roca es absolutamente lisa.

-¡Magnífico! -exclamó Zurita-. Está oscuro, tanto mejor. Tenderemos nuestras redes y el pececito caerá.

Tan pronto se puso el sol, los indios bajaron las redes de alambre, sujetas con fuertes sogas, y las colocaron a la entrada de la gruta. Los cabos fueron

amarrados a la orilla. Baltasar colgó de las sogas unas campanillas cuyo sonido debía anunciar el mínimo contacto con las redes.

Zurita, Baltasar y los cinco araucanos se sentaron en la orilla a la expectativa.

En la goleta no había quedado nadie.

Oscurecía rápidamente. Salió la Luna y su luz se reflejó en la superficie del océano. Imperaba la quietud y el silencio. La probabilidad de que, de un momento a otro, pudieran ver al extraño ser que infundía pavor a pescadores y buscadores de perlas, suscitaba insólita emoción en los presentes.

El tiempo transcurría con extraordinaria lentitud. Los hombres comenzaban a dormitar.

De pronto, sonaron las campanillas. Los agazapados se pusieron en pie de un salto, corrieron hacia las sogas y empezaron a jalar la red. Se sentía evidentemente pesada. Algo se estremecía en ella, haciendo trepidar las cuerdas.

El aparejo emergió, al fin, en la superficie. En él se retorcía el cuerpo de un ser semihumano-semibestia. Bajo la pálida luz lunar relucían unos enormes ojos y plateadas escamas. El "demonio" realizaba extraordinarios esfuerzos, tratando de liberar una mano que se le había enredado. Habiéndolo conseguido, comenzó a cortar vigorosamente la red con un cuchillo que llevaba colgado de una fina correa a la cintura.

-¡Inútiles esfuerzos, no lo conseguirás! -dijo bajito Baltasar, entusiasmado con la caza.

Pero, quedó pasmado al ver cómo el cuchillo superaba, con relativa facilidad, el obstáculo que suponía el alambre. El "demonio" ensanchaba con diestros golpes la abertura, mientras los pescadores se apuraban a sacar la red a la orilla.

-¡Más fuerte! ¡Arriba! ¡Arriba! -gritaba Baltasar.

Pero en el mismo momento en que la presa parecía estar ya en sus manos, el "demonio" se deslizó por la abertura y cayó al agua, levantando un surtidor de relucientes salpicaduras, y desapareciendo en la profundidad.

Los pescadores, desesperados, soltaron la red.

-¡Excelente cuchillo! ¡Hasta el alambre corta! -dijo Baltasar con evidente admiración en la voz-. Los herreros submarinos son más expertos que los nuestros.

Con la cabeza gacha, Zurita miraba el agua cual si se hubiera tragado todo su patrimonio.

Alzó luego la cabeza, dio un tirón al mostacho y pateó el suelo con rabia.

-¡No, te equivocas! -gritó-. Antes te pudrirás en tu gruta, que yo ceda. ¡No escatimaré dinero, traeré buzos con escafandras, cubriré la bahía de redes y trampas, pero no te escaparás!

Era valiente, perseverante y obstinado. No en vano corría por las venas de Pedro Zurita sangre de conquistadores españoles. Además, valía la pena.

El "demonio marino" no resultó ser sobrenatural ni todopoderoso. Era, obviamente, de carne y hueso, como decía Baltasar. Eso significaba que podía ser cazado, encadenado y obligado a extraer, para Zurita, riquezas submarinas. Baltasar lo conseguirá aunque el mismo Neptuno salga en defensa del "demonio marino" con su tridente.

DON SALVADOR

Zurita comenzó a poner en práctica su amenaza. Colocó en el fondo de la bahía numerosas alambradas, tendió redes en todas las direcciones y puso trampas. Pero no caían más que peces, el "demonio marino" parecía haberse esfumado. No

volvió a aparecer, ni a dar señales de vida. En vano el delfín amaestrado se presentaba todos los días en la bahía, buceaba y resoplaba, invitando a su insólito amigo a pasear. Su compadre no aparecía y el delfín resoplaba disgustado y se retiraba mar adentro.

El tiempo se estropeó. Un viento oriental provocó oleaje en el océano, las aguas de la bahía se enturbiaron a consecuencia de la arena levantada del fondo. Las espumosas crestas de las olas ocultaban cuanto sucedía en la profundidad. Resultaba imposible ver lo que pasaba bajo el agua.

Zurita se pasaba las horas en la orilla mirando cómo se sucedían las enormes olas, cayendo cual enormes ruidosas cataratas, y cómo las capas inferiores se deslizaban espumantes por la arena húmeda, haciendo rodar guijos y conchas, hasta lamerle los pies.

-No, esto no puede ser -decía Zurita-. Hay que idear algo distinto. El "demonio" vive en el fondo del mar y no quiere salir de su madriguera. Esto significa que para capturarlo hay que ir a su guarida, bajar al fondo. ¡Eso está clarísimo! -Y dirigiéndose a Baltasar, quien hacía una nueva y complicada trampa, le ordenó-: Te vas inmediatamente a Buenos Aires, traes un par de trajes isotérmicos y botellas de oxígeno para la escafandra autónoma. La habitual, con suministro de aire por manguera, no sirve en este caso. El "demonio" podría cortar la manguera. Además, la empresa podría requerir un pequeño viaje submarino. No te olvides de traer linternas.

-¿Se propone hacerle una visita al "demonio"? -inquirió Baltasar.

-Contigo, viejo, no faltaba más.

Baltasar asintió y partió.

A su regreso no sólo trajo los isotérmicos y las linternas, sino un par de puñales curvos de bronce.

-Ahora ya nadie sabe hacerlos -dijo-. Son antiguos cuchillos araucanos. Con ellos mis antepasados rajaban a los blancos, a los antepasados de usted, con perdón sea dicho.

A Zurita la digresión histórica no le hizo ninguna gracia, pero celebró la idea de los puñales.

-Tú siempre tan precavido, Baltasar.

Al día siguiente, de madrugada, pese al fuerte oleaje, Zurita y Baltasar se pusieron los trajes isotérmicos y descendieron al fondo del mar. Tuvieron que trabajar duro para retirar las redes que obstruían la salida de la gruta submarina, y colarse por la angosta entrada. En la caverna la oscuridad era absoluta. Tras haber tocado fondo y desenvainado el cuchillo, los buzos encendieron las linternas. Los pececitos al ver la luz se espantaron, pero pronto se vieron atraídos por las linternas, retozando en su azulado haz cual enjambre de insectos.

Zurita los alejaba con la mano: el resplandor de las escamas lo ofuscaba. Era una gruta bastante espaciosa, no menos de cuatro metros de altura y cinco o seis de anchura. Los buzos examinaron minuciosamente hasta el último rincón. Estaba deshabitada. Sólo algunos bancos de pequeños peces que, seguramente, hallaron allí amparo del fuerte oleaje y de los peces voraces.

Zurita y Baltasar avanzaron con suma precaución y prudencia. La gruta iba estrechándose. De pronto, Zurita se detuvo perplejo. La luz de la linterna arrancó de la oscuridad una fuerte reja de hierro que les cerraba el paso.

Zurita no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Se asió de los gruesos barrotes e intentó sacudirlos, tratando de abrir o, por lo menos, retirar el obstáculo. Pero la reja no cedía. Al volver a alumbrar. Zurita se persuadió de que

la reja estaba bien asegurada en los labrados muros de la gruta, tenía goznes y cierre interno.

Un nuevo enigma.

El "demonio marino" no sólo debe ser racional, sino extraordinariamente dotado. Ha sabido adiestrar al delfín, conoce la elaboración de metales. Además, ha creado en el fondo del mar fuertes obstáculos de hierro que protegen su guarida. Pero todo eso resulta inverosímil, pues no ha podido forjar el hierro bajo el agua. Esto ha de significar que no vive en el agua o, por lo menos, sale de ella por largos espacios de tiempo.

Zurita sentía que las sienes le martillaban cual si en el casco de buzo faltara oxígeno, y eso que hacía tan solo varios minutos que se hallaba sumergido.

Le hizo una señal a Baltasar, salieron ambos de la gruta -ya no tenían nada que hacer allí-, y emergieron.

Los araucanos, que con tanta impaciencia los esperaban, se alegraron extraordinariamente al ver a los buzos sanos y salvos.

Tras despojarse del casco y cobrar aliento, Zurita inquirió:

-Dime, Baltasar, ¿qué opinas de esto?

El araucano hizo un gesto de desaliento:

-Le diré que vamos a tener que esperar sentados aquí mucho tiempo. El "demonio" seguramente se alimentará de peces, y allí abundan. Por hambre no conseguiremos hacerle salir de la gruta. Lo único que podríamos hacer sería dinamitar la reja.

-¿No crees que la gruta puede tener dos salidas: una submarina a la bahía, y otra, a tierra firme?

Baltasar no había pensado en eso.

-Hay que reflexionar. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes explorar los alrededores?

Decidieron rectificar el error. En su recorrido por la costa, Zurita dio con un alto muro de piedra blanca que circundaba vasto predio, unas diez hectáreas. Zurita rodeó el muro de fábrica y no pudo encontrar más que un portón, de gruesas planchas de hierro, con postigo, también de hierro y provisto de cierre interno.

"Debe ser una cárcel o una fortaleza -pensó Zurita-. Que extraño. Los granjeros no suelen construir muros tan gruesos y altos. El muro es ciego, sin aberturas ni grietas, por las que se pueda atisbar lo que sucede en el interior."

A muchos kilómetros a la redonda no hay un alma: el paraje es triste, está sembrado de rocas grises entre las que suelen aparecer escasos arbustos espinosos y cactos. Y abajo, la bahía.

Zurita anduvo varios días alrededor de aquellos muros, manteniendo fundamentalmente una actitud expectante respecto al portón. Pero nadie entró ni salió. Lo más curioso era que del interior no llegaba sonido alguno.

Tan pronto regresó al "Medusa", Zurita llamó a Baltasar y le preguntó:

-¿Quién vive en la fortaleza que preside la bahía?

-He indagado entre los braceros de las granjas. El dueño de esa fortaleza es Salvador.

-¿Quién es ese Salvador?

-Un Dios -respondió Baltasar.

A Zurita se le arquearon, de asombro, sus pobladas y negras cejas.

-Siempre con tus bromas, Baltasar.

El indio esbozó una leve sonrisa.

-Sólo digo lo que he oído. Muchos indios le consideran una divinidad, su

salvador.

-¿Y de qué los salva?

-De la muerte. Dicen que es omnipotente, que hace maravillas. Salvador tiene en sus manos los hilos de la vida y de la muerte. A los cojos les pone nuevas piernas -piernas vivas-, a los invidentes les devuelve vista de águila, y hasta consigue resucitar a muertos.

-¡Maldición! -rezongó Zurita, retorciéndose el mostacho hacia arriba-. En la bahía, el "demonio marino"; en el acantilado que domina la bahía, un "dios". Baltasar, ¿no te parece que el "demonio" y el "dios" se las entienden y se ayudan mutuamente?

-Lo que me parece es que deberíamos largarnos de aquí lo más pronto posible, antes de que nuestros sesos se coagulen, como la leche cuajada, a causa de tantas maravillas.

-¿Ha visto personalmente a alguno de los curados por Salvador?

-Sí, lo he visto. Me mostraron a un hombre que tenía una pierna fracturada y, tras haber sido tratado por Salvador, corre como un mustango. He visto también a un indio resucitado por Salvador. Todo el poblado dice que cuando se lo llevaron era cadáver, estaba frío, con el cráneo abierto y los sesos al aire. Sin embargo, regresó vivo y alegre. Contrajo matrimonio con una bella joven. También he visto hijos de indios...

-Entonces, ¿Salvador recibe a gente extraña?

-Sólo a indios. Y ellos acuden desde los más lejanos confines: Tierra de Fuego, Amazonas, y hasta desde los desiertos de Atacama y Asunción.

Habiendo recibido esta información por boca de Baltasar, Zurita decidió viajar a Buenos Aires.

Allí se enteró de que Salvador atendía exclusivamente a indios, entre los que se había granjeado fama de taumaturgo. Al sondear en el ámbito de la medicina, Zurita supo que Salvador era un cirujano genial, pero muy extravagante, como suele suceder con los superdotados. En los medios científicos del Viejo y el Nuevo Mundo Salvador era harto conocido. En América atesoró celebridad con sus audaces intervenciones quirúrgicas. Cuando el enfermo estaba desahuciado y los médicos se negaban a operarlo, recurrían a Salvador. El jamás rehusaba. Su ingeniosidad y audacia eran ilimitadas. Durante la guerra imperialista acudió al lado de Francia, practicando casi exclusivamente operaciones craneanas. Son muchos los millares de hombres que le deben su salvación. Concertada la paz, regresó a la patria, a la Argentina. La práctica y afortunados negocios con tierras le proporcionaron fabulosa fortuna. Adquirió vastas tierras en las proximidades de Buenos Aires, las cercó con enorme muro -una de sus rarezas-, y, allí instalado, abandonó la práctica. Se dedicó exclusivamente a la labor científica en su laboratorio. Ahora recibía y atendía únicamente a indios, quienes lo consideraban un dios venido del cielo.

Zurita logró enterarse de otro detalle relacionado con la vida de Salvador. Donde actualmente se hallan las vastas posesiones de éste, antes de la guerra se encontraba una modesta casita con jardín, también cercada con un alto muro de fábrica. Mientras Salvador estuvo en la guerra, cuidaron la casita un negro y varios enormes mastines. Los insobornables guardianes no permitieron entrar a nadie en el patio.

Últimamente Salvador se rodeó de un ambiente más misterioso todavía. No recibe ni a los compañeros de estudios en la universidad.

Tras reunir toda esa información Zurita resolvió:

"Salvador, como médico, no tiene derecho a negarle asistencia a un enfermo.

¿Acaso no puedo enfermar? Pretextando una enfermedad penetraré en el predio de Salvador, y después ya veremos."

Zurita se dirigió al portón de hierro, que guardaba el acceso a las posesiones del galeno, y comenzó a llamar. Lo hizo larga y obstinadamente, pero nadie le abrió. Entonces montó en cólera, cogió el canto más grande que estaba a mano y le entró a golpes al portón. El ruido que levantó podía haber despertado a muertos.

Se oyeron lejanos ladridos y, al fin, se entreabrió la mirilla en el postigo.

-¿Qué quiere? -indagó alguien en un castellano inteligible, pero evidentemente defectuoso.

-Soy un enfermo, abra sin demora -respondió Zurita.

-Los enfermos no llaman así -objetó con serenidad la misma voz, y en la mirilla apareció un ojo-. El doctor no recibe.

-No tiene derecho a negarle asistencia a un enfermo -profirió Zurita acalorado.

La mirilla se cerró y los pasos se alejaron. Los mastines seguían ladrando desesperadamente.

Zurita agotó todos los improperios habidos y por haber y regresó a la goleta.

¿Presentar una querella contra Salvador en Buenos Aires? No surtiría efecto alguno. La ira cegaba a Zurita. Su negro mostacho corría serio peligro, pues le estaba dando tirones de rabia a cada momento hasta dejarlo con las puntas caídas como la aguja del barómetro cuando cae la presión.

Paulatinamente se ha ido tranquilizando y comenzó a reflexionar sobre lo que debería emprender en lo sucesivo.

A medida que las ideas se iban armonizando, sus dedos tostados por el sol retorcían las puntas del bigote hacia arriba. La aguja del barómetro ascendía.

Por fin subió al puente y, sin que nadie lo esperara, ordenó levar anclas.

El "Medusa" puso proa hacia Buenos Aires.

-Bueno -profirió Baltasar-. Cuánto tiempo hemos perdido en balde. ¡Que el diablo se lleve al "demonio" y a ese "dios" con él!

LA NIETA ENFERMA

El sol achicharraba despiadadamente. Por un polvoriento camino -entre trigales, maizales y avenales- caminaba un indio viejo y laso. El hombre iba vestido de andrajos y llevaba en brazos una criatura enferma, a la que protegía contra el sol con una vetusta frazada. La criatura tenía los ojos casi cerrados y en su cuello aparecía un enorme tumor. De vez en vez, cuando el anciano tropezaba, se oía un ronco gemido y la pequeña entreabría los ojos. En esos instantes el anciano se detenía y le soplaba con ternura el rostro para refrescárselo.

-¡Lo principal es que llegue viva! -murmuró el anciano, y apretó el paso.

Al verse ante el portón de hierro, el indio pasó la criatura al brazo izquierdo y golpeó con el derecho cuatro veces el portón.

La mirilla se entreabrió, apareció un ojo, rechinaron los cerrojos y se abrió el postigo.

El indio cruzó el umbral con timidez. Una vez dentro, se encontró frente a un negro cano, en bata blanca.

-Vengo a ver al doctor con esta criatura enferma -dijo el visitante.

El negro asintió en silencio, cerró el postigo y le hizo una seña para que lo siguiera.

El forastero miró alrededor. Se hallaban en un pequeño patio, pavimentado con anchas losas, cercado por un lado con el alto muro exterior y, por el otro, con un

muro más bajo que lo separaba de la parte interior de la hacienda. Se advertía la absoluta ausencia de vegetación, como si fuera el patio de una cárcel. En un rincón, junto a la puerta del segundo muro, había una casa blanca con grandes ventanales. Al pie de ésta, en el mismo suelo, estaba sentado un grupo de indios: hombres y mujeres. Muchos de ellos con niños.

Casi todos los pequeños tenían aspecto sano. Unos jugaban con conchas a pares y nones, otros luchaban en silencio: el negro de cabello blanco se ocupaba de que no alborotaran.

El indio se sentó sumiso a la sombra de la casa y comenzó a soplar el rostro impasible y ya amoratado de la criatura. Sentada a su lado estaba una india vieja con una pierna abotagada. Al ver a la niña en brazos del hombre, preguntó:

-¿Es hija de usted?;

-Nieta -repuso el indio.

La anciana movió compasiva la cabeza y profirió:

-El espíritu del pantano penetró en su cuerpo. Pero *él* es más fuerte que todos los espíritus del mal. El sacará, expulsará de su cuerpo al espíritu del pantano y su nieta sanará.

El indio asintió.

En ese momento, el negro de bata blanca que recorría con la vista los enfermos, se fijó en la criatura del indio y le indicó a éste la puerta de la casa.

El viejo entró en una espaciosa pieza con el piso de losas. En el centro había una larga y estrecha mesa, cubierta con sábana blanca. Se abrió la segunda puerta, de cristales opacos, y entró el doctor Salvador. Era un hombre alto, ancho de espaldas, de tez morena. Excepto las cejas y las pestañas negras, en la cabeza de Salvador no había un solo pelo. Por lo visto se rasuraba regularmente la cabeza, pues la tenía tan tostada como la cara. La nariz, más bien grande y aguileña, el mentón agudo, algo prominente, y los labios finos y apretados le concedían al rostro una expresión cruel, incluso rapaz. La mirada de sus ojos castaños era glacial. Bajo esa mirada el indio se sintió cohibido.

El viejo hizo una profunda reverencia y le entregó la niña. Salvador -con un ademán rápido, firme y al mismo tiempo cuidadoso- tomó a la niña enferma, le quitó los harapos que llevaba y los lanzó, con agilidad, a una caja situada en el rincón más próximo. El indio quiso recuperar los andrajos, pero fue detenido resueltamente por Salvador:

-¡Deja eso!

Acostó a la niña en la mesa y se inclinó sobre ella. El perfil del doctor le sugirió súbitamente al indio la imagen de un cóndor sobre un pajarito. Salvador comenzó a tentar el tumor en el cuello de la niña. Aquellos dedos también impresionaron al indígena. La impresión era que sus articulaciones podían doblarse no sólo hacia abajo, sino en todas las direcciones. El indio, que no era de los medrosos, debía esforzarse para impedir que aquel hombre tan incomprensible le infundiera miedo.

-Magnífico. Estupendo -decía Salvador, cual si le tuviera admirado el tumor, mientras seguía tentándolo por todas partes.

Concluido el examen, Salvador dijo al indígena:

-Ahora estamos en Luna nueva. Ven dentro de un mes, en la siguiente Luna nueva, y podrás recoger a tu niña ya sana.

Se llevó a la criatura tras la puerta de vidrio, donde estaban el baño, el quirófano y las salas para enfermos.

El negro ya introducía en el recibidor a un nuevo paciente, era la anciana de la pierna enferma.

El indio hizo una profunda reverencia hacia la puerta de vidrio, que se había cerrado tras Salvador, y salió.

Pasaron exactamente veintiocho días y la puerta de vidrio volvió a abrirse.

En el vano de la puerta estaba la niña sana, con excelente color de cara y luciendo un vestido flamante. Miró temerosa al abuelo. El indio corrió hacia ella, la tomó en brazos, la besó y se apresuró a examinarle la garganta. Del tumor no había quedado ni rastro. Una pequeña cicatriz rosada, casi imperceptible, era el único indicio de la operación. La niña rechazaba al abuelo, empujándolo con las manos, y hasta gritó cuando la besó, hiriéndola con su barba de varios días. Tal era el disgusto de la criatura que debió bajarla de los brazos, no tuvo otro remedio. Tras la niña apareció Salvador. Esta vez esbozó una sonrisa y, acariciando a la pequeña, profirió:

-Aquí tienes a tu niña. Debo decirte que la has traído a tiempo, muy oportunamente. Varias horas más, y ni yo la habría podido salvar.

El rostro del anciano se cubrió de arrugas, los labios le comenzaron a temblar y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Volvió a estrechar a la niña entre los brazos, se hincó de rodillas ante Salvador y, con la voz entrecortada por el llanto, dijo:

-Usted ha salvado a mi nieta. Pero, ¿qué recompensa podrá ofrecerle un indio pobre como yo que no sea su propia vida?

-¿Para qué quiero tu vida? -dijo asombrado Salvador.

-Soy viejo, pero aún estoy fuerte -prosiguió el indígena sin levantarse del suelo-. Llevaré la nieta a su madre -mi hija- y regresaré. Quiero poner a su disposición el resto de mi vida por el bien que me ha hecho. Le serviré con fidelidad perruna. Le ruego, no me niegue esa caridad, le suplico.

Salvador permaneció un instante pensativo.

Era sumamente cauteloso a la hora de elegir los criados y sobre todo cuando eran desconocidos, como en este caso. Quehaceres sobraban, Jim no daba abasto en el jardín. Este indio podría servir, aunque el doctor habría preferido un negro.

-Me regalas tu vida y me pides, como una caridad, que te admita el regalo. Bien. Puedes considerar tu ilusión realizada. ¿Cuándo podrás venir?

-Estaré aquí antes de que concluya el primer cuarto de Luna -respondió el indígena, besando la punta de la bata de Salvador.

-¿Cómo es tu nombre?

-¿El mío...? Cristo. Cristóbal.

-Vete, Cristo. Te esperaré.

-¡Vámonos, nieta! -dijo Cristo a la niña, tomándola nuevamente en brazos. La chiquilla rompió a llorar y el indígena se apresuró a abandonar la hacienda.

EL JARDÍN MARAVILLOSO

Cuando al cabo de una semana Cristo se presentó, Salvador le clavó una mirada inquisitiva y profirió:

-Cristo, quiero que escuches atentamente lo que voy a decirte. Vas a laborar en mi hacienda. Tendrás manutención completa y retribución generosa.

Cristo protestó con vehemencia:

-Nada necesito, me basta con poder servirle a usted.

-Cállate y escucha -prosiguió Salvador-. Tendrás de todo. Pero te exigiré una cosa: no contarás a nadie lo que aquí veas.

-Antes me cortaré la lengua y se la echaré a los perros. De mi boca no saldrá una palabra.

-Cuidado, no vaya a ocurrirte esa desgracia -le advirtió Salvador. Llamó al negro de bata blanca y le ordenó-: Acompáñalo al jardín y ponle en manos de Jim.

El negro mostró su obediencia con una leve reverencia, sacó al indio de la casa blanca, le hizo cruzar el patio ya familiar para Cristo y llamó a la puerta de hierro del segundo muro.

Del otro lado del muro llegaron ladridos, chirrió la puerta al abrirse lentamente, el negro empujó a Cristo al jardín, le gritó algo gutural a otro africano que estaba en el interior, y se fue.

Del susto que se llevó, Cristo se pegó al muro: hacia él corrían unas fieras rojizas con manchas oscuras, que jamás había visto, cuyos ladridos parecían, más bien, rugidos. Si se las hubiera encontrado en la pampa habría creído que eran yaguares, pero las fieras que corrían hacia él ladraban. En este preciso instante a Cristo le era indiferente qué tipo de bestias se le venían encima. Salió corriendo hacia el árbol más próximo y trepó a su copa con una agilidad insospechable. El negro les silbó como una cobra enfurecida, y los paró en seco. Dejaron de ladrar, se acostaron con la cabeza sobre las patas delanteras, mirando de soslayo al negro.

El africano volvió a silbar, pero esta vez se dirigía a Cristo, invitándole con señas a que bajara del árbol.

-¿Por qué silbas como una serpiente? -le dijo Cristo, sin abandonar su refugio-. ¿Te has tragado la lengua?

El negro se limitó a dar, por respuesta, un rabioso bufido.

"Debe ser mudo" pensó el indio, y recordó la advertencia de Salvador. ¿Será posible que les corte la lengua a los criados que revelen sus secretos? Tal vez a ese negro le hayan cortado la lengua... Tanto miedo le entró que por poco se cae del árbol. Quiso salir corriendo de allí a toda costa y lo antes posible. Calculó la distancia que mediaba entre el árbol en que se encontraba y el muro. Pero, no, no podría saltarla... Entretanto, el negro se había acercado al árbol y, habiéndole agarrado del pie, trataba de hacerle bajar. No quedaba otro remedio, había que obedecer. Cristo saltó del árbol, esbozó la sonrisa más cordial que pudo, le tendió la mano e inquirió amistoso:

-¿Jim?

El negro asintió.

Cristo le estrechó vigorosamente la mano al africano. "Si uno cae en el infierno, hay que hacer migas con los diablos" pensó, pero en voz alta dijo:

-¿Eres mudo?

No obtuvo respuesta.

-¿Qué pasa, no tienes lengua?

El negro seguía callado.

"¿Cómo ingeniármelas para verle la boca?" pensó Cristo. Pero, por lo visto, Jim no se proponía dialogar ni recurriendo a la mímica. Asió a Cristo de la mano, lo llevó al lado de las fieras pelirrojas y algo les silbó. Los animales se levantaron, oliscaron a Cristo y se retiraron tranquilos. El indígena sintió gran alivio.

Jim hizo una seña con la mano y se llevó a Cristo a realizar un recorrido por el jardín con el fin de familiarizarle.

En comparación con el triste patio, pavimentado con losas, el jardín asombraba con su exuberante vegetación y abundancia de flores. El jardín se extendía hacia el Este, acusando un leve declive en dirección del mar. Los caminos -cubiertos de rosadas conchas trituradas- partían, a modo de radios, en diversas direcciones. Por la vera de los senderos crecían exóticos cactos y jugosas

pitas de color verde azulado, enormes panículas exhibían infinidad de flores de un verde amarillento. Olivares y melocotonares protegían con su sombra espesa hierba con abigarradas y vistosas flores. Entre el verdor de las praderas aparecían relucientes estanques, ribeteados con piedra blanca. Altos surtidores refrescaban el ambiente.

El jardín estaba lleno de gritos, cantos y trinos de aves; de rugidos, chillidos y gañidos de animales. Jamás había visto Cristo tan insólitos animales; y no era extraño, pues los que poblaban aquel jardín eran realmente raros.

Haciendo alarde del brillo cobrizo-verdoso que producían sus escamas, cruzó el camino un lagarto sextúpedo. De un árbol pendía una serpiente bicéfala. El reptil produjo un silbido tan feroz con sus dos bocas rojas que Cristo, asustado, tuvo que dar un salto para esquivar el ataque. El negro le respondió con otro silbido más fuerte y rabioso todavía, y la serpiente -tras agitar ambas cabezas- se deslizó del árbol y desapareció en el cañaveral. Otra larga culebra se bajó del camino apoyándose en dos patas. Tras una red metálica gruñía un cerdito. Este fijó en Cristo la mirada de un solo ojo enorme, ubicado en el mismo centro de la frente.

Dos enormes ratas blancas, unidas entre sí por el costado, corrían constituyendo un monstruo bicéfalo y octúpedo. A instantes ese doble ser luchaba consigo mismo: la rata de la derecha tiraba para su lado, y la de la izquierda, para el suyo, exteriorizando ambas su descontento con chillidos. Pero siempre se imponía la de la derecha. Cerca del camino pacían "siameses": dos corderos unidos también por el costado, con la diferencia de que éstos no se peleaban como las ratas. Entre ellos, por lo visto, existía absoluta afinidad en lo relativo a la voluntad y a los deseos. Había un monstruo, objeto de particular asombro para Cristo: un gran perro rosado, completamente desnudo, en cuyo lomo -cual si saliera del cuerpo del can- aparecía una monita que no tenía más que pecho, brazos y cabeza. El perro se acercó a Cristo meneando la cola. La monita, a su vez, movía la cabeza, los brazos, le daba cariñosas palmadas al perro en el lomo, con el que constituía un todo único, y gritaba mirándole a Cristo. El indio hurgó en el bolsillo, sacó un terrón de azúcar y se lo tendió a la mona. Pero alguien le desvió el brazo. A sus espaldas oyó un silbido. Cristo se volvió y vio a Jim. El viejo negro, valiéndose de gestos y ademanes, le explicó que a la mona no se la podía alimentar. En ese preciso instante, un gorrión con cabeza de cotorra le arrebató de los dedos el terrón de azúcar y desapareció tras unos arbustos. En un lugar alejado de la pradera mugía un caballo con cabeza de vaca.

Por el campo galopaban dos llamas luciendo hermosas colas de caballo. Desde el césped de la pradera, desde matorrales y ramas de árboles miraban a Cristo fieras, aves y reptiles insólitos: perros con cabezas felinas, gansos con cabezas de gallo, jabalíes con cornamenta, avestruces con pico de águila, carneros con cuerpo de puma...

A Cristo todo esto le parecía una pesadilla. Se frotaba los ojos, se refrescaba la cabeza con el agua fría de los surtidores, pero nada de eso le reconfortaba. En los estanques vio culebras con cabeza de pez y branquias, peces con patas de rana, y enormes sapos con cuerpo de lagarto...

Y Cristo de nuevo quiso huir.

De esas reflexiones le sacó el impacto causado por el lugar adonde le había conducido Jim. Era un campo cubierta de arena en medio del cual, rodeada de palmeras, aparecía una villa de mármol blanco estilo mudejar. Los espacios entre los troncos de las palmeras permitían ver arcos y columnas; surtidores de bronce en forma de delfines vomitando chorros de agua a transparentes estanques, en

los que retozaban peces dorados. La fuente principal, ubicada ante el frontispicio, representaba a un joven a horcajadas sobre un delfín, imitando al mítico Tritón, con una retorcida caracola en los labios. Tras la villa había varias estructuras residenciales y servicios, y más allá se extendían espesas plantaciones de cactos espinosos que terminaban en un muro blanco.

"¡Otro muro!" pensó Cristo.

Jim le mostró una pieza fresca y acogedora. Le explicó con gestos que sería su habitación en lo sucesivo, y se retiró.

EL TERCER MURO

Paulatinamente Cristo fue habituándose a aquel insólito mundo. Las fieras, aves y reptiles que vivían en el jardín estaban bien adiestradas. Con algunas de ellas incluso hizo amistad. Los perros con piel de yaguar, que tanto le asustaron el primer día, ahora eran sus mejores amigos, le lamían las manos y lo acariciaban. Las llamas le admitían el pan de la mano. Los loros se le posaban en el hombro.

Las fieras y el jardín estaban atendidos por doce negros, tan callados o mudos como Jim. Cristo jamás los oyó conversar entre sí. Cada uno de ellos hacía en silencio su trabajo. Jim venía a ser algo así como su capataz. Los vigilaba y les distribuía las obligaciones. Cristo -inesperadamente para él mismo- fue designado ayudante de Jim. No estaba sobrecargado de trabajo, y la manutención era excelente. Es decir, no tenía motivos para lamentarse de su vida. Sólo una cosa le inquietaba: el siniestro silencio de los negros. Estaba seguro de que Salvador les había cortado a todos la lengua. Las raras veces que Salvador requería la presencia de Cristo, el indígena siempre pensaba: "Va a cortarme la lengua". Pero el indio perdió muy pronto el miedo por su lengua.

En cierta ocasión Cristo se topó con Jim dormido a la sombra de un olivo. El negro yacía supinado, con la boca abierta. Cristo aprovechó la ocasión para aproximarse sigilosamente y mirarle la boca al dormido. Esto le persuadió de que el viejo africano tenía la lengua en su sitio, y lo tranquilizó en cierta medida.

Salvador distribuía rigurosamente su jornada laboral. De siete a nueve de la mañana recibía a indios enfermos, de nueve a once operaba, luego se retiraba a la villa y se entregaba al trabajo científico en el laboratorio. Practicaba operaciones a animales, estudiando posteriormente los resultados con la máxima minuciosidad. Cuando concluía el período de observación, Salvador enviaba a los animales al jardín. Haciendo la limpieza a veces en la casa. Cristo solía entrar en el laboratorio. Cuanto veía allí era para él asombroso. En tarros de vidrio, con ciertas soluciones, latían diversos órganos. Brazos y piernas amputadas seguían viviendo. Y cuando esas extremidades vivas, separadas del cuerpo, se enfermaban Salvador las curaba, restableciendo en ellas la vida que tendía a extinguirse.

A Cristo todo esto le infundía espanto. Prefería estar entre los monstruos en el jardín.

Pese a la confianza que Salvador le evidenciaba al indio, Cristo no se atrevía a cruzar el tercer muro. Pero la curiosidad pudo más. Un mediodía, cuando el personal dormía la siesta, el indígena se acercó furtivamente al muro. Del otro lado llegaban voces de niños: conseguía distinguir algunas palabras de la lengua que usaban los indios. Pero, a veces, entre las voces pertenecientes a niños, se distinguían otras más finas, chillonas, cual si discutieran con los niños y hablasen un lenguaje incomprensible.

En cierta ocasión, Salvador tropezó accidentalmente con Cristo en el jardín y,

mirándole como de costumbre de hito en hito, profirió:

-Cristo, hace un mes que trabajas en mi hacienda y me agrada tu laboriosidad. En el jardín de abajo se ha enfermado uno de mis criados. Tú serás quien lo supla. Verás allí infinidad de cosas nuevas. Pero ten bien presente mi condición: no te vayas de la lengua, si no quieres perderla.

-Doctor, con sus mudos ya he perdido casi el hábito de hablar -repuso Cristo.

-Tanto mejor. Callar es ganar. Si sigues callando ganarás muchos pesos de oro. Dentro de semanas espero poder curar a mi criado enfermo. A propósito, ¿conoces bien los Andes?

-Soy de la cordillera, señor.

-Magnífico. Necesito más animales y aves. Vendrás conmigo. Y ahora vete. Jim te acompañará al jardín inferior.

Cristo se había habituado ya a muchas rarezas, pero lo que vio en el jardín inferior estaba por encima de cuanto pudiera imaginarse.

En una vasta pradera bañada de sol retozaban monos y niños desnudos. Eran niños de diversas tribus indias. Había entre ellos algunos muy chiquitos: unos tres años, el mayor tendría doce. Muchos de ellos habían sido sometidos a serias intervenciones quirúrgicas y le debían la vida a Salvador. El período de convalecencia lo pasaban jugando y correteando por el jardín y, luego, cuando se reponían venían sus padres y los recogían.

Además de los niños allí vivían monos sin cola y sin un solo pelo en todo su cuerpo.

Lo más asombroso era que todos los monos -unos mejor, otros peor- sabían hablar. Discutían con los niños, peleaban, chillaban con sus finas vocecitas. Lo fundamental era que convivían pacíficamente y se peleaban con ellos igual que los mismos niños entre sí.

Había momentos en que Cristo no podía distinguir si eran monos auténticos o personas.

Cuando recorrió el jardín. Cristo advirtió que era menor que el superior, tenía el declive más áspero y terminaba en el mismo acantilado de la bahía.

El mar debía estar muy cerca de este muro, pues se oía el rumor de la marejada.

Varios días después Cristo examinó la roca y se persuadió de que era artificial. Otro muro más, el cuarto. Entre la espesura de glicinia Cristo descubrió una puerta de hierro gris, pintada del color de la roca, haciéndola esto totalmente imperceptible.

Cristo prestó oído. De detrás de la roca no llegaba un solo ruido, excepto el producido por la marejada. ¿Adonde conduciría tan angosta puerta? ¿A la orilla del mar?

De súbito se oyó tremenda algarabía. Los chiquillos gritaban mirando al cielo. Cristo alzó la vista y vio un pequeño globo rojo, de los que usan los niños para jugar, que sobrevolaba lentamente el jardín. El viento se lo llevaba hacia el mar.

El globo de niño que pasó sobre el jardín inquietó en sumo grado a Cristo. No hallaba sosiego. Tan pronto el criado enfermo se repuso. Cristo fue a ver a Salvador y le dijo:

-Doctor, pronto partiremos para los Andes, lo más seguro, para mucho tiempo. Permítame ir a ver a mi hija y a mi nieta.

A Salvador no le gustaba cuando los criados salían del patio, por eso prefería a la gente sin familia. Cristo aguardó en silencio, mirando a los ojos de Salvador.

Este le espetó una gélida mirada y le recordó:

-Ten presente mi condición. ¡Cuídate la lengua! Vete. No tardes más de tres

días. ¡Espérate!

Salvador se retiró a otra pieza y regresó con un saquito de gamuza, en el que sonaban monedas de oro.

-Es para tu nieta. Y para tí por guardar silencio.

EL ASALTO

-Baltasar, si esta vez no aparece renunciaré a tus servicios y contrataré a gente más despierta y segura -dijo Zurita, tirando impaciente del mostacho. El capitán llevaba traje blanco y sombrero. Se había dado cita con Baltasar en las afueras de Buenos Aires, donde terminaba la vega cultivada y comenzaba la pampa.

Baltasar usaba blusa blanca y pantalón azul a rayas. Estaba sentado a la vera del camino sin decir palabra, tal era su turbación.

El mismo comenzaba a arrepentirse de haber enviado a su hermano Cristo a espiar la hacienda de Salvador.

Cristo le llevaba a Baltasar diez años y seguía, no obstante, tan fuerte y ágil. Su astucia era comparable con la del gato pampero. Sin embargo, no se le podía considerar confiable. Quiso dedicarse a la agricultura, pero se le antojó tedioso. Luego abrió una taberna en el puerto y se arruinó, el vino lo perdió. A partir de entonces se dedicó a los negocios más sucios, poniendo en juego su excepcional astucia y, a veces, hasta la perfidia. Era el tipo de hombre más idóneo para el espionaje, pero no ofrecía confianza. Por conveniencia podía traicionar hasta a su propio hermano. Y Baltasar, consciente de eso, se preocupaba tanto como Zurita.

-¿Estás seguro de que Cristo vio el globo que le soltaste?

Baltasar se encogió vagamente de hombros. Su deseo era acabar cuanto antes esta empresa, irse a casa, mojarse el gaznate con sangría fría y acostarse temprano a dormir.

Los últimos rayos del sol poniente iluminaron nubes de polvo levantadas tras una lomita. Simultáneamente se oyó un agudo silbido muy prolongado.

Baltasar se sobresaltó.

-¡Ahí viene!

-¡Por fin!

Cristo se dirigía a ellos con paso ligero. Ya no era aquel indio viejo y extenuado. Volvió a repetir el silbido con bizarría, se acercó y saludó a Baltasar y a Zurita.

-Bueno, qué, ¿has visto al "demonio marino"? -inquirió Zurita.

-Todavía no, pero está allí. Salvador guarda a ese "demonio" tras cuatro muros. Lo principal está hecho: yo sirvo en casa de Salvador y gozo de su absoluta confianza. El truco de la nieta enferma me salió a pedir de boca -Cristo se echó a reír, entornando los ojos con picardía-. Cuando sanó estuvo a punto de estropearme el asunto. Yo, como buen abuelo, la abrazaba y besaba y ella, la bobita, comenzó a desasirse y por poco rompe a llorar. -Cristo volvió a reír satisfecho.

-¿Dónde has encontrado esa nieta? -inquirió Zurita.

-Buscar dinero es difícil, niñas no tanto -repuso Cristo-. La madre quedó contenta. Yo recibí cinco pesos, y ella la hija sana.

El hecho de haber recibido de Salvador un buen saquito de monedas de oro prefirió callárselo. Darle ese dinero a la madre de la niña, ni pensaba.

-La hacienda de Salvador es una maravilla. Un auténtico zoo. -Y Cristo comenzó a explayarse sobre lo visto.

-Todo eso es muy interesante -profirió Zurita prendiendo un puro-, pero no has visto lo principal: el "demonio". ¿Qué piensas hacer ahora. Cristo?

-¿Ahora? Emprender una pequeña excursión a los Andes. -Y Cristo contó que Salvador se proponía organizar una cacería.

-¡Excelente! -exclamó Zurita-. La hacienda de Salvador se halla alejada de los poblados. Durante la ausencia del doctor la asaltaremos y nos llevaremos al "demonio marino".

Cristo movió renuente la cabeza.

-Los jaguares les arrancarían la cabeza antes de que pudieran encontrar al "demonio". Aunque ni con cabeza lo habrían encontrado, si yo mismo no he podido dar con él.

-Entonces, atiende aquí -tras una breve reflexión, profirió Zurita-: cuando Salvador salga de caza le tenderemos una emboscada; lo secuestraremos y le exigiremos como rescate la entrega del "demonio marino".

Haciendo alarde de habilidad, Cristo le sacó a Zurita el puro del bolsillo lateral.

-Muchas gracias. Una emboscada, eso ya está mejor. Pero Salvador los engañará: prometerá el rescate y no lo entregará. Esos españoles... -a Cristo le entró un ataque de tos.

-Bien, ¿qué propones tú? -inquirió, sin poder contener la irritación, Zurita...

-Paciencia, Zurita. Salvador confía en mí, pero sólo hasta el cuarto muro. Hay que conseguir que confíe como en sí mismo, y entonces me mostrará al "demonio".

-Bien, ¿qué más?

-Paciencia. Salvador es asaltado por bandidos -Cristo puso el dedo en el pecho de Zurita-, y yo -se golpeó el pecho-, como araucano honrado, le salvo la vida. Entonces para Cristo no habrá secretos en casa de Salvador. ("Y mi faltriquera severa repleta de pesos de oro" -concluyó para su coleto.)

-¡Vaya! No está mal.

Y determinaron el camino por el que Cristo debería llevar a Salvador.

-La víspera de la partida les lanzaré una piedra roja por encima del muro. Estén atentos.

Pese a la minuciosidad con que había sido elaborado el plan del asalto, una circunstancia imprevista estuvo a punto de hacer fracasar la empresa.

Zurita, Baltasar y diez matones, contratados en el puerto -vestidos de gaucho y bien armados-, esperaban a caballo su víctima lejos de los poblados. Era una noche oscura. Los jinetes permanecían expectantes, esperando oír trápala de caballos. Pero Cristo no sabía que Salvador no iba de caza a la antigua, como se estilaba años atrás.

Los malhechores oyeron de súbito el ruido de un motor que se aproximaba veloz. Por detrás de un cerrillo aparecieron las deslumbrantes luces de dos faros. Un enorme automóvil negro pasó como una exhalación por delante de los jinetes, sin que éstos llegaran a comprender lo que había sucedido. Zurita, desesperado, profería blasfemias. A Baltasar, por el contrario, le causó risa.

-No se desespere, Pedro -dijo el indio-. Buscando salvación del calor que hace por el día, gracias a los dos soles que Salvador tiene en el vehículo, viajarán por la noche. Por el día descansarán. En el primer alto que hagan los alcanzaremos. -Baltasar espoleó el caballo y galopó tras el automóvil. Los demás le siguieron.

Llevaban unas dos horas de camino, cuando los jinetes divisaron una fogata en la lejanía.

-Son ellos. Algo les ha sucedido. Quédense aquí, yo me acercaré a rastras y me enteraré de lo que pasa. Espérenme.

Baltasar desmontó y reptó como una culebra. Al cabo de una hora ya estaba de vuelta.

-La máquina no tira. Se estropeó. La están arreglando. El vigilante es Cristo. Hay que apurarse.

Todo lo demás se produjo en un santiamén. Los asaltantes sorprendieron a los hombres de Salvador y, antes de que pudieran reaccionar, los amarraron a todos de pies y manos: a Salvador, a Cristo y a tres negros más.

Uno de los sicarios, el jefe de la banda -Zurita prefería mantenerse inadvertido-, le exigió a Salvador un rescate subido.

-Pagaré. Suélteme -respondió Salvador.

-Eso por ti. ¡Pero vas a tener que pagar otro tanto por tus tres acompañantes! -añadió el astuto malhechor.

-Esa cantidad no podré entregársela de inmediato -repuso Salvador tras reflexionar.

-¡Matémoslo entonces! -gritaron los bandidos.

-Si no accedes a nuestras condiciones, al amanecer te mataremos -dijo el asaltador.

Salvador se encogió de hombros y respondió:

-No tengo disponible esa cantidad.

La tranquilidad de Salvador asombró al bandido.

Dejando tirados tras el automóvil a los hombres maniatados, los malhechores comenzaron a registrar el vehículo y hallaron el alcohol que el doctor llevaba para las colecciones. Se lo tomaron y la borrachera que cogieron fue mayúscula.

Momentos antes de que amaneciera alguien llegó arrastrándose hasta Salvador.

-Soy yo -dijo bajito Cristo-. He conseguido soltar las ligaduras y matar al bandido del fusil. Los demás están borrachos. El chofer ya arregló el coche. Apresurémonos.

Subieron de prisa al auto, el chofer manipuló el encendido y arrancaron a todo trapo.

Se oyeron gritos y disparos sin orden ni concierto. Le estrechó fuertemente la mano a Cristo.

Después de la escapada de Salvador se enteró Zurita -por boca de sus secuaces- de que el doctor había accedido a pagar el rescate. "Habría sido preferible -pensó el capitán- quedarnos con el rescate y abandonar la idea de secuestrar al 'demonio marino', cuya feliz utilización se presenta incierta a todas luces." Pero la ocasión se había perdido y sólo quedaba esperar noticias de Cristo.

EL HOMBRE ANFIBIO

¿Cristo esperaba que Salvador le llamara y le dijera: "Cristo, tú me has salvado la vida. A partir de ahora no habrá secretos para ti en mis posesiones. Vamos, te mostraré al 'demonio marino' ".

Pero, al parecer, Salvador no se proponía hacerlo. Le recompensó generosamente por la salvación y se enfrascó de nuevo en su labor científica.

Sin pérdida de tiempo, Cristo se puso a estudiar el cuarto muro y la puerta secreta. Tardó mucho en descubrirle el intríngulis, pero al fin lo consiguió. Una vez, palpando la puerta, apretó una protuberancia casi imperceptible y, de pronto, la puerta se abrió. Era pesada y gruesa, como la de una caja fuerte. Cristo cruzó rápidamente el vano, pero la puerta se cerró detrás de él. Esto le preocupó. Comenzó a examinarla minuciosamente, apretó todos los salientes, pero la puerta no se abría.

-Yo mismo me encerré en la trampa -rezongó Cristo.

Pero no le quedaba otro remedio, recorrería este último y enigmático jardín de Salvador.

Cristo se vio en un jardín cubierto de maleza. Era una pequeña depresión, rodeada por todas partes de un alto muro de rocas colocadas artificialmente. Desde allí no sólo se oía el oleaje, sino hasta el ruido producido por los guijarros en el bajío.

La vegetación -árboles, arbustos- era allí de la que se da habitualmente en suelos húmedos. Por entre altos y frondosos árboles, que protegían perfectamente contra el implacable sol, corrían numerosos arroyos. Decenas de surtidores atomizaban el agua, dispersándola y humectando el ambiente. Estaba húmedo como en las orillas anegadizas del Mississippi. En medio del jardín había una pequeña casa de mampostería con azotea. Sus muros estaban cubiertos de hiedra. Las persianas verdes de las ventanas, bajadas.

Cristo llegó hasta el final del jardín. Junto al mismo muro, que separaba la hacienda de la bahía, había un enorme estanque cuadrado -rodeado de árboles densamente plantados-, cuyo espejo era de unos quinientos metros cuadrados, y su profundidad, no menos de cinco metros.

Cuando Cristo se aproximaba, cierto ser salió corriendo de los matorrales y se lanzó al estanque, levantando nubes de salpicaduras. Cristo se detuvo inquieto. ¡Es él! El "demonio marino". Al fin podrá verlo.

El indígena se acercó al borde del estanque y escudriñó las transparentes aguas.

En el fondo de la piscina, sentado en blancas losas, estaba un gran mono. Desde allí le miraba a Cristo con miedo y curiosidad a la vez. Cristo no podía recuperarse del asombro: el mono respiraba bajo el agua. Se veía perfectamente cómo se dilataba y contraía el tórax.

Habiéndose recuperado del asombro. Cristo no pudo contener la risa: el "demonio marino", que tanto miedo infundió a pescadores y buzos, resultó ser un mono anfibio. "Qué cosas pasan en la vida" pensó el anciano indígena.

Cristo estaba satisfecho: al fin había conseguido enterarse de todo. Pero ahora se sentía decepcionado. El mono que él había visto no tenía nada de común con el monstruo que le habían descrito los testigos oculares. Lo que hace el miedo y la imaginación.

Había que pensar ya en regresar. Cristo volvió sobre sus pasos y cerca de la puerta escaló aun árbol próximo al muro. Arriesgándose a fracturar las piernas, saltó desde la alta tapia.

Apenas había recuperado la posición vertical, oyó la voz de Salvador:

-¡Cristo! ¿Por dónde andas?

Cristo recogió un rastrillo tirado en el camino y comenzó a hacinar la hojarasca.

-Aquí estoy, doctor.

-Vamos, Cristo -dijo Salvador, dirigiéndose a la puerta camuflada en la roca-. Mira, esta puerta se abre así -y Salvador apretó la protuberancia, ya conocida por Cristo, en la áspera superficie de la puerta.

"El doctor ha tardado -pensó Cristo-, ya he visto al 'demonio' ".

Salvador y Cristo entraron en el jardín. El doctor pasó de largo la casita cubierta de hiedra y se dirigió al estanque. El mono seguía en el agua soltando burbujas.

Cristo gritó asombrado, fingiendo haberlo visto por primera vez. Pero lo que le asombraría de veras estaba por llegar.

Salvador no prestó al mono la mínima atención. Limitose a hacer un gesto

renuente, cual si le importunara. El mono emergió, salió de la piscina, se sacudió y trepó a un árbol. Salvador se inclinó, palpó la hierba y apretó con fuerza una pequeña placa. Se oyó un ruido sordo. Por el perímetro del fondo se abrieron unas compuertas, y varios minutos después el tanque estaba vacío. Las compuertas volvieron a cerrarse. De uno de los laterales se desplegó una escalerilla metálica que conducía al fondo.

-Sígueme, Cristo.

Ambos bajaron a la piscina. Salvador pisó una losa y una nueva escotilla, de un metro cuadrado de ancho, se abría en el medio del fondo, dando paso a otra escalera que se perdía en un profundo subterráneo.

Cristo siguió a Salvador a ese subterráneo. Caminaron largo rato. La única iluminación era la luz difusa que llegaba de la escotilla. Pero quedaron muy pronto en tinieblas. Los rodeaba una oscuridad absoluta. En aquel pasillo subterráneo los pasos retumbaban con extraordinaria sonoridad.

-Cuidado, Cristo, ya llegamos.

Salvador se detuvo, pasó la mano por la pared, se oyó el ruido de un interruptor, y todo se inundó de luz. Se encontraban en una gruta de estalactitas, ante una puerta de bronce con dos cabezas de león, sosteniendo sendos anillos en la boca. Salvador tiró de uno de ellos. La pesada puerta se abrió lentamente y ambos pasaron a una sala oscura. Volvió a oírse el click del interruptor. Una opacada esfera alumbraba la espaciosa gruta, una de cuyas paredes era de cristal. Salvador conmutó la luz: la gruta quedó en tinieblas, y potentes reflectores iluminaron el espacio al otro lado de la pared de vidrio. Era un enorme acuario, mejor dicho, una casa de cristal en el fondo del mar. Había en ella algas y corales, entre los que retozaban peces. De súbito. Cristo vio aparecer entre la maleza submarina un ser humanoide con grandes ojos reventones y manos de rana. El cuerpo del desconocido estaba cubierto de escamas plateadas que resplandecían. Con rápidos y ágiles movimientos se aproximó a nado a la pared de cristal, saludó a Salvador, entró en la cámara de vidrio, y cerró tras de sí la puerta. El agua de la cámara fue evacuada rápidamente. El desconocido abrió la segunda puerta y entró en la gruta.

-Quítate las gafas y los guantes -le dijo Salvador.

El desconocido obedeció, y Cristo vio ante sí un joven esbelto, apuesto.

-Ven que te presente: Ictiandro, el hombre pez, no, mejor el hombre anfibio, alias el "demonio marino".

El joven esbozó una cordial sonrisa, tendió la mano al indio y dijo en español:

-¡Hola!

Cristo estrechó la mano tendida. Tal era su asombro que no pudo articular una sola palabra.

-El criado negro de Ictiandro se ha enfermado -prosiguió Salvador-. Te quedarás con Ictiandro varios días. Si cumples debidamente te haré su criado permanente.

RADIOGRAFÍA DE UN DÍA DE ICTIANDRO

Todavía es de noche, pero ya pronto amanecerá. El aire es tibio y húmedo, está impregnado de ese dulce aroma que emana de la magnolia, los nardos y la reseda. La tranquilidad y el silencio son absolutos. Ictiandro va por un caminito de arena. Lleva colgando del cinto un puñal, las gafas y los guantes para manos y pies "las patas de rana". Sólo se siente cómo cruje la arena de conchas al pisar. El caminito apenas se distingue. Los árboles y arbustos lo rodean como deformes

manchas negras. De los estanques comienza a levantarse niebla. De vez en cuando Ictiandro tropieza con alguna rama y el rocío le salpica el cabello y las ardientes mejillas. El camino vira hacia la derecha y comienza a descender. El aire se hace más fresco y húmedo. Ictiandro siente bajo sus pies losas, disminuye la marcha, se detiene. Pone pausadamente las gafas con gruesos cristales, enguanta manos y pies. Espira el aire de los pulmones y se lanza al agua del estanque. Le envuelve el cuerpo un agradable frescor. Las branquias son penetradas por cierto frío. Los arcos branquiales inician su rítmico movimiento, y el hombre se convierte en pez.

Ictiandro de varias vigorosas brazadas alcanza el fondo del estanque.

El joven nada seguro en plena oscuridad. Estira la mano y localiza una grapa de hierro en el muro de piedra. Al lado de ésta, otra, una tercera... Así llega hasta el túnel, lleno por completo de agua. Primero va caminando por el fondo, superando una fría corriente frontal. Se impulsa del fondo y emerge: esto viene a resultar como si se sumiera en un baño tibio. El agua calentada en los estanques de los jardines corre hacia el mar por la capa superior del túnel. Ahora Ictiandro puede dejarse llevar por la corriente. Cruza los brazos en el pecho, se pone de espalda y navega con la cabeza hacia adelante. La boca del túnel ya estaba cerca. Allí, en la misma salida al océano, en el fondo, de una grieta en la roca brotaba a gran presión una fuente termal. Bajo la presión de sus chorros susurran guijarros y conchas.

Ictiandro se vira sobre el pecho y mira hacia adelante. Estaba oscuro todavía. Alarga una mano. El agua está un poquito más fresca. Las palmas de las manos chocan con una reja de hierro, cuyos barrotes están cubiertos de vegetación submarina blanda y resbaladiza, y de ásperas conchas. Asiéndose de la reja, el joven halla una complicada cerradura y la abre. La pesada puerta redonda de rejas, que cierra la salida del túnel, se abre lentamente. Ictiandro pasa por la rendija formada, y la puerta vuelve a cerrarse.

El hombre anfibio se dirigió al océano a grandes brazadas. En el agua todavía estaba oscuro. Sólo en algunos lugares, en las negras profundidades, se observan chispas azuladas de las noctilucas y el rojo opacado de las medusas. Pero pronto amanecerá y los animales luminiscentes irán apagando sus faroles uno tras otro.

Ictiandro siente en las branquias pequeños pinchazos, le resulta difícil respirar. Eso significa que ha superado el rocoso cabo. Tras el cabo el agua está contaminada con partículas de alúmina, arena y residuos de diversas substancias. En este lugar el agua está menos salada, pues muy cerca desemboca un gran río.

"No acabo de asombrarme, cómo los peces de río podrán vivir en agua tan turbia y dulce -pensaba Ictiandro-. Seguramente sus branquias no son tan sensibles a los granos de arena y a las partículas de limo."

Ictiandro decide subir a capas más altas, vira bruscamente hacia la derecha, hacia el sur, luego vuelve a descender a la profundidad. Aquí el agua está más limpia. Ictiandro fue a dar a una corriente submarina fría, que va paralela a la costa de sur a norte hasta la desembocadura del Paraná, que desvía dicha corriente fría hacia el este. La mencionada corriente pasa a gran profundidad, pero su límite superior se halla a quince metros de la superficie. Ahora Ictiandro puede volver a dejarse a merced del flujo, pues lo sacará bien lejos, al océano abierto.

Ahora se puede dormitar un rato. No hay peligro: aún está oscuro y los peces voraces no han despertado todavía. Antes de la salida del sol siempre es agradable descabezar el sueño. La piel siente cómo varía la temperatura del agua,

las corrientes submarinas.

El oído capta un ruido sordo, estruendoso, tras el primero otro, un tercero. Son las cadenas de las anclas: en el golfo, a varios kilómetros del lugar donde se encuentra Ictiandro, las goletas de pescadores levaban anclas. Se aproxima el amanecer. Ese lejano, lejano zumbido uniforme pertenece a la hélice y a los motores del "Horrocks" -gran trasatlántico inglés, que cubre la travesía Buenos Aires-Liverpool. El "Horrocks" está todavía a unos cuarenta kilómetros, pero ¡cómo se oye! En el agua de mar el sonido se difunde a mil quinientos metros por segundo. Qué hermoso es el "Horrocks" por la noche -una auténtica ciudad flotante-, todo iluminado. Pero para verlo así hay que salir a alta mar por la noche, pues a Buenos Aires el trasatlántico llega con el alba, por eso ya trae las luces apagadas. No, ya no podrá dormitar más: las hélices, los timones y los motores del "Horrocks", las oscilaciones de su casco, la luz de las portillas y de los reflectores despertarán a la población del océano. Seguramente fueron los delfines los primeros en oír que se aproximaba el buque y, zambulléndose, levantaron hace unos minutos el oleaje que hizo inquietarse a Ictiandro. Y, lo más probable, es que hayan ido ya al encuentro del vapor.

El ruido de motores de barcos ya llega de distintas partes: se despiertan el puerto y el golfo. Ictiandro abre los ojos, sacude la cabeza, como si quisiera deshacerse de la modorra, y con un impulso simultáneo de piernas y brazos, emerge a la superficie.

Sacó con cautela la cabeza del agua, miró alrededor. Cerca no se veían lanchas ni goletas. Emergió hasta la cintura, manteniéndose en esa posición, mediante el movimiento de piernas.

Bajito, sobre la misma cabeza, pasan volando mergos y gaviotas, a veces hasta tocan con el pecho o con el extremo del ala la superficie, dejando en ella ondas. Los gritos de las gaviotas blancas son muy similares al llanto de niños. Agitando sus enormes alas y produciendo una fuerte corriente de aire, sobrevoló la cabeza de Ictiandro un níveo albatros. Las alas de la hermosa ave eran negras, el pico rojo con la punta amarilla y las patas anaranjadas. Se dirige al golfo. Ictiandro lo mira con envidia, siguiendo su majestuoso vuelo. Las enlutadas alas del ave tienen unos cuatro metros de envergadura. ¡Cuánto quisiera tener alas como esas!

En occidente la noche se escondía tras lejanas montañas cuando la púrpura teñía ya el horizonte en oriente. El espejo oceánico rizábase casi imperceptiblemente, apareciendo en él pinceladas doradas. Las gaviotas blancas, al remontarse, tornábanse rosadas.

Estelas abigarradas y azules serpentearon el pálido espejo del mar: eran los primeros golpes de viento, que iban evidentemente en aumento. El viento cobraba fuerza. En la arenosa orilla surgían blancas crestas, síntoma premonitorio de la incipiente marejada. Las aguas costaneras se volvían esmeralda.

Se aproximaba toda una flotilla de goletas pesqueras. El padre ordenó no dejarse ver por la gente. Ictiandro se sumerge a gran profundidad y da con una corriente fría que se lo lleva hacia el oriente, hacia el océano abierto. Se hallaba en la oscura profundidad marina, caracterizada por la gama cromática azul-lila. Los peces allí parecen de color verde claro, con manchas oscuras y franjas. Peces rojos, amarillos, color canela "revolotean" cual bandadas de policromas mariposas.

Desde arriba llega el ruido de un motor, el agua oscurece. Es un hidroavión militar que pasa a vuelo rasante.

Con ese tipo de aparatos Ictiandro tuvo una experiencia que estuvo a punto de tener trágico fin. En cierta ocasión un hidroavión se posó en el mar. Ictiandro se aproximó a él sigilosamente, se asió del brazo metálico que sujeta los flotadores y... por poco le cuesta la vida: el hidro despegó inesperadamente, viéndose obligado Ictiandro a saltar de unos diez metros de altura.

Ictiandro alzó la vista. El sol se encontraba casi en el cénit. Se aproximaba el mediodía. La superficie del agua ya no parecía un espejo en el que se reflejaban los guijarros de los bajíos, grandes peces y el mismo Ictiandro. Ahora el espejo se desfiguraba, se doblaba, estaba en constante movimiento.

Ictiandro emerge. Las olas le mecen. Sacó la cabeza del agua. Subió a la cresta de una ola, bajó, volvió a subir. ¡Anda, mira cómo se está poniendo! En la orilla el oleaje ya rugía, arrastraba piedras. Junto a la costa el agua se había vuelto ya amarillenta. Las olas seguían creciendo. En las crestas aparecían rizos blancos. Las salpicaduras caían sobre Ictiandro como una lluvia agradable.

"Por qué pasará esto -pensaba Ictiandro-, cuando nadas de cara a las olas parecen ser de color azul oscuro, pero vuelves la cabeza y por detrás son pálidas."

Desde la cresta de las olas saltan bandadas de peces voladores. Ora subiendo, ora bajando, burlan las crestas, vuelan un centenar de metros y se posan. Pasados unos o dos minutos reemprenden el vuelo. Las gaviotas blancas revolotean y lloran. Cortan el aire con sus amplias alas las aves más veloces, las fragatas. Enorme pico corvo, afiladas uñas, plumas castaño oscuro con verdoso matiz metálico y buche anaranjado. Este es el macho. Y cerca de él, el otro ejemplar, más claro, de pecho blanco, es la hembra. Menuda habilidad, se lanzó desde la altura al agua y al instante salió con un pez coleando en el pico. Vuelan los albatros. Habrá tormenta.

Seguramente Palamedea irá ya al encuentro del nubarrón. Maravillosa y valiente ave, recibe a la tormenta con su canto. Los barcos pesqueros y los yates de lujo pusieron proa hacia la costa y, a todo trapo, fueron a buscar abrigo al puerto.

El crepúsculo era verde oscuro, pero a través del espesor de agua podía distinguirse aún la posición del sol por la gran mancha clara. Esto bastaba para determinar el rumbo. Hay que llegar al bajío antes de que las nubes tapen el sol, de lo contrario, adiós desayuno. Y hacía rato que la gazuza le estaba acosando. En la oscuridad sería imposible hallar el banco de arena y los escollos. Ictiandro comenzó a nadar intensamente, lo hacía como las ranas.

De vez en cuando se ponía de espaldas y comprobaba el rumbo mirando al trasluz. A veces miraba hacia adelante tratando de descubrir el bajío. Sus branquias y su piel registraban cambios en el agua: cerca del banco el agua no era tan densa, contenía más sal y más oxígeno, era agradable al contacto. Probó el agua al gusto. Se orientaba como los lobos de mar que, sin ver tierra, determinan la proximidad de ésta por síntomas que sólo ellos conocen.

Comenzaba a clarear paulatinamente. A derecha e izquierda aparecieron las familiares siluetas de dos peñascos submarinos. Entre ellos hay una pequeña meseta y tras ella un gran muro. Ictiandro le dice a este lugar la caleta submarina. Aquí impera la tranquilidad hasta durante las más fuertes tormentas.

¡Cuántos peces acudieron a aquella apacible cala submarina! Aquello parecía una gigantesca caldereta en ebullición. La diversidad de peces era enorme: pequeños, oscuros, con una línea amarilla transversal y cola amarilla, con franjas negras sesgadas, rojos, azules, celestes. Pero tienen una particularidad: suelen desaparecer y volver a aparecer en el mismo lugar de forma enigmática. Emerges, miras alrededor, los peces pululan; pero miras hacia abajo y, como si se los

hubiera tragado la tierra, ni uno. Ictiandro no alcanzaba a entender ese fenómeno, hasta que una vez atrapó con las manos un pez. Su cuerpo era del tamaño de la mano, pero completamente plano. Ese era el motivo de que desde arriba prácticamente fueran invisibles.

Ahí está el desayuno. En un lugar plano, al pie de un acantilado, pululaban las ostras. Ictiandro acude nadando, se acuesta en el mismo fondo junto a las ostras y se pone a comer. Abre las valvas, saca el contenido comestible y se lo lleva a la boca. Se había habituado a comer sumergido: se ponía el pedazo en la boca y evacuaba el agua de ella con habilidad, entre los labios apretados. Claro que, con la comida, siempre se tragaba algo de agua, pero estaba avezado al agua de mar.

En torno a él se agitan algas: las verdes hojas de agar-agar e infinidad de otras vistosas plantas, pero que en ese preciso momento todas parecían grises; en el agua la luz era crepuscular: la tormenta proseguía. Algunas veces se oye el sordo ruido del trueno. Ictiandro alza la vista.

¿Por qué habrá oscurecido de súbito? Sobre la misma cabeza de Ictiandro apareció una mancha oscura. ¿Qué podrá ser eso? El desayuno ha concluido. Ahora ya puede asomarse a la superficie. Ictiandro emerge con suma prudencia hacia la mancha negra, deslizándose a lo largo del acantilado. Resultó que se había posado un albatros. Sus anaranjadas patas se encontraban muy cerca de Ictiandro, quien estiró las manos y agarró al ave por las patas. El ave, asustada, abrió sus poderosas alas y se elevó, sacando del agua a Ictiandro. Pero el cuerpo del hombre en el aire aumentó considerablemente de peso, y el albatros junto con él cayó al agua, cubriendo con su plumado y blando pecho la cabeza del joven. Ictiandro, sin esperar a que el ave le machacara la cabeza con el pico encarnado, se sumerge para volver a salir a la superficie en otro lugar. El albatros remonta el vuelo hacia oriente y se pierde tras las montañas de agua del temporal en apogeo.

Ictiandro yace supinado. La tempestad pasó. Los truenos se oyen en la lejanía, hacia oriente. Pero sigue lloviendo a raudales. Cierra los ojos y expone gustoso el rostro a la lluvia. Al fin abre los ojos, se incorpora, permaneciendo hasta la cintura en el agua, y mira alrededor. Está en la cresta de una gran ola. Se ve envuelto en cielo, océano, viento, nubes, aguacero, olas; todo se fundió en una vorágine diabólica que ruge y produce un estrépito infernal. Se riza la espuma en las crestas de las olas y serpentea enojosamente al desvanecerse éstas. Corren con ímpetu hacia arriba las montañas de agua, para precipitarse seguidamente cual aludes, repiquetea el aguacero, rugen los desenfrenados vientos.

Todo cuanto atemoriza al hombre, alegra a Ictiandro. Claro, debe ser prudente, pues se le puede venir encima una montaña de agua. Pero Ictiandro conoce las olas tan bien como cualquier pez. Lo que hace falta es saber sus mañas: una simplemente te sube y te baja, te sube y te baja; otra puede darte un revolcón. El también sabía lo que sucedía bajo el agua, sabía cómo desaparecían las olas, cuándo cesaba el viento: sabía que primero desaparecían las olas pequeñas y después las grandes, pero la marejada baja duraba mucho más. Le encantaba retozar en la ola costera, pero era consciente del riesgo que corría. En cierta ocasión una ola revolcó a Ictiandro y le estrelló la cabeza contra el fondo, haciéndole perder el conocimiento. Un hombre común y corriente se habría ahogado, pero Ictiandro se recuperó en el agua.

La lluvia cesó. La corriente se lo había llevado tras la tormenta hacia oriente. Pero el viento cambió. Del norte tropical sopló un aire cálido. Las nubes comenzaron a rasgarse, formando claros. Los rayos solares se abrieron paso hacia las olas. En el sureste, en un cielo todavía oscuro y tenebroso, apareció un doble arco iris. El océano estaba desconocido. Ahora ya había perdido aquel color

plomizo oscuro, para convertirse en azul con manchas esmeralda, en los lugares alcanzados por los rayos solares.

¡El sol! En un instante el cielo, el océano, la costa y hasta las lejanas montañas se transformaron. ¡Qué aire tan delicioso, liviano, húmedo queda después de la tempestad y la tormenta! Ictiandro ora respira a pleno pulmón el puro y sano aire de mar, ora pasa a respirar intensamente con las branquias. De todos los humanos sólo Ictiandro sabe lo bien que se respira después de que la tempestad, la tormenta, el viento, las olas, la lluvia mezclan el cielo con el océano, el aire con el agua, enriqueciendo así el agua en oxígeno. Eso reanima a los peces, a toda la población marina.

Tras la tempestad y la tormenta de las selvas submarinas, de las grietas en las rocas y de los caprichosos "matorrales" de corales salen pequeños peces, tras ellos los grandes, agazapados en las profundidades, y, por último, las débiles medusas, y otra morralla más menuda del fondo marino.

Un rayo de luz solar cae sobre la ola y el agua se pone verde, relucen las pequeñas burbujas, se deshace la espuma... Cerca de Ictiandro retozan sus amigos, los delfines, que lo miran con curiosidad, alegría y picardía. Brillantes sus lomos negros entre las olas, juguetean, resoplan, se persiguen. Ictiandro ríe, juega con los delfines, nada, bucea con ellos. Se le antoja que ese océano, esos delfines, ese cielo y ese sol están creados sólo para él.

Ictiandro alza la cabeza y entornando los ojos mira al Sol. Va inclinándose hacia occidente. Pronto caerá la tarde. Hoy no tiene deseos de volver a casa temprano. Seguirá meciéndose así hasta que el cielo se ponga oscuro y aparezcan las estrellas.

Pero la inactividad le aburre muy pronto. Cerca de allí perecen ahora pequeños animales marinos que requieren su ayuda y él puede salvarlos. Se incorpora y mira la lejana orilla. ¡Hacia el bajío y el banco de arena! Allí es donde más necesitan su ayuda. El oleaje está causando estragos.

Esa rabiosa marejada lanza, después de cada tormenta, a la orilla cantidades enormes de algas y habitantes del mar: medusas, cámbaros, estrellas de mar y, a veces, hasta a algún delfín descuidado. Las medusas perecen muy pronto, algunos peces consiguen llegar al agua, pero muchos perecen en la orilla. Los cámbaros casi todos retornan al océano. Hay veces que ellos mismos salen a la orilla para aprovecharse de las víctimas del oleaje. A Ictiandro le encanta salvar a los animales marinos lanzados a la orilla.

Después de cada tempestad se pasaba largas horas caminando por la orilla y salvando a cuantos aún se podía salvar. Para él era una alegría ver cómo un pez devuelto por él al agua se alejaba por sí solo. Se alegraba siempre de que peces medio dormidos, que ya nadaban de costado o panza arriba, se recuperaran. Cuando recogía en la orilla un gran pez, Ictiandro lo llevaba en brazos al agua; y si el animal comenzaba a dar coletazos, el joven reía y lo persuadía a no tener miedo y a no ser impaciente. Por supuesto, un día de hambre, se comería ese mismo pez si lo pescara en el océano. Pero ese era un mal inevitable. Aquí, en la orilla, él era el protector, el amigo, el salvador de los habitantes del mar.

Habitualmente Ictiandro regresaba a la orilla del mismo modo que se iba, valiéndose de corrientes submarinas. Hoy se mostraba renuente a sumergirse por mucho tiempo, estaban tan bellos el océano y el cielo. El joven se sumergía, nadaba bajo el agua un trecho y volvía a emerger, como los pájaros que andan a la caza de peces.

Se extinguieron los últimos rayos de sol. En occidente aún se divisaba una

franja amarilla. Las lúgubres olas, cual grises sombras, seguían persiguiéndose en su constante carrera.

Tras el contacto con el aire fresco, el agua era más acogedora y tibia. La oscuridad era absoluta, pero no infundía miedo. A esta hora nadie podría atacar. Los voraces peces diurnos ya estaban durmiendo, y los nocturnos, no habían salido a cazar todavía.

Esto precisamente necesitaba: una corriente procedente del norte y próxima a la superficie del océano. El oleaje de fondo no se había apaciguado todavía y hacía oscilar la altura del río submarino, pero éste seguía obstinadamente su rumbo -del cálido Norte al frío Sur-. Mucho más abajo corría en dirección contraria -de Sur a Norte- una corriente fría. Ictiandro utilizaba con frecuencia esas corrientes, cuando hacía largas travesías por rumbos paralelos a la costa.

Hoy se había alejado considerablemente hacia el Norte. Ahora esta tibia corriente lo llevará hasta el túnel. El problema estaba en no dormirse, pues podría pasar de largo, como ya le sucedió una vez. Mientras la corriente lo lleva hacia el Sur, él hace ejercicios con los brazos y las piernas. El agua tibia y los lentos ejercicios le tranquilizan.

Ictiandro levanta la vista y ve una bóveda cubierta por completo de diminutas estrellas. Son las noctilucas que encendieron sus faroles y subieron a la superficie del océano. En la oscuridad se ven en algunas partes nubosidades azuladas y rosadas: densas colonias de microorganismos fosforescentes. Pasan lentamente esferas que irradian una suave luz verdosa. Muy cerca de Ictiandro reluce una medusa, que parece una lámpara cubierta con caprichosa pantalla, adornada con encajes y largos flecos. Al menor movimiento de la medusa los flecos se balancean, cual si un suave aire los acariciara. En los bajíos ya se encendieron las estrellas de mar. En las grandes profundidades se mueven rápidamente las luces de los grandes peces voraces nocturnos. Ellos se persiguen, dan vueltas, se apagan y vuelven a encenderse.

Otro bajío. Los caprichosos troncos y ramos de los corales están iluminados por dentro con luz azul celeste, rosa, verde y blanca. Algunos despiden una luz pálida e intermitente, otros relucen como el metal al rojo vivo.

En la tierra por la noche sólo se ven lejanas estrellas muy pequeñas, y a veces la Luna. Aquí, sin embargo, hay miríadas de estrellas, millares de lunas y millares de pequeños soles polícromos de suave luz. La noche en el océano es incomparablemente más vistosa y bonita que en la tierra.

Y para compararla, Ictiandro emerge a la superficie.

Advirtió de inmediato que el aire se había calentado. Se fijó en la bóveda celeste de un azul oscuro, sembrada de estrellas. Sobre el horizonte se elevaba el disco argentado de la Luna, que proyectaba por todo el océano una estela plateada.

Del puerto llega un sonido grave y prolongado. Es la sirena del vapor "Horrocks" que anuncia su viaje de regreso. Pero qué tarde es. Pronto amanecerá. Ictiandro ha estado ausente casi veinticuatro horas. El padre le va a regañar.

Ictiandro se dirige a la boca del túnel, introduce la mano entre los barrotes, abre la reja y nada por el túnel en plena oscuridad. El retorno debe efectuarlo por debajo, utilizando la corriente fría, que va del mar a los estanques de los jardines.

Un ligero golpe en el hombro le hace despertar.

Está en el estanque. Sale rápidamente. Pasa a la respiración pulmonar, aspirando el aire saturado de familiares aromas de flores.

Varios minutos después ya se hallaba sumido en profundo sueño en la cama, como lo exigía el padre.

LA JOVEN Y EL HOMBRE DEL BIGOTE

Una vez nadaba por el océano después de una tormenta.

Al emerger, Ictiandro advirtió en las olas, cerca de donde él se encontraba, un objeto parecido a un pedazo de vela blanca, arrancado por la tormenta de una goleta. Cuando se aproximó vio con asombro que era una persona: una mujer, una joven. Estaba amarrada a un tablón. ¿Será posible que tan bella joven esté muerta? A Ictiandro le emocionó tanto el hallazgo que sintió, por primera vez, cierta hostilidad hacia el océano.

¿Tal vez sea un simple desmayo? Le acomodó la cabeza, que se había deslizado del tablón, y empujó a la joven hacia la orilla.

Nadaba rápido, utilizando toda su habilidad y vigor; sólo se detenía para acomodarle la cabeza, que seguía deslizándose del tablón. Le susurraba como si fuera uno de los peces que solía salvar: "¡Aguanta un poquito!" El quería que la joven abriera los ojos, y al mismo tiempo lo temía. Quería verla viva, pero temía que su presencia la asustara. ¿Quitarse las gafas y los guantes? Pero eso requiere tiempo, y, además, nadaría peor. Y volvía a impulsar a la joven hacia la orilla con más ahínco.

Entraron en la franja de la marejada. Esta zona requiere mayor cautela. Las mismas olas los llevan hacia la orilla. Ictiandro trataba, de vez en vez, de tocar el fondo con el pie. Al fin lo consiguió en un bajío y sacó a la joven a la orilla, quitó las cuerdas que la ligaban al tablón, la puso a la sombra de unos arbustos, y comenzó a practicarle respiración artificial.

Le pareció que los párpados de la joven se habían estremecido y las pestañas movido. Pegó el oído al tórax de la chica y oyó el leve latido de su corazón. Está viva... Quiso gritar de alegría.

La joven entreabrió los párpados, miró a Ictiandro, y su rostro expresó verdadero espanto. Volvió a cerrarlos. Ictiandro quedó desconsolado y, al mismo tiempo, contento. La había salvado. Ahora debe retirarse, podría asustarla. Pero, ¿acaso se la puede dejar sola, desamparada? Mientras estaba en esas reflexiones, oyó pasos pesados, presurosos. No quedaba tiempo para vacilaciones. Ictiandro se tiró al agua, fue nadando sumergido hasta los escollos y, al abrigo de las rocas, observó la orilla.

Por detrás de una duna apareció un hombre de bigote y perilla, con sombrero de ala ancha. El hombre dijo en español sin alzar la voz: "Ahí está, gracias a Dios y a la Virgen"; aceleró el paso casi hasta la carrera, pero paró en seco, viró hacia el océano y se dio un chapuzón en las olas. Chorreando agua corrió hacia la joven y comenzó a hacerle la respiración artificial (¿qué necesidad tiene ahora?), luego se inclinó sobre el rostro de la chica... La besó. Algo le dijo atropellada y efusivamente. Ictiandro captaba sólo palabras aisladas: "Yo se lo advertí... Fue una locura... Menos mal que se me ocurrió amarrarla al tablón..."

La joven abre los ojos, levanta la cabeza. Su rostro refleja miedo, que va trocándose en asombro, en ira, en desagrado. El hombre de la barbilla sigue hablando acaloradamente, ayuda a levantarse a la chica. Pero la debilidad la devuelve a la arena. Sólo media hora después partieron ambos. Ellos pasaron cerca de las rocas tras las que se escondía Ictiandro. La joven profirió ceñuda, dirigiéndose al hombre del sombrero:

-¿Cómo, es usted mi salvador? Se lo agradezco. Que Dios se lo pague.

-No, sólo usted podrá hacerlo -respondió el hombre del bigote.

La joven pareció no haber oído esas palabras. Calló un rato y dijo:

-Qué cosa tan extraña. Me pareció haber visto a mi lado a un monstruo.

-Ha sido una visión -respondió su acompañante-. O tal vez haya sido el demonio que, creyéndola muerta, quiso llevarse el alma de usted. Rece, rece un Padrenuestro y apóyese en mí. Conmigo no hay demonio que se atreva a tocarla.

Y pasaron de largo ambos: aquella maravillosa joven y aquel impudente hombre de bigote, quien quería hacerle creer a la chica que era su salvador. Pero Ictiandro no podía desenmascarar al mentiroso. Que hagan lo que quieran: Ictiandro ha hecho lo que debía.

La chica y su acompañante habían desaparecido ya tras las dunas, y el joven seguía sin poder apartar la vista. Luego se volvió de cara al océano. ¡Qué enorme es y qué desierto está...!

La marejada lanzó a la arena un pez azul con panza plateada. Ictiandro miró alrededor: no había nadie. Salió de su escondite, cogió el pez y lo lanzó al agua. El animalito se fue coleando, pero Ictiandro se sintió triste. Caminaba solitario por la desierta orilla, recogiendo peces y estrellas de mar y llevándolos al agua. Paulatinamente fue entusiasmándose con ese trabajo. Iba recuperando su buen humor habitual. Así pasó el tiempo hasta el crepúsculo, sumergiéndose sólo alguna vez que otra en el agua, cuando el viento que soplaba de la orilla quemaba demasiado y le secaba las branquias.

EL CRIADO DE ICTIANDRO

Salvador decidió partir para la cordillera sin Cristo, quien había progresado notablemente en la asistencia a Ictiandro. Esta noticia alegró en sumo grado al indio: durante la ausencia de Salvador podría verse más a menudo con Baltasar. Cristo ya le había comunicado a éste que había localizado al "demonio marino". Sólo quedaba planear el secuestro de Ictiandro.

Ahora Cristo vivía en la casita blanca cubierta de hiedra y se veía frecuentemente con Ictiandro. Ellos trabaron muy pronto amistad. Ictiandro, privado de contactos con la gente, se sintió atraído por aquel anciano que le hacía relatos sobre la vida en la tierra. Ictiandro conocía la vida en el mar mejor que los científicos más ilustres, y le confiaba a Cristo los secretos de la vida submarina. Conocía bastante bien la geografía: océanos, mares, ríos principales; poseía ciertos conocimientos en astronomía, navegación, física, botánica, zoología. Sus conocimientos sobre el hombre eran sumamente pobres: algo sobre las razas que pueblan la tierra; sobre la historia de los pueblos tenía una noción muy vaga, sobre las relaciones políticas y económicas sus conocimientos no superaban los de un niño de cinco años.

Por el día, cuando comenzaba el calor, Ictiandro bajaba a la gruta subterránea y desaparecía. A la casa blanca regresaba cuando atenuaba el calor, quedándose hasta por la mañana. Pero si llovía o en el mar había tormenta, se pasaba todo el día en casa. Cuando el tiempo era húmedo se sentía bastante bien en la tierra.

La casita era pequeña, constaba tan sólo de cuatro piezas. Una de ellas, la ubicada junto a la cocina, era de Cristo. La contigua era el comedor, la tercera era una gran biblioteca. Cabe señalar que Ictiandro dominaba el español y el inglés. La última pieza, la más grande de todas, era la alcoba de Ictiandro. En medio del dormitorio había una bañera. Junto a la pared, una cama. Ictiandro solía dormir algunas veces en la cama, pero prefería la bañera. No obstante, cuando Salvador se ausentó le dejó prescrito a Cristo que se ocupara de que Ictiandro durmiera, por lo menos, tres noches a la semana en cama. Por las noches Cristo se presentaba en la alcoba de Ictiandro y rezongaba como una vieja

niñera si el joven no accedía a dormir en la cama.

-Pero si para mí es mucho más agradable y cómodo dormir en el agua -protestaba Ictiandro.

-El doctor te ha prescrito dormir en la cama, hay que obedecer al padre.

Ictiandro le decía a Salvador padre, pero Cristo dudaba de esos lazos carnales. La tez y la piel de las manos de Ictiandro eran bastante claras, pero eso podía ser consecuencia de la larga permanencia bajo el agua. El óvalo de la cara, la recta nariz, los finos labios y grandes ojos de Ictiandro guardaban demasiada afinidad con las facciones que caracterizan la tribu de los araucanos, a la que pertenecía el mismo Cristo.

Cristo sentía una curiosidad extraordinaria por ver el color del cuerpo de Ictiandro, oculto bajo el ceñido traje de material desconocido, confeccionado a modo de escamas.

-¿No te quitas la camisa para dormir? -le preguntó al joven.

-¿Para qué? Mis escamas no me molestan, son muy cómodas. No impiden la respiración de las branquias ni de la piel y, al mismo tiempo, me protegen; ni los dientes del tiburón, ni el puñal más afilado pueden cortar esta coraza -respondía Ictiandro mientras se acostaba en la cama.

-¿Para qué te pones gafas y guantes? -inquirió Cristo, examinando los extraños guantes, dejados por su dueño junto a la cama. Estaban hechos de caucho verde, los dedos alargados con bambú articulado e introducido en la goma, y unidos por membranas. Para los pies esos dedos eran más alargados todavía.

-Los guantes me ayudan a nadar más rápido. Las gafas me protegen los ojos contra la arena levantada por las tormentas del fondo. No siempre me las pongo, pero con ellas veo mejor. Sin las gafas bajo el agua todo se ve como si estuviera envuelto en niebla. -Y sonriente, cual si evocara un grato recuerdo, Ictiandro prosiguió-: Cuando era niño, el padre solía permitirme jugar con los niños del otro jardín. Recuerdo que me asombró enormemente verlos nadar en el estanque sin guantes: "¿Acaso se puede nadar sin guantes?", les pregunté. Pero no entendieron de qué guantes se trataba, en su presencia yo no nadaba.

-¿Sigues saliendo a la bahía? -se interesó Cristo.

-Claro. Pero lo hago por un túnel lateral submarino. Gente de mala calaña por poco me pesca, y ahora ando con mucha cautela.

-¿O sea que hay otro túnel submarino que conduce a la bahía?

-Hay varios. ¡Lástima que no puedas nadar conmigo bajo el agua! Te mostraría tantas cosas admirables. ¿Por qué no todos los hombres pueden vivir bajo el agua? Andaríamos en mi corcel marino.

-¿Corcel marino? ¿Qué quieres decir?

-Un delfín. Lo he domesticado. ¡Pobre! Una vez la tormenta lo lanzó a la orilla y se lastimó una aleta. Yo lo arrastré al agua. Debo decirte que no fue nada fácil. Los delfines en la tierra son más pesados que en el agua. En general, aquí todo es más pesado. Hasta el propio cuerpo. En el agua resulta más fácil vivir. Pero, volvamos al relato del delfín. Me lo llevé al agua, quiso nadar y no pudo. Eso significaba que no podría alimentarse. Entonces decidí alimentarlo yo. Estuve alimentándolo mucho tiempo, todo un mes. Durante ese tiempo no sólo se acostumbró a mí, yo diría que se encariñó conmigo. Total, nos hicimos amigos. Hay otros delfines que me conocen. ¡En el mar paso el tiempo maravillosamente con ellos! ¡Olas, salpicaduras, sol, viento, alboroto! En el fondo también se pasa bien. Es como si se nadara en un denso aire azul. Absoluto silencio. No se siente el propio cuerpo. Se torna desembarazado, ligero, obediente a cada movimiento... Tengo muchos amigos en el mar. Alimento a los pececitos, como ustedes a los

pájaros, y me siguen por todas partes en bandadas.

-¿Y enemigos?

-Enemigos también. Los tiburones, los pulpos. Pero no les tengo miedo. Llevo mi puñal al cinto.

-¿Y si se aproximan furtivamente, sin que puedas advertirlos?

A Ictiandro esa pregunta le asombró.

-Eso está excluido, los oigo venir desde lejos.

-¿Los oyes bajo el agua? -esta vez le tocó asombrarse a Cristo-. ¿Hasta cuando se aproximan silenciosamente?

-Sí, qué pasa. ¿Qué tiene eso de extraño? Oigo con los oídos y con todo el cuerpo. Ellos al avanzar hacen vibrar el agua, y las ondas de esas oscilaciones llegan antes que ellos. Al sentir esas oscilaciones yo me pongo en guardia.

-¿Incluso estando dormido?

-Naturalmente.

-Pero los peces...

-Los peces perecen no por ser sorprendidos, sino por no poder defenderse de un enemigo más fuerte. Mi caso es distinto, soy más fuerte que todos ellos. Y los peces más agresivos y voraces lo saben. No se atreven a acercarse a mí.

"Zurita tiene razón: por conseguir un muchacho marino como este vale la pena trabajar -pensó Cristo-. Pero atraparlo en el agua no va a ser una empresa fácil. 'Oigo con todo mi cuerpo.' Como no caiga en una trampa. Hay que advertírselo a Zurita."

-¡Qué hermoso es el mundo submarino! -no cesaba de admirarse Ictiandro-. No, jamás cambiaré el mar por esa polvorienta tierra de ustedes.

-¿Por qué dices de ustedes? Tú también eres hijo de la tierra -dijo Cristo-. ¿Quién era tu madre?

-No sé... -profirió indeciso Ictiandro-. Mi padre me dijo que murió cuando yo nací.

-Pero era una mujer, naturalmente, una persona y no un pez.

-Tal vez -accedió Ictiandro.

Cristo soltó una risotada.

-Ahora dime, ¿por qué hacías esas travesuras, agraviabas a los pescadores, les cortabas las redes y les volcabas el pescado de las lanchas?

-Porque pescaban más de lo que podían comer.

-Pero pescaban para vender.

Ictiandro no entendió.

-Para que otra gente pueda comer -aclaró el indígena.

-¿Acaso es tanta la gente? -extrañóse Ictiandro-. ¿Es que no les bastan las aves y los animales terrestres? ¿Para qué vienen al océano?

-Esto no es fácil de explicar de una asentada -dijo, bostezando, Cristo-. Es hora de dormir. No se te ocurra meterte en el baño: disgustarás a tu padre. -Y Cristo se retiró.

Por la mañana temprano Cristo ya no encontró a Ictiandro en su habitación. El piso de losa estaba mojado en torno a la bañera.

-Ha vuelto a dormir en la bañera -rezongó el indio-. Después seguramente se fue al mar.

Al desayuno Ictiandro se presentó con mucho retraso.

Se veía triste, afligido. Pinchó varias veces el biftec con el tenedor y profirió:

-Otra vez carne asada.

-Sí, otra vez -repuso Cristo con severidad-. Lo ha ordenado el doctor. ¿Te has vuelto a hartar de pescado crudo en el mar? Así vas a perder la costumbre de

comer alimentos cocinados. Y has vuelto a dormir en el baño. Te empeñas en no dormir en la cama: las branquias se deshabituarán del aire y después vas a lamentarte de que te pinchan los costados. Has vuelto a tardar al desayuno. Cuando regrese el doctor me quejaré de tí. Eres un desobediente.

-Cristo, no se lo digas. No quiero disgustarle. -Ictiandro bajó la cabeza y quedó pensativo. Luego, de súbito, miró con tristeza al indio y dijo-: Cristo, he visto a una chica. En la vida había visto nada tan bello, ni en el fondo del océano...

-¿Para qué injuriaste a nuestra tierra? -le dijo Cristo.

-Iba en el delfín a lo largo de la orilla y cerca de Buenos Aires la vi. Tenía los ojos azules y cabello dorado. -Ictiandro añadió-: Pero ella al verme se asustó y salió corriendo. ¿Para qué me habré puesto las gafas y los guantes? -Tras un breve silencio, reanudó sus reflexiones muy quedo-: Una vez salvé a una joven en el océano. Entonces no presté atención a su aspecto, no me fijé cómo era. ¿Será la misma? Se me antoja que aquella también tenía el cabello dorado. Sí, sí... Ahora recuerdo... -El joven quedó meditabundo, luego se acercó al espejo y, por primera vez en su vida, se miró.

-¿Y qué has hecho después?

-La esperé, pero no volvió. Cristo, ¿será posible que no vuelva más a la orilla?

"Está bien que le haya gustado la chica" pensó Cristo. Hasta ahora, por más que le elogiaba la ciudad, no había podido conseguir que Ictiandro visitara Buenos Aires, donde Zurita podría secuestrar fácilmente al joven.

-La chica puede que no vuelva a la orilla, pero yo te ayudaré a encontrarla. Para eso debes ponerte un traje civil y venir conmigo a la ciudad.

-¿Y la veré? -exclamó Ictiandro.

-Allí hay muchas chicas. Tal vez encuentres a la que viste en la orilla.

-¡Vamos ahora!

-Ahora ya es tarde. Llegar andando a la ciudad no es fácil.

-Yo iré en el delfín y tú por la orilla.

-No te apresures -le dijo Cristo-. Saldremos mañana juntos con el alba. Tú te vas a nado por la bahía y yo te espero en la orilla con el traje. Además, debo adquirirlo todavía. ("Por la noche tendré tiempo para verme con mí hermano" pensó Cristo.)

-Bien, mañana con la aurora.

EN LA CIUDAD

Ictiandro emergió en la bahía y salió a la orilla. Cristo ya le esperaba con un traje blanco. El joven miró el traje con desagrado, como si le hubieran traído una piel de serpiente y, tras exhalar un profundo suspiro, comenzó a ponérselo. Todo parecía indicar que no se ponía a menudo ese tipo de ropa. El indio le ayudó a hacer el nudo de la corbata y quedó satisfecho de la pinta que tenía.

-Andando -dijo alegre Cristo.

Queriendo asombrar a Ictiandro, el indio se lo llevó por las calles más céntricas: la Avenida Alvear y la Plaza de Mayo, le mostró la Plaza de la Victoria y la Casa Rosada.

Pero Cristo se equivocó. El ruido, el movimiento de gran ciudad, el polvo, el calor, el ajetreo aturdieron por completo a Ictiandro. El trataba de localizar en el tumulto a la joven, asía con frecuencia del brazo a Cristo y le susurraba:

-¡Esta es...! -pero se persuadía de inmediato de que había errado una vez más-. No, no, esta es otra...

Llegó el mediodía. El calor era insoportable. Cristo propuso desayunar en un

bodegón. Allí hacía fresco, pero había mucho ruido y no se podía respirar. Gente sucia y mal vestida fumaba hediondos cigarros. El humo sofocaba a Ictiandro, y para colmo todos discutían a voz en cuello, blandiendo periódicos arrugados y gritando palabras incomprensibles. Ictiandro tomó gran cantidad de agua fría, pero no probó un bocado y dijo con tristeza:

-Es más fácil encontrarse en el océano con un pez conocido que con una persona en esta vorágine humana. Las ciudades de ustedes son detestables. El ambiente aquí está cargado y es desagradable al olfato. Me comienzan a pinchar los costados. Cristo, quiero irme a casa.

-Bien -accedió Cristo-. Pasamos antes por casa de un amigo, y nos vamos.

-No quiero pasar por ninguna parte.

-Es de paso. Un momento solamente.

Cristo pagó y salieron a la calle. Ictiandro iba con la cabeza gacha tras el indígena, respirando con gran dificultad sin ver las blancas casas, los jardines con cactos, olivos y melocotoneros. El indio lo llevaba a casa de su hermano Baltasar, quien residía en el Nuevo Puerto.

Cuando sintió la proximidad del mar Ictiandro respiró con ansiedad el aire húmedo. Se apoderó de él un deseo enorme de despojarse de aquella ropa y lanzarse al agua.

-Ahora llegamos -dijo Cristo, mirando receloso a su acompañante.

Cruzaron la vía ferrocarril.

-Hemos llegado. Aquí es -dijo Cristo, y bajaron a un pequeño negocio medio oscuro.

Cuando los ojos de Ictiandro se acostumbraron a la semioscuridad, miró asombrado su entorno. El negocio le recordaba un rincón del fondo marino. Un estante y parte del piso estaban cubiertos de las más diversas ostras. Del techo colgaban hilos de corales, estrellas de mar, peces disecados y otras curiosidades del mar. En el mostrador se exhibían perlas. En uno de los estuches aparecían perlas rosadas "la piel del ángel", como les decían los buzos. Objetos tan familiares tranquilizaron a Ictiandro.

-Descansa, aquí hace fresco y no hay ruido -dijo Cristo, sentando al joven en una vieja silla de mimbre.

-¡Baltasar! ¡Lucía! -gritó el indio.

-¿Eres tú, Cristo? -respondió una voz desde otra pieza-. Pasa.

Cristo se agachó para poder franquear el vano de la puerta que conducía a la habitación contigua.

Era el laboratorio de Baltasar. Allí restablecía el color de las perlas, afectadas por la humedad, con ácido diluido. Cristo entró y cerró bien la puerta. La tenue luz que entraba por una pequeña ventana situada casi en el techo, iluminaba diversas vasijas de cristal que estaban sobre una mesa vieja y mugrienta.

-Hola, hermano. ¿Dónde está Lucía?

-Ha salido a pedirle a la vecina una plancha. No piensa más que en encajes y lazos. Ahora vendrá -repuso Baltasar.

-¿Y Zurita? -inquirió impaciente Cristo.

-Ha desaparecido el maldito. Ayer hemos tenido un pequeño altercado.

-¿Y todo por Lucía?

-Zurita se desvive por ella, pero no es correspondido. La joven sólo tiene una respuesta para él: no quiero y se acabó. ¿Qué puedo hacer yo? Es una caprichosa y una terca. Se cree demasiado. El orgullo le impide comprender que para cualquier chica india, por bella que sea, es una dicha casarse con un hombre como ese. Tiene su propia goleta, todo un equipo de buzos -rezongaba Baltasar

mientras lavaba una perla en la solución-. Zurita, por enojo, seguramente se dio a la bebida.

-¿Qué haremos ahora?

-¿Lo has traído?

-Ahí está sentado.

Baltasar, impulsado por la curiosidad, se acercó a la puerta y miró por el ojo de la cerradura.

-No le veo -dijo bajito.

-Está sentado en la silla junto al mostrador.

-No le veo. En ese lugar está Lucía.

Baltasar abrió la puerta de un empujón y entró en la tienda seguido de Cristo.

Ictiandro no estaba. Desde un rincón oscuro les miraba Lucía, hija adoptiva de Baltasar. La joven era famosa por su belleza hasta fuera de los confines del Puerto Nuevo. Pero era recatada y voluntariosa. Su dulce voz adquiría matiz tajante cuando decía:

-¡No!

Lucía le gustó a Pedro Zurita, quien se proponía pedir su mano. El viejo Baltasar miraba con buenos ojos la perspectiva de emparentarse con el amo de una goleta y de asociarse con él en el negocio.

Pero todas las propuestas de Zurita eran rechazadas por la joven con un invariable "¡No!".

Cuando el padre y Cristo entraron, encontraron a la joven cabizbaja.

-Hola, Lucía -dijo Cristo a modo de saludo familiar.

-¿Dónde está el joven? -indagó Baltasar.

-Yo no escondo a jóvenes -respondió esbozando una sonrisa-. Cuando entré me miró muy extraño, como si se hubiera asustado, se levantó, se echó las manos al pecho y salió corriendo. No tuve tiempo de volverme, ya estaba en la puerta.

"Era ella" pensó Cristo.

DE NUEVO EN EL MAR

Ictiandro corría, jadeante, a lo largo de la orilla del mar. Huyendo de esa horrible ciudad, el joven abandonó el camino y se dirigió a la misma orilla. Escondido entre las rocas costeras, se cercioró de estar solo, desnudóse rápidamente, guardó la ropa en las piedras, corrió y se lanzó al mar.

Pese a la fatiga que le atormentaba, nunca había nadado tan rápido. Los peces se espantaban al verlo pasar. Y sólo cuando se alejó varias millas de la ciudad, Ictiandro se permitió elevarse algo más cerca de la superficie y nadar en las proximidades de la costa. Allí se sentía ya en su casa. Conocía cada piedra submarina, cada hoyo en el fondo. Aquí, tumbados en el fondo arenoso, viven los lenguados, más adelante crecen arbustos de coral, entre los que se ocultan pequeños peces de aletas rojas. En el casco de un pesquero hundido se alojó una familia de pulpos con su reciente descendencia. Bajo grises piedras se guarecían cangrejos. A Ictiandro le encanta pasarse horas observando su vida. El sabía las pequeñas alegrías que les causaban sus cacerías y sus amarguras, la pérdida de una pinza o el ataque de un pulpo. Al pie de las rocas costaneras abundaban las ostras.

Al fin, ya cerca de la bahía, Ictiandro asomó la cabeza, vio un grupo de delfines que retozaban entre las olas, y lanzó un fuerte y prolongado grito. Un gran delfín resopló alegre, a modo de respuesta, y se dirigió al encuentro de su amigo, sumergiéndose y volviendo a mostrar sobre las crestas de las olas su brillante

lomo.

-¡Rápido, Leading, rápido! -exclamó Ictiandro, mientras nadaba al encuentro. Se asió del delfín-. ¡Sigamos, Leading, rápido, adelante!

Y obedeciendo a la mano del joven, el delfín partió veloz hacia mar abierto, buscando el viento y las olas. Cortando las olas con el pecho avanzaba veloz, levantando espuma, pero a Ictiandro esa velocidad se le antojaba insuficiente.

-¡Dale, Leading! Más rápido, más rápido!

Ictiandro dejó totalmente extenuado al delfín, pero esa carrera por las olas no le tranquilizó. Dejó a su amigo perplejo, cuando se deslizó del lomo y se sumergió en el mar. El delfín esperó, resopló, buceó, emergió, resopló otra vez descontento y, tras dar un coletazo, se dirigió hacia la orilla, volviéndose de vez en cuando. Su amigo no aparecía en la superficie y Leading decidió incorporarse al grupo, siendo muy celebrado por los jóvenes delfines. Ictiandro se sumergía más y más en el tenebroso abismo oceánico. Quería estar solo, recuperarse de las nuevas impresiones, reflexionar sobre lo visto y conocido. Se alejó muchísimo, sin pensar en el riesgo a que se estaba exponiendo. Quería entender, por qué era distinto de los demás: ajeno al mar y a la tierra. Se sumergía cada vez más lento. El agua se hacía más densa, comenzaba a presionarle, se le hacía difícil respirar. Allí el crepúsculo era denso, de un color gris verdoso. Esa zona estaba escasamente poblada, y muchos de los peces que allí habitaban eran desconocidos para Ictiandro: nunca había descendido a tanta profundidad. Y, por primera vez, aquel silencioso y gris mundo le infundió pavor. Emergió rápidamente a la superficie y se dirigió a la orilla. El sol se ponía, penetrando el agua con sus rayos rojos. Una vez en este medio se mezclaban con el azul del agua, haciendo delicados visos en tonos lila rosado y celeste verdoso.

Ictiandro no llevaba gafas, por eso desde la profundidad veía la superficie del mar como se le presenta a los peces: no plana, sino como la base de un cono vista desde el vértice, cual si estuviera en el fondo de un enorme embudo. El contorno de la base de dicho cono parece estar orlado con varias franjas: roja, amarilla, verde, azul y violeta. Fuera del cono se extiende la brillante superficie del agua en la que se refleja, como en un espejo, el fondo: rocas, aIgas, peces.

Ictiandro se volvió sobre el pecho, nadó hacia la orilla y se sentó bajo el agua entre unas rocas, próximas al bajío. Unos pescadores bajaron de la lancha y la jalaron para varar en la playa. Uno de ellos metió las piernas en el agua hasta las rodillas. Ictiandro, desde su escondite, veía sobre el agua al pescador sin piernas, y en el agua sólo sus piernas y el reflejo de las mismas en el espejo de la superficie. Otro pescador entró en el agua hasta los hombros. Visto desde el fondo parecía un cuadrúpedo sin cabeza, como si a dos hombres iguales les hubieran decapitado y puesto los hombros de uno sobre los del otro. Cuando los pescadores se aproximaban a la orilla, Ictiandro lo veía igual que los ven los peces: como reflejados en una esfera de cristal, y de pies a cabeza antes de que llegaran a la orilla. Por eso siempre lograba alejarse antes de ser descubierto.

Esos extraños torsos con cuatro brazos y sin cabeza, y esas cabezas sin torsos, ahora se le antojaron a Ictiandro desagradables. Los hombres... Alborotan, fuman cigarros horribles y despiden desagradable olor. Los delfines son muy distintos: limpios, alegres. Ictiandro dibujó una leve sonrisa. Evocaba cómo, en cierta ocasión, había probado leche de hembra de delfín.

Muy lejos, en dirección sur, hay una pequeña bahía. Agudos escollos y un banco de arena impiden el acceso por el mar. La costa es acantilada y rocosa. Todo eso hace que no sea visitada por pescadores ni buscadores de perlas. Su fondo, de escasa profundidad, está cubierto de un denso tapiz de plantas. En su

tibia agua abundan peces. Allí acudía muchos años consecutivos una hembra de delfín a parir. Solía tener dos, cuatro y hasta seis crías. Ictiandro se entretenía viendo a los pequeños, escondido entre la vegetación. Era muy gracioso ver cómo se revolcaban en la superficie, cómo mamaban, empujándose unos a otros. Ictiandro comenzó a adiestrarlos poquito a poco: traía peces y los cebaba. Y, muy pronto, las crías y la hembra fueron habituándose a Ictiandro. Ya jugaba con los pequeños, los capturaba y los lanzaba. A ellos esto, por lo visto, les gustaba. Tan pronto aparecía en la bahía con regalos para ellos -sabrosos peces o pequeños pulpos, más sabrosos todavía- acudían contentos a recibirlo.

Una vez, cuando la conocida hembra estaba recién parida y sus crías eran todavía lechones, Ictiandro pensó: ¿por qué no probar su leche?

Se situó furtivamente bajo la hembra, la abrazó y comenzó a mamar. La hembra, horrorizada por tan inesperado ataque, se espantó y abandonó la bahía. Ictiandro soltó inmediatamente al asustado animal. La leche tenía un fuerte sabor a pescado.

La desconcertada hembra, tras desasirse de tan indiscreto mamón, se lanzó hacia el fondo, sus pequeños buscábanla desorientados. A Ictiandro le costó un trabajo enorme reunir y mantener juntos a los pequeños, hasta que llegó la madre y se los llevó a la bahía vecina. Sólo pasados muchos días se restableció la confianza y la amistad.

Cristo estaba sumamente preocupado. Hacía tres días que Ictiandro no aparecía. Al fin se presentó extenuado, pálido, pero satisfecho.

-¿Dónde has estado todo este tiempo? -inquirió con severidad el indio, contento de que hubiera aparecido.

-En el fondo -respondió Ictiandro.

-¿Por qué estás tan demacrado?

-He... he estado a punto de perecer -mintió Ictiandro, por primera vez en la vida, y contó una historia que le había sucedido mucho antes.

En las profundidades oceánicas hay un altiplano rocoso, y en el medio de esa meseta, una depresión ovalada enorme, un auténtico lago submarino.

Nadando sobre ese lago submarino, a Ictiandro le asombró el insólito color gris claro del fondo. Cuando descendió y se fijó como es debido, quedó sorprendido: se hallaba sobre un auténtico cementerio de diversos animales marinos, desde pequeños peces hasta tiburones y delfines. Había también víctimas recientes. Pero junto a ellas no aparecían, como es habitual, cangrejos ni peces de los que aprovechan esas ocasiones. Era el reino de la muerte. Sólo en algunas partes se veían salir burbujas de gas. Ictiandro iba nadando sobre el borde de la depresión. Descendió un poquito más y sintió, de súbito, un fuerte dolor en las branquias, asfixia y mareos. Casi sin sentido, desfallecido por completo fue hundiéndose hasta que, al fin, se posó al borde de la depresión. Las sienes le golpeaban, el corazón emprendía alocado galope y una rojiza nube enturbiaba su vista. Lo grave era que no podía esperar ayuda alguna. De pronto, vio que cerca de él descendía -retorciéndose en espasmódicas convulsiones- un tiburón. Seguramente lo venía persiguiendo, hasta que él mismo entró en estas venenosas aguas del lago submarino. Su vientre y costados se dilataban y contraían, llevaba la boca abierta, enseñando los blancos y afilados dientes en un rictus agónico. El tiburón moría. Ictiandro se estremeció. Apretando los dientes y procurando no tomar agua por las branquias, salió del lago a gatas, se irguió y quiso caminar, pero se mareó y volvió a caer. Por fin logró un impulso con las piernas y, ayudándose con los brazos, consiguió alejarse del lago unos diez metros...

Concluyó su relato contando lo que había oído sobre el particular a Salvador.

-Lo más probable es que en esa depresión se hayan acumulado gases nocivos, tal vez, hidrógeno sulfurado o anhídrido carbónico -dijo Ictiandro-. Sabes, en la superficie esos gases se oxidan, por eso no los advertimos. Pero en la depresión, donde se segregan, están muy concentrados. Bueno, ahora sírveme el desayuno, tengo un hambre atroz.

Ictiandro engulló el desayuno, se puso las gafas y los guantes y se dirigió a la puerta.

-¿Has venido sólo a recoger esto? -inquirió Cristo señalando las gafas-. ¿Por qué no quieres decirme qué te pasa?

En la manera de ser de Ictiandro había aparecido un nuevo rasgo: se había vuelto reservado, poco comunicativo.

-Cristo, no me preguntes, yo mismo no sé qué me pasa. -El joven dio media vuelta y se retiró presuroso.

LA PEQUEÑA VENGANZA

El inesperado encuentro con la joven de ojos azules en la tienda de Baltasar, negociante en perlas, turbó tanto a Ictiandro que salió corriendo hacia el mar. Ahora ardía en deseos de volver a verla y conocerla, pero no sabía cómo hacerlo. Lo más sencillo sería recurrir a los servicios de Cristo. Pero no le parecía bien verse con ella en presencia del indígena. Ictiandro llegaba a nado todos los días al lugar de la costa donde la vio por primera vez. Se pasaba desde por la mañana hasta la noche escondido entre las rocas, esperando poder verla. Cuando llegaba a la orilla se quitaba las gafas y los guantes, y se ponía el traje blanco para no asustar a la chica. Había días que se pasaba las veinticuatro horas consecutivas en la orilla, por la noche se sumergía en el mar, comía peces y ostras, descabezaba un sueño y por la mañana temprano ya estaba en su atalaya.

Una vez, por la tarde, se decidió a ir solo hasta la tienda del vendedor de perlas. La puerta estaba abierta y pudo ver que al mostrador estaba el viejo indígena; la chica faltaba. Ictiandro decidió regresar. Al aproximarse a la rocosa orilla vio a la joven en vestido blanco y sombrero de paja. Ictiandro se detuvo indeciso. La chica esperaba, evidentemente, a alguien. Andaba impaciente de un lado para otro, oteando de vez en cuando el camino. Tan entusiasmada estaba que no advirtió a Ictiandro en el rellano de la roca.

La joven alzó el brazo a modo de saludo. Ictiandro miró en aquella dirección y vio a un hombre joven, alto y fornido que caminaba ligero por el camino. Ictiandro jamás había visto cabellos y ojos tan claros como los de este desconocido. El gigante se acercó a la joven y, tendiéndole su enorme mano, profirió con cariño:

-Hola, Lucía.

-¡Hola, Olsen! -respondió ella.

El desconocido estrechó efusivamente la mano de la joven.

Ictiandro les miraba con animadversión. Se apoderó de él tal angustia que se le formó un nudo en la garganta.

-¿Lo has traído? -inquirió el gigante, mirando el collar de perlas que llevaba Lucía.

Ella asintió.

-¿No se enterará tu padre? -preguntó Olsen.

-No -respondió la joven-. Esas perlas son mías, puedo disponer de ellas como se me antoje.

Lucía y Olsen se aproximaron, conversando tranquilamente, hasta el mismo

borde del acantilado. Lucía desabrochó el collar de perlas, lo tomó por uno de los extremos, alzó la mano y, admirándolo, profirió:

-Mira, mira qué hermosas se ven las perlas a la luz del ocaso. Tómalas, Olsen…

Olsen había tendido ya la mano pero, de súbito, el collar se deslizó por la mano de Lucía y cayó al mar.

-¡Qué he hecho! -exclamó la joven.

Olsen y Lucía seguían afligidos al borde del acantilado.

-¿Tal vez se pueda sacar? -dijo Olsen.

-Esta parte es muy honda -suspiró la joven, y añadió-: ¡Qué desgracia, Olsen!

Ictiandro vio la aflicción, la amargura que reflejaba el rostro de la joven, y olvidó, de inmediato, que ella se proponía obsequiar las perlas al gigante rubio. Ictiandro no podía permanecer impasible ante tan enorme pena de la chica: salió de su escondrijo y se dirigió resueltamente a Lucía.

Olsen frunció el ceño. Lucía lo miró con curiosidad y asombro, reconoció en Ictiandro al joven que abandonó repentinamente la tienda.

-Perdón, ¿creo que se le ha caído al mar un collar de perlas? -inquirió Ictiandro-. Si usted me permite puedo rescatárselo.

-Ni mi padre, que es el mejor pescador de perlas, podría rescatarlo aquí -le objetó la joven.

-Yo intentaré -respondió modestamente Ictiandro-, y, para el asombro de Lucía y de su acompañante, el joven sin quitarse el traje, se lanzó al mar desde el acantilado y desapareció en las olas.

Olsen no sabía qué pensar.

-¿Quién es? ¿Cómo apareció aquí?

Pasó un minuto, se agotó el segundo, pero el joven no aparecía.

-Pereció -dijo preocupada Lucía con la mirada fija en las olas.

Ictiandro quería evitar por todos los medios que la joven se enterara de que podía vivir bajo el agua. Entusiasmado con la búsqueda, no calculó debidamente el tiempo y permaneció sumergido algo más de lo que puede resistir un pescador de perlas. Cuando emergió, el joven anunció sonriente:

-Un poquito de paciencia. Hay muchos escollos, eso dificulta la búsqueda. Pero lo encontraré -y volvió a bucear.

Lucía había asistido reiteradas veces a la pesca de perlas y le asombró que el joven, habiendo permanecido en el fondo casi dos minutos, respirara tranquilamente y no se mostrara fatigado.

Dos minutos después la cabeza de Ictiandro aparecía nuevamente en la superficie. Su rostro irradiaba alegría. Alzó la mano sobre el agua y mostró el collar.

-Se había enganchado en una roca -articuló Ictiandro con voz absolutamente serena, sin jadear, cual si hubiera salido de la habitación contigua-. Si hubiera caído en una grieta, habría requerido más trabajo y tiempo.

Subió rápidamente por las rocas, se acercó a Lucía y le entregó el collar. El agua corría a chorros de su ropa, pero él no prestaba atención.

-Aquí lo tiene.

-¡Gracias! -dijo Lucía, mirando al joven con más curiosidad.

Se estableció un embarazoso silencio. Ninguno de los tres sabía qué hacer. Lucía no se atrevía a pasarle el collar a Olsen en presencia de Ictiandro.

-Usted, si no me equivoco, quería entregarle el collar a él -profirió Ictiandro señalando a Olsen.

Este se ruborizó, y la turbada Lucía manifestó:

-Sí, efectivamente -y le alargó el collar a Olsen, quien lo admitió en silencio y se

lo puso en el bolsillo.

Ictiandro quedó satisfecho. Por su parte eso era una pequeña venganza. El gigante recibió como presente el collar perdido por Lucía, pero de manos de él, de Ictiandro.

Y, tras despedirse de la joven con una cortés reverencia, Ictiandro se alejó rápidamente por el camino.

Pero ese éxito no alegró por mucho tiempo a Ictiandro. Le surgían nuevas ideas e interrogantes que lo atormentaban. El no conocía a la gente. ¿Quién será ese gigante rubio? ¿Por qué Lucía le obsequia su collar? ¿De qué hablaban en el peñasco?

Aquella noche Ictiandro se la pasó cabalgando en delfín y amedrentando en la oscuridad a los pescadores con sus gritos.

Todo el día siguiente permaneció bajo el agua. Con gafas, pero sin guantes, estuvo buscando en el arenoso fondo ostras perlíferas. Por la tarde visitó a Cristo, quien le recibió con rezongones reproches. Por la mañana, ya vestido, el joven se hallaba al pie de la roca donde se encontró con Lucía y Olsen. Por la tarde, durante el ocaso, igual que aquella memorable tarde, la primera en aparecer fue Lucía.

Ictiandro salió de detrás de las rocas y se acercó a la joven. Esta al verlo le saludó con un movimiento de cabeza, como se saluda a los amigos, y, esbozando una encantadora sonrisa, preguntó:

-¿Me persigue usted?

-Sí -respondió honestamente Ictiandro-, desde la primera vez que la he visto...- Y, completamente turbado, el joven prosiguió-: Usted le ha regalado su collar a aquel... a Olsen. Pero antes de entregárselo usted miró las perlas con admiración. ¿Le gustan las perlas?

-Sí.

-Entonces, admítame esto... -y le alargó una perla.

Lucía conocía perfectamente el valor de las perlas. La que yacía en la mano del joven superaba cuanto había visto hasta entonces y lo conocido por los relatos del padre. Era una pieza enorme, de forma impecable, nívea blancura y pesaba unos doscientos quilates, su valor rayaba, seguramente, un millón de pesos de oro. La asombrada Lucía miraba ora a la insólita perla, ora al apuesto joven. Aquel joven fuerte, ágil, sano, algo tímido, con su traje blanco arrugado, no se parecía a los señoritos de Buenos Aires. Y le ofrecía a ella -a quien, de hecho, no conocía- semejante regalo.

-Tómela -insistió Ictiandro.

-No -repuso Lucía, reforzando su negativa con el movimiento de cabeza-. No puedo admitirle tan caro regalo.

-Eso no tiene valor alguno -le objetó Ictiandro con ardor-. En el fondo del océano hay a millares.

Al rostro de Lucía afloró la sonrisa. Ictiandro se inmutó, se ruborizó y, tras un breve silencio, añadió:

-Por favor, le ruego.

-No.

Ictiandro frunció el ceño; se sentía ofendido.

-Si no la quiere para usted -insistió el joven-, tómela para aquel... para Olsen. El no la rechazará.

Eso enojó a Lucía.

-El no lo quiere para sí -repuso con aspereza-. Usted no sabe nada.

-Entonces, ¿no?

-No.

Ictiandro lanzó con fuerza la perla al mar, se despidió en silencio con un leve movimiento de cabeza, y fue en busca del camino.

Ese gesto dejó estupefacta a Lucía. Quedó paralizada, sin poder moverse del sitio. Era inconcebible, lanzar al mar una millonada como si fuera un guijarro cualquiera. Se sentía apesadumbrada. No debía haberle causado ese disgusto al joven.

-¡Espérese, no se vaya!

Pero Ictiandro seguía caminando con la cabeza gacha. Lucía le dio alcance, le tomó del brazo y le miró al rostro. Por las mejillas del joven corrían lágrimas. El jamás había llorado y ahora no acababa de entender por qué los objetos se tornaban borrosos, esfuminados, como cuando nadaba bajo el agua sin gafas.

-Discúlpeme, le he disgustado -susurró la chica, cogiéndole ambas manos.

LA IMPACIENCIA DE ZURITA

Después de este acontecimiento, Ictiandro acudía todas las tardes a su lugar de la costa próximo a la ciudad, se ponía el traje escondido entre las rocas y se presentaba al pie del peñasco adonde iba Lucía. Paseaban por la orilla conversando animadamente. ¿Quién era el nuevo amigo de Lucía? Ella no podría decirlo. Era un muchacho inteligente, ingenioso, conocía muchas cosas que desconocía ella; sin embargo, otras sencillísimas -que para cualquier muchacho urbano son pan comido-, no las entendía. ¿Cómo explicar eso? A Ictiandro no le gustaba explayarse sobre su persona. Prefería vivir de incógnito. La chica sólo sabía que su padre era doctor y, por lo visto, acaudalado; que lo había educado marginado de la ciudad y de la gente y dado una instrucción muy singular, pero sumamente unilateral.

A veces solían estar sentados en la orilla hasta muy tarde. A sus pies rompían las olas de la marejada. Rutilaban las estrellas. Este telón de fondo hacía innecesarias las palabras, guardaban silencio. Ictiandro se sentía feliz.

-Debo retirarme -decía la chica.

El joven se levantaba renuente, la acompañaba hasta el arrabal, regresaba rápidamente, se quitaba el traje y volvía a casa a nado.

Por la mañana, concluido el desayuno, se llevaba una hogaza a la bahía, se sentaba en la arena del fondo y comenzaba a cebar los peces. Ellos acudían, lo rodeaban como un enjambre y le quitaban el pan de las manos. Sucedía que peces grandes irrumpían en ese enjambre y comenzaban a perseguir a los chiquitos. En esos casos Ictiandro espantaba a los voraces agresores, mientras los peces pequeños buscaban la salvación a sus espaldas.

Comenzó a reunir perlas y las almacenaba en una gruta submarina. Trabajaba con entusiasmo y pronto acumuló una cantidad considerable de perlas selectas.

Se estaba convirtiendo, sin proponérselo, en el hombre más rico de la Argentina o, tal vez, de América del Sur. Si se lo propusiera podría ser el hombre más rico del mundo. Pero él no pensaba en la riqueza.

Los días transcurrían así en plena tranquilidad. Ictiandro sólo lamentaba que Lucía viviera en esa ciudad con tanto polvo, sofoco y ruido. Sería magnífico si ella pudiera vivir también bajo el agua, lejos del ruido y de la gente. El le mostraría otro mundo nuevo, desconocido, las maravillosas flores de los campos submarinos. Pero Lucía no puede vivir bajo el agua y él, en la tierra. El ya se viene excediendo en la permanencia al aire. Lamentablemente, esto tiene sus consecuencias: le están doliendo cada vez con más frecuencia y más fuerza los

costados, cuando se pasa sentado las tardes con la joven a la orilla del mar. Pero hasta cuando el dolor se hace insoportable, no abandona a la chica hasta que ella misma no manifiesta el deseo de retirarse. Había algo más que preocupaba a Ictiandro: ¿de qué hablaría Lucía con el gigante rubio? Siempre quiere preguntarle, pero teme ofenderla.

Una de aquellas tardes la joven le dijo a Ictiandro que el día siguiente no acudiría.

-¿Por qué? -inquirió sombrío.

-Estoy ocupada.

-¿Se puede saber en qué?

-No sea tan curioso -repuso la joven con una sonrisa-. No me acompañe -añadió, y se fue.

Ictiandro se sumergió en el mar y se pasó la noche en el fondo, teniendo por colchón unas piedras cubiertas de musgo. El disgusto era mayúsculo. Cuando empezó a clarear el alba salió a nado para casa.

Ya cerca de la bahía vio cómo unos pescadores disparaban desde las lanchas contra delfines. Un gran animal, herido de bala, saltó sobre el agua y cayó pesadamente.

-¡Leading! -susurró horrorizado Ictiandro. Uno de los pescadores ya había saltado al agua y esperaba a que el animal herido saliera a la superficie. Pero el delfín emergió a unos cien metros del pescador y, tras cobrar aliento, volvió a sumergirse.

El pescador nadaba rápidamente hacia el delfín. Ictiandro acudió en seguida en ayuda de su amigo. El delfín volvió a emerger y en ese preciso momento el pescador lo agarró por la aleta, arrastrando al debilitado animal hacia la lancha.

Ictiandro, nadando sumergido, alcanzó al pescador y le mordió la pierna. El hombre, creyendo que era un tiburón, comenzó a patalear desesperadamente. Tratando de defenderse, asestó un golpe a ciegas con el cuchillo que llevaba en la otra mano. El golpe le acertó a Ictiandro en la parte del cuello no defendida por las escamas. Ictiandro soltó la pierna del pescador, quien se apresuró a alcanzar la lancha. El delfín herido e Ictiandro se dirigieron a la bahía. El joven le ordenó al delfín que lo siguiera y buceó para entrar en la gruta submarina. El agua llegaba allí solamente hasta la mitad de la altura. El aire penetraba en ella por unas grietas. Allí el delfín podía cobrar aliento sin temor alguno. Ictiandro examinó su herida. No era peligrosa. La bala penetró bajo la piel y se estancó en la grasa. Ictiandro consiguió sacársela con los dedos. El delfín sufrió la operación con resignación.

-Te pasará muy pronto -le dijo Ictiandro a su amigo, dándole cariñosas palmadas en el lomo.

Ahora debía ocuparse de su herida. El joven nadó rápido por el túnel submarino, subió al jardín y entró en la casita blanca.

Cristo se asustó sinceramente al ver a su pupilo herido.

-¿Qué te ha pasado?

-Me hirieron los pescadores cuando traté de defender a un delfín -dijo Ictiandro.

Pero Cristo no le creyó.

-¿Has vuelto a ir a la ciudad sin mí? -inquirió receloso, mientras le vendaba la herida. El joven calló.

-Levanta tus escamas -le dijo Cristo y le destapó parcialmente el hombro. El indio advirtió en el hombro una mancha rojiza. El aspecto de esa mancha le asustó a Cristo.

-¿Te golpearon con el remo? -le preguntó, palpándole el hombro. No había hinchazón. Era obviamente un lunar.

-No -respondió Ictiandro.

El joven se retiró a su alcoba, y el viejo indio, con la cabeza apuntalada por las manos, se sumió en meditaciones. Permaneció así largo tiempo, luego se levantó y salió del comedor.

Cristo partió presuroso para la ciudad, entró jadeante en la tienda de Baltasar y, mirando con suspicacia a Lucía, sentada junto al mostrador, inquirió:

-¿Está papá?

-Ahí está -respondió la joven, señalando con la cabeza la puerta de otra pieza.

Cristo entró en el laboratorio y cerró la puerta.

Encontró al hermano enfrascado en su habitual ocupación, lavando perlas. Baltasar, al igual que la vez anterior, estaba irritado.

-Ustedes vuelven loco a cualquiera -comenzó rezongando de entrada Baltasar-. Zurita está hecho un basilisco porque no le traes al "demonio marino", Lucía desaparece de casa durante todo el día. De Zurita no quiere saber nada. No hace otra cosa que repetir machaconamente: "¡No! ¡No!" Y Zurita sigue en sus trece: "¡Estoy harto de esperar! -dice-. Me la llevaré por la fuerza, y se acabó. Primero llorará, pero ya se tranquilizará". De ese hombre se puede esperar cualquier cosa.

Cristo escuchó con paciencia los lamentos del hermano y dijo:

-No he podido traer al "demonio marino" porque, al igual que Lucía desaparece todos los días de casa sin mí. Y conmigo no quiere venir a la ciudad. Ha dejado de obedecerme por completo. Cuando regrese el doctor me amonestará por no haber cuidado debidamente de Ictiandro...

-Entonces hay que secuestrar a Ictiandro lo antes posible, tú abandonarás la casa de Salvador antes de que él regrese y...

-Espérate, Baltasar. No me interrumpas, hermano. En lo relativo al joven debo decirte que requiere más cuidado, no debemos precipitarnos.

-¿Cómo que no debemos precipitarnos?

Cristo exhaló un suspiro, como si algo le impidiera exponer su plan.

-Mira, Baltasar... -comenzó diciendo.

Pero en ese preciso instante alguien entró en la tienda, y oyeron el vozarrón de Zurita.

-¡Vaya! -farfulló Baltasar, lanzando la perla que tenía en la mano al baño-. ¡Ahí lo tienes otra vez!

Zurita abrió estrepitosamente la puerta y entró en el laboratorio.

-¡Ah, los dos hermanitos juntos, magnífico! ¿Ustedes piensan seguir tomándome el pelo mucho tiempo? -inquirió pasando la mirada de Baltasar a Cristo.

Cristo se puso de pie y, sonriendo cortésmente, dijo:

-Hago cuanto puedo. Paciencia. El "demonio marino" no es un pez cualquiera. No se le puede sacar tan fácil. Lo he traído una vez, pero usted no estaba; el "demonio" vio la ciudad, no le gustó y ahora no quiere volver.

-Si no quiere, allá él. Estoy harto de esperar. Esta semana he decidido matar dos pájaros de un tiro. ¿Salvador no ha regresado todavía?

-Lo esperan de un día para otro.

-Hay que apresurarse. Esperen visita. He reunido a gente de confianza, segura. Tú, Cristo, nos abrirás la puerta, lo demás corre de mi cuenta. Cuando todo esté listo se lo comunicaré a Baltasar. -Y volviéndose a Baltasar, le espetó-: Contigo hablaremos mañana. Pero ten presente, será nuestra última conversación.

Los hermanos se despidieron en silencio. Tan pronto Zurita les dio la espalda,

las corteses sonrisas desaparecieron de las caras de los indios. Baltasar masculló un improperio. Cristo parecía estar rumiando algún proyecto.

En la tienda Zurita algo le decía bajito a Lucía.

-¡No! -oyeron los hermanos la respuesta de la joven. Baltasar movió la cabeza anonadado.

-¡Cristo! -gritó Zurita-. Sígueme, hoy te necesitaré.

ENOJOSO ENCUENTRO

El estado de Ictiandro era realmente pésimo. La herida le dolía. Tenía fiebre. Y la respiración al aire se hacía cada vez más dificultosa.

Pero por la mañana, pese al malestar, partió hacia la orilla para verse con Lucía. Ella llegó a mediodía. Hacía un calor insoportable. A causa del recalentado aire y del fino polvo blanco Ictiandro comenzaba a sofocarse. El quería quedarse a la orilla del mar, pero Lucía tenía prisa, debía volver a la ciudad.

-El padre debe ausentarse por asuntos del negocio y yo debo reemplazarle en la tienda.

-Permítame, entonces, que la acompañe -dijo el joven, y se fueron caminando por el polvoriento camino que conducía a la ciudad.

A su encuentro, con la cabeza gacha, venía Olsen. Evidentemente preocupado, pasó de largo sin advertir a Lucía. Pero la joven le llamó.

-Necesito decirle unas palabras -dijo Lucía, dirigiéndose a Ictiandro, y, volviendo sobre sus pasos, se acercó a Olsen. Ellos hablaron rápido y en voz baja. Parecía que la joven le suplicaba.

Ictiandro caminaba unos pasos más atrás.

-Bien, de madrugada -oyó la voz de Olsen. El gigante estrechó la mano de la joven, se despidió con un movimiento de cabeza y continuó a paso ligero su camino.

Cuando Lucía volvió, a Ictiandro le ardían las mejillas y las orejas. Estaba deseoso de poner en claro con Lucía todo lo referente a Olsen, pero no sabía cómo empezar.

-No puedo más -comenzó jadeante-, debo saber... Olsen... ustedes me ocultan algún secreto. Ustedes deberán encontrarse por la noche. ¿Usted le ama?

Lucía tomó la mano de Ictiandro, le miró con ternura y, con una dulce sonrisa en los labios, le preguntó:

-¿Me cree usted?

-Sí... usted sabe que yo la amo -Ictiandro ya sabía qué significaba eso-, pero es que yo... es que sufro tanto.

Era cierto. La incertidumbre atormentaba a Ictiandro, pero en ese mismo instante él sintió, además, un cortante dolor en los costados. Se sofocaba. Desapareció el color de sus mejillas y la palidez invadió su rostro.

-Usted está enfermo -se inquietó la chica-. Tranquilícese, le ruego. Cariño, no quería decirle todo, pero se lo diré para que se sosiegue. Oiga lo que le voy a decir.

Pero en ese momento alguien que pasaba galopando, al ver a Lucía paró en seco al caballo y se acercó a la pareja de jóvenes. Ictiandro reconoció inmediatamente al hombre del bigote, ya entrado en años y con perilla.

Ictiandro sabía que lo había visto en otra ocasión, pero ¿dónde? ¿En la ciudad? No... Ah, sí, en la orilla.

El jinete golpeó con la fusta la bota, lanzó una mirada suspicaz y hostil a Ictiandro y le tendió la mano a Lucía.

Aprovechó el momento para elevarla a nivel de la silla, le besó la mano y soltó una risotada.

-¡Has caído, pichona! -Habiendo soltado la mano de la desconcertada joven, prosiguió tratando de ocultar su irritación con el tono burlón-: ¡Habráse visto que en vísperas de la boda la novia se pase los días paseando con chicos jóvenes!

Lucía se enojó, pero él no la dejó expresarse:

-Su padre hace mucho que la está esperando. Volveré a la tienda dentro de una hora.

Ictiandro ya no oyó las últimas palabras. Se le nublaron los ojos, se le hizo un nudo en la garganta y la respiración se interrumpió. No podía permanecer más al aire.

-Entonces... me ha engañado usted... -articuló con los labios ya amoratados. El quería hablar, quería expresar toda su pena o enterarse de todo, pero el dolor en los costados se hacía insoportable, casi perdía el conocimiento.

Al fin Ictiandro salió corriendo hacia el acantilado y se lanzó al mar.

A Lucía se le escapó un grito y se tambaleó. Luego corrió hacia Pedro Zurita.

-¡Pronto! ¡Sálvelo!

Pero Zurita no se movió del sitio.

-No acostumbro a impedir que otros se suiciden, si ellos lo desean -dijo sin inmutarse.

Lucía corrió hacia la orilla con la intención de tirarse al mar. Zurita espoleó al caballo, alcanzó a la joven, la asió de los hombros, la sentó en la silla y salió al galope.

-No acostumbro a molestar a otros, si no me molestan a mí. ¡Así está mejor! ¡Tranquilícese de una vez, Lucía!

La joven no respondía. Estaba inconsciente. Sólo al llegar a la tienda recobró el sentido.

-¿Quién era ese joven? -indagó Pedro. Lucía lo miró con ira y masculló:

-Suélteme.

Zurita frunció el ceño. "Boberías -pensó-. Su príncipe azul se tiró al mar. Tanto mejor." Y dirigiéndose a la tienda, Zurita exclamó:

-¡Baltasar!

Baltasar salió corriendo.

-Aquí tienes a tu hija. Y dame las gracias. Acabo de salvarla; quería tirarse al mar detrás de un apuesto joven. Es la segunda vez que le salvo la vida y sigue despreciándome. Pero esa terquedad se acabará muy pronto. -Y soltó una risotada, como era costumbre de él-. Regresaré dentro de una hora. ¡Y no olvides lo convenido!

Baltasar, con humillantes reverencias, recibió su hija de las manos de Pedro.

El jinete espoleó el caballo y se fue.

Padre e hija entraron en la tienda. Lucía se sentó desconsolada y tapó la cara con las manos.

Baltasar cerró la puerta y, andando por la tienda, comenzó a hablar atropelladamente. Pero nadie le atendía. Con el mismo éxito les podía haber soltado un sermón a los animales disecados que tenía en los anaqueles.

"Se tiró al agua -pensaba la joven, recordando el rostro de Ictiandro-. ¡Desdichado! Primero Olsen, luego ese absurdo encuentro con Zurita. ¿Cómo se habrá atrevido a decirme novia? Ahora todo se vino abajo..."

Lucía seguía sin poder contener el llanto. Sentía enorme pena por Ictiandro. Tan sencillo, tan tímido; ¿acaso podían compararse con él los frívolos y arrogantes jóvenes de Buenos Aires?

"¿Qué hacer ahora? -pensaba-. ¿Tirarme al mar como Ictiandro? ¿Suicidarme?"

Y Baltasar seguía hablando sin cesar:

-¿Comprendes, hija? Sería nuestra ruina. Todo cuanto ves en nuestra tienda le pertenece a Zurita. Mi propia mercancía no constituye ni la décima parte. Todas las perlas nos las suministra Zurita. Pero si le niegas la mano otra vez, se llevará toda su mercancía y no volverá a tener negocio conmigo, ¡Y eso será la ruina! ¡La ruina absoluta! Sé buena, ten compasión de tu anciano padre.

-Acaba ya y cásate con él.

-¡No! -respondió Lucía.

-¡Maldición! -exclamó desesperado Baltasar-. ¡Si te empeñas, ya... ya... no seré yo, será Zurita quien te haga entrar en razón! -Y el anciano se retiró a su laboratorio dando un portazo.

BATALLA CAMPAL CONTRA PULPOS

Al tirarse al mar, Ictiandro olvidó temporalmente sus desventuras en la tierra. Después de la permanencia en el caluroso y sofocante ambiente, el frescor del agua lo tranquilizó y alivió. Los punzantes dolores en los costados desaparecieron. Respiraba profunda y uniformemente. Necesitaba reposo absoluto, por eso trataba de no pensar en lo sucedido en la tierra.

Ictiandro buscaba actividad, algo que requiriera dinamismo. ¿En qué ocuparse? Le encantaba saltar al agua desde el acantilado, en las oscuras noches, hasta tocar fondo. Pero ahora el sol estaba en el cénit y el mar, plagado de lanchas pesqueras.

"Buena idea. Pondré en orden la gruta" pensó Ictiandro.

En el acantilado de la bahía había una gruta con un gran arco, desde el que se descubría una magnífica vista panorámica a la meseta que descendía en ligero declive y se perdía en el fondo del mar. Ictiandro hacía mucho que le había puesto el ojo a esa gruta. Pero antes de acomodarse en ella era menester desalojar a varias familias de pulpos.

Ictiandro se puso las gafas, cogió un cuchillo largo, corvo y afilado, y se dirigió decidido a la boca de la gruta. Entrar resultaba demasiado riesgoso, por eso decidió provocar la salida del enemigo para darle la batalla campal fuera. En una lancha hundida había advertido hacía mucho una fisga. La empuñó y desde la boca de la gruta comenzó a moverla. Los pulpos, descontentos por la irrupción del desconocido, se inquietaron. Ictiandro retiraba la fisga antes de que los tentáculos del pulpo tuvieran tiempo de atraparla. Ese juego se prolongó varios minutos. Al fin, decenas de tentáculos, cual la cabellera de la Medusa Gorgona, se agitaron al borde del arco. Un viejo, enorme pulpo, perdió la paciencia y decidió castigar al intruso. El animal salió de la grieta moviendo los tentáculos de modo amenazador. Se dirigió lentamente hacia el enemigo cambiando de color para asustar a Ictiandro. Este se hizo a un lado, tiró la fisga y se preparó para el combate. Ictiandro sabía lo difícil que era combatir con dos brazos contra un enemigo que disponía de ocho largos tentáculos. Apenas se le corta uno, los otros siete le neutralizan los brazos al hombre. Por eso el joven decidió atacar con su cuchillo al cuerpo del pulpo. Dejando aproximarse al monstruo de modo que lo alcanzaran sólo las puntas de sus tentáculos, Ictiandro se lanzó súbitamente hacia adelante, al mismo nudo de los tentáculos, a la cabeza del pulpo.

Esta insólita táctica siempre sorprendía al pulpo. El animal requería no menos de cuatro segundos para recoger los extremos de los tentáculos y envolver al enemigo. Pero ese tiempo le bastaba a Ictiandro para asestar un rápido y certero

golpe, cortar el cuerpo del monstruo, afectándole el corazón y destruyéndole los nervios motores. Y los enormes tentáculos, que ya enrollaban su cuerpo en un abrazo mortal, se aflojaban súbitamente y caían sin vida.

-¡Uno la espichó!

Ictiandro volvió a echar mano de la fisga. Esta vez le salieron al encuentro dos pulpos. Uno de ellos iba directamente a él, mientras el otro realizaba un movimiento envolvente para atacarlo por la espalda. Esto ya era peligroso. Ictiandro se lanzó con arrojo al pulpo que tenía delante, pero antes de que pudiera matarle, el que tenía detrás le enlazó el cuello. El joven cortó rápidamente el tentáculo, pinchándolo junto a su mismo cuello. Luego se volvió de cara a él y le cercenó los tentáculos. El pulpo mutilado descendió lentamente al fondo. Ictiandro ya destruía al que le vino en ataque frontal.

-Ya son tres -siguió llevando la cuenta el joven. No obstante, tuvo que interrumpir la batalla.

De la gruta salía todo un destacamento de pulpos, pero la sangre derramada enturbió el agua. En esas circunstancias los pulpos podrían verse favorecidos, pues ellos localizaban al adversario a tientas mientras que Ictiandro no podría verlos. El se replegó al agua limpia y allí dejó sin vida a otro que salió de la sanguinolenta nube.

Con algunos intervalos, la batalla se prolongó varias horas.

Cuando fue muerto el último pulpo y el agua se tornó transparente, Ictiandro vio en el fondo los cuerpos sin vida y los tentáculos cercenados moviéndose convulsivamente. Ictiandro entró en la gruta. Todavía quedaban varias crías del tamaño de un puño y los tentáculos no más gruesos que los dedos de la mano. Quiso matarlas, pero sintió lástima. "Debo intentar domesticarlos. No estaría mal tener ese tipo de guardianes."

Tras haber limpiado la gruta de pulpos grandes, Ictiandro decidió amueblar su vivienda submarina. Trajo de casa una mesa con pies de hierro y tabla de mármol, y dos jarrones chinos. Colocó la mesa en medio de la gruta. Llenó los jarrones de tierra, plantó en ellos flores marinas y los puso sobre la mesa. Parte de la tierra, erosionada por el agua, se mantuvo cierto tiempo en suspenso sobre los jarros, pero posteriormente el agua se aclaró. Y las flores, movidas por el agua ligeramente agitada, se mecían cual si la brisa las acariciara.

El muro de la cueva submarina tenía un saliente, algo así como un apoyo natural, en el que el nuevo inquilino se tendió satisfecho. Aunque la superficie no estaba pulida en el agua el cuerpo apenas la sentía.

Infinidad de peces acudieron a curiosear, a presenciar el insólito estreno del nuevo domicilio, extraño habitáculo submarino con jarrones chinos en la mesa. Pasaban entre los pies de la mesa, subían y se aproximaban a las flores como queriendo oliscarles; pasaban bajo la cabeza de Ictiandro, que descansaba sobre su propia mano. Una japuta se asomó a la gruta y salió coleando asustada. Por la blanca arena apareció caminando un enorme cangrejo, alzó y volvió a bajar una pinza -como saludando al dueño-, y se acomodó bajo la mesa.

A Ictiandro le entretenía este pasatiempo. "¿Con qué adornar más mi vivienda? -pensó-. Colocaré a la entrada las plantas más hermosas, cubriré el suelo de perlas, y junto a las paredes, por los bordes, colocaré ostras. Si Lucía pudiera ver esta habitación submarina... Pero ella me engaña. O, tal vez, no. Pues no le ha dado tiempo a contarme lo que quería sobre Olsen." Ictiandro entristeció. Tan pronto dejó de trabajar volvió a sentirse solo, distinto de los demás humanos. "¿Por qué nadie puede vivir bajo el agua? Yo soy el único. Tan pronto regresa mi padre, se lo preguntaré..."

Sintió el prurito de mostrar su nueva vivienda submarina a algún ser viviente. "Leading" pensó Ictiandro, recordando al delfín. Tomó la caracola, emergió y la hizo sonar varias veces. Pronto se oyeron los familiares resoplidos: el animal se mantenía siempre cerca de la bahía.

Cuando el delfín se aproximó, Ictiandro lo abrazó con cariño y le dijo:

-Ven conmigo, Leading, te mostraré la nueva habitación. Tú nunca has visto una mesa ni jarrones chinos.

Y, al sumergirse, Ictiandro le ordenó que lo siguiera.

Leading resultó ser un invitado muy inquieto. Con su enorme cuerpo y su torpeza agitó tanto el agua en la gruta que los jarros se tambalearon. Por si fuera poco, se las ingenió para golpear con el morro un pie de la mesa y volcarla. Los jarros, como es natural, cayeron; si hubiera sucedido eso en la tierra se habrían hecho añicos. Pero allí tuvo un fin feliz, si descontamos el susto del cangrejo, quien emprendió una extraña carrera -de costado- para ir a refugiarse entre las rocas.

"Qué torpe eres" pensó Ictiandro, mientras ponía la mesa en el fondo de la gruta y levantaba los jarros.

Ictiandro abrazó al delfín y volvió a persuadirle:

-Quédate conmigo, Leading.

Pero el cetáceo comenzó muy pronto a sacudir la cabeza y a mostrarse inquieto. No podía permanecer por mucho tiempo bajo el agua. Necesitaba aire. Impulsándose con las aletas abandonó la gruta y emergió.

"Ni Leading puede vivir conmigo bajo el agua -pensó con tristeza Ictiandro al quedarse solo-. Los únicos en condiciones de hacerme compañía son los peces. Pero son tan necios y asustadizos..."

Apenado, se tendió en su lecho de piedra. Al ponerse el sol la gruta quedó en tinieblas. El agua mecía al joven con su ligero vaivén.

Extenuado por los disgustos y el trabajo, Ictiandro quedó adormilado.

UN NUEVO AMIGO

Olsen estaba en su barcaza y miraba por la borda cuanto sucedía en el agua. El sol acababa de asomarse por el horizonte y alumbraba, con sus oblicuos rayos, hasta lo más profundo las transparentes aguas de la pequeña bahía. Varios indios andaban en cuclillas por la blanca arena del fondo. De vez en cuando emergían para tomar aliento y volver a sumergirse. Olsen seguía atentamente la labor de aquellos hombres. Pese a ser muy de mañana el sol ya calentaba, hacía calor. "¿Por qué no refrescarme, no bucear un par de veces?" pensó, quitándose inmediatamente la ropa y zambulléndose en un abrir y cerrar de ojos. Olsen no había buceado nunca, pero le gustó, y comprendió que podía permanecer bajo el agua más que los avezados indígenas. Se sumó a los buscadores, sintiéndose muy pronto atraído por aquella, nueva para él, ocupación.

Cuando fondeó por tercera vez vio a dos indios que, hasta entonces hincados de rodillas en el fondo, emergían presurosos cual si les persiguiera un tiburón o un pez sierra. Olsen se volvió, tratando de descubrir el motivo de la espantada, y vio que se le acercaba un extraño ser: semihombre-semirana, con el cuerpo cubierto de plateadas escamas, enormes ojos saltones y manos de rana. Avanzaba rápidamente, impulsándose como los batracios con los que guardaba semejanza.

Antes de que Olsen pudiera adoptar posición vertical el monstruo ya estaba a su lado y le asía por el brazo con su mano de sapo. Pese al susto, Olsen advirtió

que aquel ser tenía rostro humano con perfectas facciones, al que sólo le desmerecían los brillantes ojos reventones. Aquel extraño ser, olvidándose de que estaba sumergido en el agua, comenzó a hablar, a decir algo. Pero Olsen no podía oír sus palabras, sólo veía cómo se movían sus labios. Aquel desconocido ser le sujetaba con fuerza el brazo. Olsen se impulsó con un fuerte movimiento de piernas y emergió, ayudándose con el brazo libre. El monstruo le siguió sin soltarlo. Tan pronto salió a la superficie, Olsen se agarró de la borda, echó un pie arriba, se encaramó en la barcaza y se sacudió a aquel humanoide con manos de rana, de tal suerte que lo tiró al agua con gran ruido. Los indios que estaban en la embarcación saltaron al agua, procurando alcanzar la orilla lo antes posible.

Pero Ictiandro volvió a aproximarse a la barcaza y se dirigió a Olsen en español:

-Óigame, Olsen, necesito hablar con usted sobre Lucía.

Esto le asombró tanto como el inesperado encuentro en el fondo. Olsen era un hombre valiente y sereno. Comprendió en seguida que si aquel extraño ser conocía su nombre y el de Lucía tenía que ser un hombre, y no un monstruo.

-Suba, estoy a su disposición -respondió Olsen. Ictiandro subió a la embarcación, se sentó en la proa, encogió las piernas y cruzó las manos en el pecho.

"¡Son gafas!" pensó Olsen al examinar atentamente los brillantes y saltones ojos del desconocido.

-Me llamo Ictiandro. Soy quien le rescató del fondo del mar un collar de perlas.

-Sí, pero entonces tenía ojos y manos de persona, normales.

Ictiandro esbozó una sonrisa y agitó sus manos de rana.

-Todo es postizo -repuso sin explayarse.

-Me lo imaginaba.

Los indios observaban con curiosidad aquel extraño diálogo desde las rocas costeras, aunque no podían distinguir lo que decían.

-¿Usted ama a Lucía? -inquirió Ictiandro tras una breve pausa.

-Sí, la amo -respondió sencillamente Olsen. Ictiandro suspiró profundamente.

-¿Y ella lo ama a usted?

-Sí, me ama.

-Pero, ¿cómo es posible? Ella me quiere a mí.

-Eso es asunto de ella -Olsen se encogió de hombros.

-¿Cómo que asunto de ella? ¿Acaso no es su novia?

Olsen se mostró asombrado y respondió con la misma tranquilidad:

-No, no es mi novia.

-¡Usted miente! -exclamó Ictiandro-. Yo mismo he oído cómo el hombre de los bigotes dijo desde el caballo que era novia.

-¿Mía?

Ictiandro se turbó. No, el hombre del mostacho no dijo que Lucía era novia de Olsen. Pero no puede ser que una joven sea novia de ese bigotudo, viejo y desagradable. ¿Acaso suele pasar eso? El del mostacho será su pariente... Ictiandro decidió llevar sus indagaciones por otra vía.

-¿Qué hacía usted aquí? ¿Buscaba perlas?

-Debo confesarle que sus inquisiciones me están importunando -profirió Olsen con tono malhumorado-. Y, si no hubiera tenido algunas referencias sobre usted por parte de Lucía ya le habría tirado del barco, y asunto acabado. Y deje quieto el cuchillo. Le puedo quebrar la cabeza con en remo antes de que le dé tiempo a levantarse. No obstante, no estimo necesario ocultarle que estaba buscando realmente perlas.

-¿La perla grande que yo lancé al mar? ¿Lucía le contó eso?

Olsen asintió.

Ictiandro cantaba victoria.

-Yo le había dicho que usted la admitiría. Le propuse que se la transmitiera a usted, pero no accedió, y ahora usted mismo la está buscando.

-Sí, efectivamente, porque ahora no le pertenece a usted, sino al océano. Y si la encuentro no le voy a deber nada a nadie.

-¿Tanto le gustan las perlas?

-No soy una mujer para que me encanten esas boberías -objetó Olsen.

-Pero las perlas se pueden... ¿cómo es eso? ¡Ah, sí! Vender -recordó Ictiandro ese vocablo tan poco comprensible para él-, y obtener mucho dinero.

Olsen volvió a mover la cabeza afirmativamente.

-Entonces, ¿a usted le gusta el dinero?

-¿Qué quiere usted de mí? -inquirió Olsen evidentemente irritado.

-Yo necesito saber por qué Lucía le regala a usted las perlas. ¿Quería casarse con ella?

-No, no me proponía casarme con Lucía -dijo Olsen-. Y aunque quisiera, ahora ya es tarde. Lucía es esposa de otro.

Ictiandro palideció y le agarró la mano a Olsen.

-¿Del bigotudo? -inquirió horrorizado.

-Sí, contrajo matrimonio con Pedro Zurita.

-Pero ella... Me parecía que me amaba a mí -dijo muy quedo Ictiandro.

Olsen lo miró compasivo y, tras prender lentamente una pipa cortita, dijo:

-Sí, creo que le amaba a usted. Pero usted, en presencia de ella, se tiró al mar y se ahogó: así, por lo menos, pensaba ella.

Ictiandro miró asombrado a Olsen. El joven jamás le había dicho a Lucía que podía vivir bajo el agua. Nunca se le había podido ocurrir que su salto, desde el acantilado al mar, pudiera ser interpretado por ella como un suicidio.

-Anoche he visto a Lucía -continuó Olsen-. La muerte de usted le ha causado profundo dolor. "Soy culpable de la muerte de Ictiandro", me ha dicho.

-Pero ¿por qué se ha casado tan pronto con otro? Pues ella... pues yo le he salvado la vida. ¡Sí, sí, le he salvado la vida! Me parecía que Lucía era la chica que yo había salvado en el océano. La saqué a la orilla y me escondí entre las rocas. Luego vino el hombre del bigote -a él lo conocí en seguida- y la hizo creer que él la había salvado.

-Lucía me contó ese caso -dijo Olsen-. Ella no llegó a saber quién fue realmente su salvador: Zurita o el ser extraño que se le apareció cuando recobraba el conocimiento. ¿Por qué no le ha dicho que usted la salvó?

-Me resultaba violento decírselo yo mismo.

Además, no estaba del todo seguro de que era precisamente Lucía hasta que vi a Zurita. Pero ¿cómo ha podido conformarse? -preguntaba Ictiandro.

-Yo mismo no acabo de entender -articuló lentamente Olsen- cómo ha podido suceder eso.

-Cuénteme lo que sepa -suplicó Ictiandro.

-Soy receptor de ostras en la fábrica de botones. Allí conocí a Lucía. Cuando el padre estaba ocupado en otros asuntos del negocio, la mandaba a ella a entregar las ostras. Nos conocimos, hicimos amistad. De vez en cuando nos veíamos en el puerto, paseábamos por la orilla del mar. Ella me contaba sus penas: un español acaudalado pedía su mano.

-¿Ese mismo? ¿Zurita?

-Sí, Zurita. El indio Baltasar, padre de Lucía, estaba sumamente interesado en ese matrimonio y persuadía a la hija a que accediera a la petición de tan

distinguido pretendiente.

-¿Distinguido? Pero si es un viejo repugnante, apestoso -le interrumpió Ictiandro sin poder contenerse.

-Zurita es para Baltasar el yerno más idóneo. ¿Por qué? Muy sencillo. Baltasar había contraído una cuantiosa deuda con Zurita, y un no rotundo por parte de Lucía podría suponer la ruina para su padre. Es fácil imaginarse la vida de la desdichada joven en esas circunstancias. Por un lado los importunos requiebros del novio; por el otro, el padre con sus constantes reproches, regañinas, amenazas...

-¿Por qué Lucía no le dio con la puerta en las narices? ¿Por qué usted, tan corpulento y fuerte, no le dio una buena zurra a ese Zurita?

Olsen no pudo contener la sonrisa y el asombro: se veía que Ictiandro era un muchacho listo, pero ¿cómo podía preguntar semejantes cosas? ¿En qué medio se habría formado?

-Eso no es tan fácil como pueda parecerle a usted -repuso Olsen-. Zurita y Baltasar contarían con el respaldo de la ley y de la policía. -Ictiandro siguió sin entender lo que eso significaba-. Total, eso no podía ser.

-Bien, ¿por qué entonces no se escapó?

-Escapar era más fácil. Ella se decidió a abandonar el hogar paterno, y yo le prometí ayuda. Hacía mucho que me había propuesto abandonar Buenos Aires e instalarme en los Estados Unidos, y le propuse a Lucía partir conmigo.

-¿Usted quería casarse con ella? -inquirió Ictiandro.

-¡Vaya! -exclamó Olsen dibujando una condescendiente sonrisa-. Ya le he dicho que no éramos más que amigos. Lo que después pudiera suceder, no lo sé...

-¿Por qué no se marcharon?

-Por falta de dinero para el viaje.

-¿Tan caro es el viaje en el "Horrocks"?

-¡En el "Horrocks"! En el "Horrocks" sólo viajan millonarios. Qué le pasa, Ictiandro, ¿está en babia?

Ictiandro se turbó, se ruborizó y decidió no preguntar nada más, para evitar que Olsen se enterara de que desconocía las cosas más elementales.

-No nos alcanzaba el dinero siquiera para viajar en un vapor mixto. Además, al llegar tendríamos gastos. Trabajo no se encuentra en cualquier parte.

Ictiandro estuvo a punto de hacerle otra pregunta a Olsen, pero se abstuvo.

-Y entonces Lucía decidió vender su collar de perlas.

-¡Si yo lo hubiera sabido! -exclamó Ictiandro, al recordar sus tesoros submarinos.

-¿Si hubiera sabido qué?

-No, nada... Continúe, Olsen.

-Todo estaba listo para la fuga.

-¿Y qué iba a ser de mí...? ¿Cómo es posible? Perdón... pero eso significa que se proponía abandonarme a mí también.

-Todo esto comenzó cuando aún no se conocían ustedes. Y luego, según tengo entendido, ella quería advertirle a usted. Tal vez quisiera proponerle viajar juntos. En última instancia, si ella no hubiera tenido oportunidad de hablar con usted sobre la huida, podría escribirle durante el viaje.

-¿Pero por qué con usted y no conmigo? ¡Se aconsejaba con usted, y se proponía partir con usted!

-A mí me conoce más de un año, y a usted...

-Continúe, no preste atención a lo que yo diga.

-Bien. Como ya le había dicho, todo estaba listo -prosiguió Olsen-. Pero usted

se tiró al agua en presencia de Lucía, y Zurita les vio juntos casualmente. Bien de mañana, antes de ir a la fábrica, pasé por casa de Lucía. Yo solía hacer eso con frecuencia. Baltasar admitía esas visitas con benevolencia. Probablemente lo hiciera por temor a mis puños, o me tuviera como reserva, por si a Zurita le cansara la terquedad de Lucía. Por lo menos, Baltasar no nos molestaba, sólo nos suplicaba que Zurita no nos viera. El viejo indio no sospechaba, naturalmente, los planes que estábamos fraguando. Aquella mañana debía comunicarle a la joven que ya tenía los pasajes para el vapor y ella debía estar lista para las diez de la noche. Pero me recibió Baltasar, muy emocionado. "Lucía no está. Y... no sé cuándo volverá -me dijo Baltasar-. Hace media hora llegó Zurita en un automóvil flamante. ¡Qué le parece! -exclamó Baltasar-. Un coche en nuestra calle, y esa rareza para a la puerta de mi casa. Lucía y yo salimos a la calle. Zurita ya había bajado del coche, estaba junto a la puerta abierta, se ofrecía para llevar a Lucía al mercado y traerla de vuelta. El sabía que la joven iba todas las mañanas a esta hora al mercado. Lucía miró admirada el brillante vehículo. Usted comprenderá la tentación que eso supone para una chica joven. Pero Lucía es astuta y desconfiada. Ella rechazó, con delicadeza, el ofrecimiento. "¡Habráse visto chica tan terca!" -exclamó indignado Baltasar, pero trocó muy pronto la ira en gracia. Zurita reaccionó inmediatamente-: "Veo que se ruboriza usted -dijo-, permítame que la ayude". La tomó en brazos y la sentó en el automóvil. Sólo tuvo tiempo para gritar: "¡Padre!" y el vehículo desapareció.

"No creo que vuelvan. Zurita se la llevó" -concluyó su relato Baltasar. Su expresión evidenciaba satisfacción por lo ocurrido.

Tal fue la indignación que me causó el relato de Baltasar que le espeté: "¡Le acaban de raptar a la hija en su presencia y usted lo cuenta con esa tranquilidad y hasta con alegría!"

"¿Por qué he de preocuparme? -asombróse Baltasar-. Si fuera otro, pero a Zurita le conozco tantos años. Con lo tacaño que es, si no escatimó dinero para el automóvil es que le gusta de veras. Y si se la llevó, se casará. Para ella será una buena lección: no seas terca. Los novios ricos no andan tirados. Ella no tiene motivos para lamentarse. Zurita tiene una propiedad, la hacienda "Dolores", en las proximidades de la ciudad de Paraná. Allí reside su madre. Allí se habrá llevado, seguramente, a mi Lucía."

-¿Y usted no ha vapuleado a ese Baltasar? -inquirió Ictiandro.

-De hacerle caso a usted, tendría que estar peleando sin cesar -respondió Olsen-. Voy a serle franco, mi primer impulso fue abofetear a Baltasar. Pero después pensé que así sólo haría fracasar la empresa. Aún abrigaba esperanzas de que no todo estaba perdido... No voy a entrar en detalles. Como ya le había dicho, conseguí verme con Lucía.

-¿En la hacienda "Dolores"?

-Sí.

-¿Y usted no mató a ese canalla de Zurita y no liberó a Lucía?

-Vuelve usted a las andadas: vapulear, matar. ¿Quién iba a decir que usted fuera tan sanguinario?

-No soy sanguinario -exclamó Ictiandro con lágrimas en los ojos-. ¡Pero todo esto es tan indignante!

Ictiandro despertó en Olsen profunda lástima y compasión.

-Ictiandro, tiene usted toda la razón -profirió Olsen-, Zurita y Baltasar son gente detestable, merecedora del odio y el desprecio. Deberían ser castigados con severidad. Pero la vida es más complicada de lo que usted, seguramente, se imagina. Lucía se negó a huir de Zurita.

-¿Ella misma? -exigió confirmación Ictiandro. No podía creerlo.

-Sí, ella misma.

-¿Por qué?

-En primer lugar, ella está convencida de que usted se suicidó, se tiró al agua por ella. Su muerte la aflige en sumo grado. Por lo visto, la desdichada estaba enamorada de usted. "Ahora mi vida ya no tiene valor alguno, Olsen -me dijo-, ahora ya no necesito nada. Todo me es indiferente. Tal era mi abatimiento que permanecía casi inconsciente cuando el cura, invitado por Zurita, nos casó. Nada se hace sin la voluntad divina -dijo el sacerdote al ponerme el anillo-. Y lo que une Dios, no debe ser destruido por el hombre. Seré una desgraciada con Zurita, pero no quiero ser objeto de la ira divina y por eso no le abandonaré."

-¡Pero eso no son más que estupideces! ¿Qué Dios ni que ocho cuartos? ¡Mi padre dice que Dios es un cuento para niños! -exclamó Ictiandro con fervor-. ¿Acaso no ha podido persuadirla?

-Lamentablemente, Lucía cree en ese cuento. Los misioneros consiguieron hacer de ella una beata: traté hace mucho de disuadirla, pero amenazó incluso con romper nuestra amistad si seguía manifestándome contra Dios y la iglesia. Había que esperar. Y en la hacienda yo no tenía tiempo para persuadirla. Sólo pude cambiar con ella unas palabras. ¡Ah, sí! Me contó otra cosa que puede ser de interés. Concluida la ceremonia del casamiento, Zurita exclamó alegre: "Bien, una cosa está hecha, el pajarito está enjaulado; ahora falta pescar el pez". Y él le explicó a Lucía y ella a mí, de qué pez se trataba. Zurita viaja a Buenos Aires con el propósito de pescar al "demonio marino", y entonces Lucía será millonaria. ¿No se referirá a usted? Usted puede permanecer bajo el agua sin que eso le perjudique, asusta a los buscadores de perlas...

La cautela le impedía a Ictiandro descubrirle a Olsen su secreto. Además, lo mismo, no habría podido explicárselo. Y, sin responder a la pregunta, él mismo indagó:

-¿Para qué necesita Zurita al "demonio marino"?

-Pedro se propone obligar al "demonio" a buscar perlas. Por eso, si el "demonio marino" es usted, cuídese.

SEGUNDA PARTE - EL CAMINO

Los preparativos de Ictiandro fueron brevísimos. Recogió el traje y los zapatos de la orilla y los amarró a la espalda con la correa que sostenía el cuchillo. Se puso las gafas, los guantes, y partió.

En el golfo Río de La Plata estaban atracados numerosos transatlánticos, vapores, goletas, barcazas. Entre ellos navegaban pequeños vapores de cabotaje. Desde debajo del agua sus fondos parecían escarabajos de agua, desplazándose de una parte para otra. Las cadenas y los cables de las anclas se alzaban desde el fondo cual delgados troncos en un bosque submarino. El fondo del golfo estaba cubierto con basura, chatarra, montones de carbón y de escoria, trozos de mangueras, retazos de velas, botellas quebradas, latas de conserva y, más cerca de la orilla, cadáveres de perros y gatos.

"Qué sucia es la gente -pensó al examinar con repugnancia el fondo-, más bien parece un muladar." Iba nadando por el medio del golfo, por debajo de las quillas de los barcos. En las contaminadas aguas le resultaba difícil respirar, como a cualquier persona en un recinto con el aire viciado.

En algunos lugares encontró en el fondo cadáveres de personas y esqueletos de

animales. Uno de los cadáveres tenía quebrado el cráneo, y en el cuello se le veía una soga con una piedra. Testimonio de crímenes sin despejar. Ictiandro se apresuró a abandonar aquellos macabros lugares...

Cuanto más se adentraba en el golfo, más fuerte era la corriente frontal. Resultaba difícil nadar. En el océano también suele haber corrientes, pero allí le ayudaban: el joven las conocía perfectamente. El las utilizaba, igual que el marinero el viento favorable. Pero aquí la corriente era sólo una, la frontal. Ictiandro era magnífico nadador, pero le fastidiaba avanzar tan lento.

Algo pasó casi rozándole. Había anclado uno de los barcos. "Nadar por aquí es peligroso" pensó Ictiandro y miró hacia atrás. Vio que un gran vapor se le venía encima.

Ictiandro profundizó más y, cuando el barco pasaba por encima, se agarró de la quilla. Los pólipos habían cubierto el hierro de una masa áspera que le permitía asirse. Viajar en esa posición no era muy cómodo, pero estaba protegido y avanzaba rápido remolcado por el vapor.

El barco dejó atrás el delta y siguió navegando Paraná arriba. Las aguas del río transportaban enorme cantidad de limo. Las manos se habían agarrotado, entumecido, pero no quería soltar el barco. "Lástima que no haya podido realizar este viaje con Leading" pensó recordando al delfín. Pero podrían matarlo en el río, pues Leading no habría podido pasar todo el viaje sumergido. Incluso Ictiandro temía emerger, el tránsito era demasiado animado.

Las manos se cansaban cada vez más. Comenzaba a sentir hambre, se había pasado el día sin comer.

Se vio obligado a hacer un alto. Abandonó la quilla del vapor y descendió al fondo.

Oscurecía. Ictiandro examinó el fondo cubierto de limo, pero no halló lenguados tendidos ni ostras. Por su lado pasaban peces de agua dulce, pero él no conocía sus mañas y le parecían más astutos que los marinos. Resultaba difícil pescarlos. Sólo cuando cayó la noche y los peces se durmieron, Ictiandro consiguió un gran lucio. Su carne era dura y tenía sabor a cieno, pero el hambre era tan feroz que se tragaba grandes pedazos con espinas y todo.

Era menester descansar. En este río, por lo menos, se podía dormir tranquilo, sin temor a que pudieran aparecer tiburones o pulpos. La preocupación era otra, que durante el sueño no se lo llevara la corriente río abajo. Ictiandro halló en el fondo varias piedras, las colocó en fila y, abrazado a una de ellas, se acostó.

No obstante, el sueño fue corto. Sintió muy pronto la aproximación de un barco. El joven abrió los ojos y vio sus luces. El barco iba río arriba y él se aprestó a engancharse. Pero era una motora con el fondo absolutamente liso. Ictiandro, haciendo vanos esfuerzos por engancharse, por poco cae en el radio de acción de la hélice.

Pasaron varios vapores río abajo, hasta que, al fin, logró engancharse a un barco de pasajeros que iba hacia arriba.

Así llegó Ictiandro hasta la ciudad de Paraná. La primera parte de su viaje había concluido. Pero quedaba la más difícil, la terrestre.

Por la mañana temprano Ictiandro se alejó a nado del tumultuoso puerto hacia un lugar desierto, se cercioró de que no había nadie y salió a la orilla. Se quitó las gafas y los guantes y los enterró en la arena, secó el traje al sol y se vistió. Con aquel vestido tan arrugado parecía un vagabundo. Pero eso era lo que menos le preocupaba.

Ictiandro, siguiendo las indicaciones de Olsen, caminó a lo largo de la margen derecha, preguntando a los pescadores si sabían dónde se hallaba la hacienda

"Dolores" de Pedro Zurita.

Los pescadores lo miraban recelosos y meneaban negativamente la cabeza.

Pasaban las horas, el calor apretaba, y las pesquisas no daban resultado. En tierra Ictiandro no sabía orientarse en lugares desconocidos. El bochorno lo fatigaba, le producía mareos, se le nublaba el entendimiento.

Para refrescarse, Ictiandro se zambulló varias veces.

Al fin, a eso de las cuatro de la tarde, dio con un viejo campesino, a juzgar por su aspecto, un peón. Tras escuchar a Ictiandro, el anciano le hizo una señal con la cabeza y dijo:

-Siga por este camino, a través de los campos. Llegará a un gran estanque, cruce por el puente, suba a un cerrillo y se verá ante doña Dolores la bigotuda.

-¿Por qué la bigotuda? "Dolores" es una hacienda.

-Sí, una hacienda. Pero la anciana dueña de la hacienda también se llama Dolores. La madre de Pedro Zurita. Una anciana obesa y bigotuda. No se le ocurra contratarse a trabajar en su hacienda. Lo exprimirá como un limón. Es una auténtica bruja. Se rumorea que Zurita ha traído una joven esposa. La suegra la atormentará -el locuaz campesino le informó todos los pormenores.

"El hombre se refería a Lucía" pensó Ictiandro.

-¿Queda lejos? -inquirió.

-Llegará usted con el crepúsculo -respondió el lugareño, tras orientarse por el Sol.

Habiéndole agradecido cortésmente al anciano la información, Ictiandro salió a paso ligero por el camino que serpenteaba entre trigales y maizales. El rápido caminar le fatigó. El camino se extendía como una blanca cinta interminable. Los trigales se sucedían por pastizales en los que pacían enormes rebaños de ovejas.

Ictiandro se sentía extenuado, se intensificaban los dolores punzantes en los costados. La sed lo martirizaba. En todos los alrededores ni una gota de agua. "Ya podía aparecer pronto el estanque" pensaba ansioso Ictiandro. En su rostro aparecieron enormes ojeras, las mejillas se hundieron, la respiración era siempre más dificultosa. Sentía hambre. ¿Qué podía comer aquí? En una lejana pradera pacía un rebaño de carneros guardado por pastores y mastines. Tras un muro de piedra se veían melocotoneros y naranjos exhibiendo en abundancia sus frutos. Pero estos parajes no son como el océano, aquí todo pertenece a alguien, todo está repartido, vallado, guardado. Sólo las aves no son de nadie, revolotean libres a lo largo del camino. Pero no hay modo de cazarlas. Y no se sabe si se podrán cazar. Tal vez también pertenezcan a alguien. Aquí puede morirse uno de hambre y de sed entre estanques, huertos y rebaños.

Ictiandro vio venir caminando a un hombre grueso, en uniforme blanco con brillantes botones, gorra blanca y revólver al cinto.

-Tenga la bondad, ¿queda lejos la hacienda "Dolores"? -inquirió Ictiandro.

El gordo miró al joven de arriba abajo con recelo.

-¿Qué quiere usted? ¿De dónde viene?

-Vengo de Buenos Aires...

El hombre del uniforme se puso en guardia.

-Necesito ver a cierta persona... -añadió Ictiandro.

-Tienda las manos -profirió el gordinflón. Esa exigencia asombró al joven, pero, al no barruntar nada censurable, las extendió. El gordo sacó del bolsillo un par de esposas y se las puso rápidamente.

-Has caído -farfulló el hombre de los botones brillantes y, dándole un fuerte empellón al joven en el costado, gritó-: ¡Caminando! Yo te acompañaré a tu "Dolores".

-¿Por qué me ha maniatado? -preguntó asombrado Ictiandro, alzando las manos y examinando las esposas.

-¡A callar! -le volvió a gritar con severidad el gordinflón-. ¡Vaya, camina!

Ictiandro agachó la cabeza y echó a andar. Sintió cierto alivio al ver que no lo hacía desandar el camino. Pero no acababa de entender lo sucedido. El no podía saber que la noche anterior habían perpetrado un asesinato con robo en la granja vecina, y la policía buscaba a los malhechores. Tampoco sospechaba que con su arrugado traje pudiera infundir desconfianza. Y, para colmo, la confusa respuesta acerca de la finalidad del viaje decidió definitivamente su suerte.

El policía arrestó al joven y ahora lo conducía al poblado más próximo para enviarlo a Paraná, a la cárcel.

Una sola cosa estaba clara para Ictiandro: lo habían privado de la libertad, y en su viaje se producía una enojosa demora. Decidió recobrar a toda costa la libertad perdida, para lo que aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara.

El obeso policía, satisfecho por el regalo que la fortuna le había brindado, prendió un largo cigarro. Iba detrás envolviendo al joven en nubes de humo, con lo que le sofocaba.

-Le agradecería que no me echara el humo, me resulta difícil respirar -dijo, volviéndose a su escolta.

-¿Qué-e? ¡Le molesta el humo! ¡Ja-ja-ja! -Al policía le entró un acceso de risa, y el rostro se le cubrió de arrugas-, ¡Muy delicado, finísimo! -y, soltándole en la misma cara varias bocanadas de humo, le gritó-: ¡Andando!

El joven obedeció.

Al fin Ictiandro vio un estanque con su angosto puente. Eso le hizo apretar, involuntariamente, el paso.

-¡No te apresures tanto a ver a tu Dolores! -le gritó el gordo.

Tomaron por el puente y, cuando habían llegado a la mitad, Ictiandro saltó la baranda y cayó al agua.

Sucedió lo que menos esperaba el policía de un hombre esposado.

Pero Ictiandro tampoco esperaba del gordo lo que éste hizo acto seguido. El temor a que el delincuente se le ahogara hizo saltar al agua al policía, interesado en llevarlo a la estación vivo: el hecho de que el arrestado se ahogara con las esposas puestas le podría acarrear consecuencias desagradables. El policía fue tan rápido que acertó a asir a Ictiandro de los pelos y no le soltaba. Entonces el joven decidió -arriesgando su cabellera- llevarse al policía al fondo. Sintió muy pronto cómo los dedos del gordo se aflojaban y le soltaban los cabellos. Ictiandro se alejó varios metros y emergió para comprobar si el policía había salido a la superficie. Sí, ya estaba forcejeando para mantenerse a flote, pero tan pronto vio la cabeza del joven exclamó:

-¡Te vas a ahogar, maldito! ¡Nada hacia aquí!

"Magnífica idea" pensó Ictiandro y comenzó a gritar:

-¡Socorro, socorro! Me ahogo... -y se sumergió.

Desde el fondo observaba cómo buceaba el policía, tratando de localizarlo. Al fin, por lo visto perdió la esperanza de poder salvarlo y salió a la orilla.

"Ahora se irá" pensó Ictiandro. Pero el policía no se movía del sitio. Decidió permanecer junto al cadáver hasta que llegaran los órganos de primera instancia. El hecho de que el ahogado yaciera en el fondo del estanque no cambiaba el asunto.

En ese momento apareció en el puente un campesino con una mula cargada de sacos. El policía le ordenó al arriero descargar la acémila y partir en ella a la

carrera con una nota para la estación de policía más próxima. El asunto adquiría para Ictiandro un cariz pésimo. Además, en el estanque había sanguijuelas. Estas atacaban de tal forma al joven que apenas le daba tiempo a arrancarlas. Esto debía hacerlo con sumo cuidado, pues no debía agitar el agua estancada, con lo que llamaría la atención del policía.

Al cabo de media hora regresó el campesino, señaló con la mano el camino, volvió a cargar los sacos y partió presuroso. Unos cinco minutos más tarde aparecieron tres policías. Dos de ellos llevaban sobre la cabeza una lancha liviana, el tercero cargaba el remo y un bichero.

Botaron la lancha al agua y comenzaron a buscar al ahogado. A Ictiandro esas búsquedas no le importaban. Para él eran casi un juego. El pasaba, simplemente, de un lado para otro. Exploraron minuciosamente con el bichero la zona próxima al puente, pero no pudieron localizar el cadáver.

El policía que había detenido a Ictiandro corroboraba su sorpresa con expresivos ademanes. Al joven eso le distraía. Pero pronto lo pasó muy mal. Buscando con el bichero, los policías levantaron nubes de limo del fondo. El agua se puso completamente turbia. Ahora Ictiandro ya no veía nada a la distancia de un brazo tendido, y esto ya era peligroso. Lo peor de todo era que en ese agua, pobre en oxígeno, le resultaba difícil respirar por las branquias. Y las nubes de limo le agravaban más la situación.

El joven se sofocaba y sentía en las branquias permanente escozor. Ya resultaba imposible soportar aquel martirio. Se le escapó un lamento y varias burbujas salieron de su boca. ¿Qué hacer? El único remedio era salir del estanque. Había que salir y afrontar cualquier riesgo. Se le echarán encima, indudablemente, lo apalearán y lo encerrarán en la cárcel. Pero ya no le quedaba ningún remedio. Y el joven, tambaleándose, se dirigió hacia el bajío y asomó la cabeza.

-¡Ay-y-y-y! -Un desgarrador grito salió de la garganta del policía, quien se lanzó por la borda de la lancha, tratando de alcanzar lo antes posible la orilla.

-¡Jesús, María y José! ¡Qué horror...! -exclamó otro, desplomándose en el fondo de la lancha.

Los dos policías que habían quedado en la orilla hacían plegarias. Pálidos, temblando de miedo, trataban de esconderse uno detrás del otro.

Ictiandro no esperaba tal reacción, por eso no entendió de inmediato la causa del susto. Sólo después recordó que los españoles eran muy religiosos y supersticiosos. Los policías se creyeron, seguramente, que se hallaban ante un ser del otro mundo. Al hacerse cargo de la situación, el joven decidió asustarlos más aún: hizo un fiero rictus, abrió desmesuradamente los ojos, soltó tremendo rugido y se dirigió lentamente hacia la orilla, salió al camino y premeditadamente lento se alejó con paso solemne.

Ningún policía se movió del sitio ni trató de detenerlo. El horror supersticioso, el miedo a los fantasmas les impidió cumplir el deber.

ES EL "DEMONIO MARINO"

Dolores, madre de Pedro Zurita, era una mujer obesa de carnes fofas, con nariz aguileña y prominente mentón. Un espeso bigote le concedía un aspecto raro y nada atractivo. Ese adorno tan raro en la mujer le valió el apodo de la "bigotuda Dolores".

Cuando el hijo se presentó con su joven esposa, la anciana examinó a Lucía sin contemplaciones ni miramientos. Lo primero que Dolores buscaba en la gente

eran los defectos. La belleza de la joven asombró a la vieja, aunque no permitió que esa impresión se exteriorizara en modo alguno. Pero, así era Dolores la bigotuda: tras reflexionar en la cocina, decidió que la belleza de Lucía no era una virtud sino, más bien, un defecto.

Cuando madre e hijo quedaron solos, la anciana movió la cabeza con gesto evidentemente reprobador y profirió:

-¡Linda! ¡Demasiado linda! -Y, tras suspirar, añadió-: Esa belleza te va a traer muchos disgustos... Sí. Habría sido mejor que te hubieras casado con una española. -Y, tras una breve pausa, prosiguió-: Es una orgullosa. Y qué manos, te has fijado en las manos, seguro que es una holgazana.

-La meteremos en cintura -replicó Pedro y se entregó por completo a los libros de contabilidad.

Dolores bostezó y, para no molestar al hijo, salió a tomar el fresco. Le encantaba soñar a la luz de la Luna.

Las mimosas inundaban el jardín con su delicioso aroma. Los lirios blancos relucían bajo la luz argentina. Las hojas de los laureles y los ficus apenas se movían.

Dolores se sentó en un banco entre los mirtos y se puso a soñar, se entregó a sus sueños predilectos: adquirirá la hacienda vecina, se dedicará a la cría de ovejas de vellón fino, construirá nuevos establos.

-¡Mal rayo les parta! -exclamó furiosa la anciana, golpeándose la mejilla-. Estos mosquitos no dejan a una tranquila.

Las nubes encapotaron pronto el cielo y el jardín quedó sumido en la penumbra. En el horizonte se marcó con mayor nitidez la franja azul celeste: reflejo de las luces de la ciudad de Paraná.

Y, de súbito, sobre la baja tapia de piedra vio una cabeza de hombre. Alguien alzó unas manos esposadas y saltó el muro con sumo cuidado.

La vieja se asustó. "En el jardín entró un presidiario" decidió ella. Quiso gritar, pero no pudo; trató de levantarse y correr, pero las piernas no la obedecían. Sentada en su banco seguía los movimientos del intruso.

El hombre de las esposas se abrió paso cuidadosamente entre los arbustos, se acercó a la casa y se puso a rondarla mirando por las ventanas.

Y de pronto -o le habrá parecido- el presidiario llamó muy quedo.

-¡Lucía!

"¡Mira la guapa! ¡Qué amistades tiene! Esta belleza es capaz de matarnos a mi hijo y a mí, saquear la hacienda y huir con el presidiario" pensó Dolores.

La vieja sintió repentinamente un odio feroz por su nuera y un goce maligno lleno de amargura. Esto la vigorizó. Se puso en pie de un salto y corrió a la casa.

-¡Pronto! -le dijo en voz baja al hijo-. En el jardín entró un presidiario. Llamaba a Lucía.

La reacción de Pedro fue fulminante, como si la casa estuviera en llamas; echó mano de una pala tirada en el camino, y corrió alrededor del inmueble.

Junto a la pared estaba un desconocido con un sucio traje arrugado y las muñecas esposadas. El sujeto miraba por la ventana.

-¡Maldición! -masculló Zurita y dejó caer la pala sobre la cabeza del joven.

El muchacho cayó rodando sin chistar.

-Está listo... -susurró Zurita.

-Sí que lo está -confirmó Dolores, que iba detrás, con un tono como si el hijo acabara de aplastar un alacrán.

Zurita lanzó a su madre una mirada inquisitiva.

-¿Qué hacer con él?

-Al estanque -ordenó la vieja-. Es profundo.

-Subirá a flote.

-Le amarraremos una piedra. Espera, ahora vengo...

Dolores fue a casa en busca de un saco para meter el cadáver. Pero por la mañana había enviado todos los sacos con trigo al molino. En vista de eso, tomó una funda de almohada y una larga cuerda.

-No hay sacos -le dijo al hijo-. Toma, pon piedras en la funda y amárrasela con la cuerda a las esposas...

Zurita asintió, se echó el cadáver a hombros y se dirigió al extremo más lejano del jardín, allí tenían un pequeño estanque.

-Procura no mancharte -le dijo Dolores bajito, mientras renqueaba tras el hijo con la funda de almohada y la cuerda.

-Qué importa, lo lavarás -respondió Pedro, haciendo colgar más abajo, no obstante, la cabeza del joven para que la sangre corriera hacia el suelo y no le manchara.

A la orilla del estanque Zurita llenó rápidamente la funda de piedras, la amarró fuerte a las manos del joven y lo tiró al estanque.

-Ahora debo cambiarme de ropa. -Pedro miró al cielo-. Va a llover. Hasta mañana el aguacero lavará las huellas de sangre en la tierra.

-¿La sangre no teñirá el agua en el estanque? -inquirió la bigotuda Dolores.

-No. Es de agua corriente... ¡Oh, maldición! -masculló Zurita mientras se dirigía a la casa, y amenazó con el puño a una de las ventanas.

-¡Ahí tienes el primer resultado de la belleza! -gruñía la vieja, quien iba pisándole los talones al hijo.

La habitación de Lucía estaba en el sotabanco. Aquella noche no había podido pegar ojo. Hacía bochorno y los mosquitos la fastidiaban. A su mente acudían ideas tristes.

Lucía no podía olvidar a Ictiandro, su muerte. Al marido no le quería, la suegra le causaba repugnancia. Y con esa vieja bigotuda tendría que convivir...

Aquella noche a Lucía le pareció haber oído la voz de Ictiandro. La llamaba, pronunciaba su nombre. A ella llegaron del jardín ciertos ruidos, voces apagadas. Lucía decidió que ya no podría conciliar el sueño, y salió al jardín.

El sol todavía no había salido. El jardín estaba inmerso en el crepúsculo matutino. Las nubes se habían desviado. En la hierba y las hojas de los árboles relucía abundante rocío. En salto de cama, descalza Lucía caminaba por el césped. De pronto se detuvo y examinó atentamente el suelo. En el camino, frente a su ventana, la arena estaba manchada de sangre. Allí mismo se hallaba una pala ensangrentada.

Esta noche aquí se ha cometido un crimen. De lo contrario, ¿qué origen podrán tener estas huellas de sangre?

Lucía siguió involuntariamente la pista y llegó al estanque.

"¿No guardará este estanque las últimas huellas del crimen?" pensó la joven, mirando aterrorizada la verdosa superficie.

A través de aquel agua esmeraldina Ictiandro la miraba fijamente. El joven tenía herida una de las sienes. La expresión de su rostro era de angustia y alegría al mismo tiempo.

"¿Me habré vuelto loca?" pensó la joven sin poder desviar la vista.

Lucía quería correr, pero no podía, no podía apartar la mirada.

Mientras tanto, el rostro de Ictiandro iba emergiendo lentamente. Ya había aparecido sobre la superficie, agitando las tranquilas aguas. El joven le tendió a Lucía las manos esposadas y profirió con pálida sonrisa:

-¡Lucía! ¡Mi vida! Al fin... -pero no alcanzó a terminar la frase.

Ella se llevó las manos a la cabeza y gritó asustada:

-¡Apártate! ¡Disípate, desdichado fantasma! Yo sé que estas muerto. ¿Para qué vuelves a presentarte?

-No, no estoy muerto -se apresuró a responder el fantasma-, no me ahogué. Discúlpame... te oculté... Yo mismo no sé por qué... No te vayas, escucha lo que voy a decirte. Estoy vivo, mira, toca mis manos...

Le tendió las manos esposadas. Lucía seguía observándolo.

-No tengas miedo, estoy vivo... Yo puedo vivir bajo el agua. No soy como los demás. Soy el único que puede vivir bajo el agua. Entonces, cuando me tiré al mar, no me ahogué. Me lancé porque me resultaba difícil respirar fuera del agua.

Ictiandro se tambaleó y continuó hablando tan presuroso e incoherente:

-Lucía, te he estado buscando. Tu marido me dio un golpe en la cabeza, cuando me acerqué a tu ventana, y me tiró a este estanque. En el agua recobré el conocimiento, conseguí quitarme el saco con las piedras, pero esto -Ictiandro le mostró las esposas- no he podido...

Lucía comenzó a creer que no se hallaba ante un fantasma, sino ante un hombre de carne y hueso.

-Pero, ¿por qué está usted maniatado? -le preguntó.

-Eso después... Huyamos los dos, Lucía. Viviremos juntos en casa de mi padre, allí no podrá encontrarnos nadie... No te asustes, toma mis manos... Olsen me ha dicho que me llaman el "demonio marino", pero soy un hombre. ¿Por qué me tienes miedo?

Ictiandro salió del estanque todo cubierto de cieno. El grado de extenuación era tal que lo derribó sobre el césped.

Lucía se inclinó sobre él y tomó su mano.

-Pobrecito mío -susurró.

-¡Qué idilio! -oyeron súbitamente una burlona voz.

Se volvieron y vieron a Zurita parado a unos pasos de ellos.

Zurita, al igual que Lucía, no había dormido aquella noche. Su aparición en el jardín se debió al grito lanzado por Lucía y oyó el diálogo íntegro.

Cuando Pedro se enteró de que se hallaba ante el "demonio marino" -a cuya caza dedicó tanto tiempo, pero que fue tan larga como ineficaz-, decidió llevárselo al "Medusa". Mas una breve reflexión le indujo a obrar de otro modo.

-Oiga, Ictiandro, usted no conseguirá llevarse a Lucía a casa del doctor Salvador por el mero hecho de que es mi esposa. Es más, dudo de que usted mismo pueda volver a casa de su padre, pues le está esperando la policía.

-¡No soy culpable de nada! -exclamó el joven.

-Sin culpa alguna la policía no pone esas pulseras a la gente. Y si usted ha caído en mis manos, mi deber es entregarlo a la policía.

-¿Y usted es capaz de hacer eso? -inquirió indignada Lucía.

-Es mi obligación -respondió Pedro encogiéndose de hombros.

-¡No faltaba más, vaya un ciudadano sería -terció Dolores, aparecida repentinamente- si dejara en libertad a un presidiario! ¿Por qué? Sencillamente, porque ese aherrojado andaba fisgando por ventanas ajenas, proponiéndose raptar mujeres, esposas de otros.

Lucía se acercó a su marido, le tomó la mano y dijo con cariño:

-Le ruego. Déjelo en libertad. Créame, es inocente...

Temerosa de que el hijo pudiera acceder a las súplicas de su esposa, Dolores comenzó a hacer aspavientos y gritó:

-¡No le hagas caso, Pedro!

-Ante las súplicas de una mujer soy impotente -declaró cortésmente Zurita-. Conforme.

-Acaba de casarse y ya lo tiene en un puño -rezongaba la anciana.

-Espérate, mamá. Joven, le serraremos esos hierros, le daremos ropa más decente y lo llevaremos al "Medusa". En Río de la Plata usted podrá saltar al agua y nadar hacia donde se le antoje. Pero le dejaré en libertad con una condición: deberá olvidar a Lucía. Y tú, Lucía, te vendrás conmigo. Así estarás más segura.

-Usted es mejor de lo que yo me imaginaba -dijo Lucía en un arrebato de sinceridad.

Zurita enroscó el bigote con aire de suficiencia e hizo una reverencia a la esposa.

Dolores conocía demasiado bien a su hijo para no ver que estaba tramando alguna artimaña. Pero para secundarle en ese juego, ella hizo ver que estaba indignadísima y rezongó:

-¡Lo tiene hechizado! ¡Ya lo tiene bajo su férula!

A TODA MAQUINA

-Mañana llega Salvador -le dijo Cristo a Baltasar. El diálogo transcurría en la tienda de Baltasar-. La fiebre palúdica me ha tenido sujeto a la cama precisamente cuando más necesidad teníamos de vernos. Atiende, hermano: escucha lo que voy a decirte y no me interrumpas, pues podré olvidarlo.

Cristo se reconcentró un rato, para hilvanar las ideas, y prosiguió:

-Tú y yo hemos trabajado mucho para Zurita. El ya es más rico que nosotros, pero se empeña en superarse a sí mismo. Ahora quiere cazar al "demonio marino".

Baltasar hizo un movimiento de impaciencia.

-Cállate, hermano, cállate o me harás olvidar lo que quería decirte. Zurita se propone esclavizar al "demonio marino". ¿Tú sabes qué es ese "demonio"? Un tesoro. Una riqueza inagotable. Puede recoger perlas en el fondo, muchas y maravillosas perlas. Pero en el fondo marino no sólo abundan las perlas sino que también numerosos barcos hundidos con tesoros inestimables. Y él podría rescatar esos tesoros para nosotros. Digo para nosotros, no para Zurita. ¿Sabes que Ictiandro está enamorado de Lucía?

Baltasar quiso decir algo, pero Cristo se lo impidió.

-Cállate y escucha. No puedo hablar cuando me interrumpen a cada momento. Sí, Ictiandro ama a Lucía. A mí no se me escapa nada. Cuando me enteré de eso, pensé: "Magnífico. Dejemos que ese amor progrese. Será mejor marido y yerno que ese Zurita". Lucía también está enamorada del joven. Yo los he atisbado, sin importunarlos. Dejémosles que se citen y se vean de vez en cuando.

Baltasar suspiró, pero no interrumpió al narrador.

-Esto no es todo, hermano. Oye lo que viene ahora. Quiero recordarte algo que sucedió hace muchos años, unos veinte. Yo acompañaba a tu esposa, que regresaba después de haber hecho una visita a sus parientes. ¿Recuerdas que viajó a la cordillera para asistir al entierro de su madre? Por el camino tu mujer murió del parto. Murió también el recién nacido. Entonces, no queriendo amargarte más la existencia, omití algunos detalles. Ahora sí te los comunicaré. Tu mujer murió, realmente, por el camino, pero el niño -aunque muy débil- nació vivo. Esto sucedió en un poblado de indios. Una anciana me dijo que muy cerca de allí vivía un gran mago, el Dios Salvador...

Baltasar se puso en guardia.

-Ella me aconsejó que le llevara la criatura y él se encargaría de arrancársela a la muerte. Seguí el consejo de la anciana y lo llevé. "Sálvemelo" -le dije. Salvador tomó el niño, meneó la cabeza, y dijo: "Va a ser muy difícil". Y se lo llevó. Esperé largo tiempo. Ya entrada la tarde salió un negro y se anunció: "El niño ha muerto". Consternado, me retiré.

-Así, pues -prosiguió Cristo-, Salvador me comunicó, a través de su negro, que el niño había muerto. Yo había advertido que el recién nacido -tu hijo- tenía una mancha en la piel. Recuerdo perfectamente hasta la forma. -Cristo hizo una breve pausa y continuó-: Hace poco tiempo alguien hirió a Ictiandro en el cuello. Para vendarlo tuve que retirarle el traje de escamas y le vi una mancha idéntica a la de tu hijo.

Baltasar le espetó una delirante mirada y, emocionado, preguntó:

-¿Crees que será mi hijo?

-Cállate, hermano, cállate y escucha. Sí, creo que así es. Creo que Salvador me ha mentido. Tu hijo no murió, y Salvador hizo de él un "demonio marino".

-¡Oh...! -exclamó fuera de sí Baltasar-. ¡Cómo pudo atreverse! ¡Lo mataré con mis propias manos!

-¡Cállate! Salvador es más fuerte que tú. Y, además, yo he podido equivocarme. Pasaron veinte años. Cualquiera puede tener manchas en el cuello. Ictiandro es tu hijo, y puede que no lo sea. Este asunto requiere sumo cuidado. Tú te vas a ver a Salvador y le dices que Ictiandro es tu hijo. Yo seré tu testigo. Le exigirás que te devuelva el hijo. Si se niega a hacerlo, le dices que recurrirás a la justicia, que lo denunciarás como mutilador de niños. Eso le atemorizará. Si no accede, recurrirás al tribunal. Si no conseguimos demostrar en el juzgado que Ictiandro es tu hijo, lo casaremos con Lucía; pues ella es tu hija adoptiva. Recuerdas cómo sufrías la pérdida de la esposa y el hijo, y entonces yo te encontré a esta huérfana, a Lucía...

Baltasar saltó de la silla. Caminaba por la tienda tropezando con cangrejos y ostras.

-¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Qué desgracia!

-¿Por qué desgracia? -asombróse Cristo.

-Te he escuchado atentamente, sin interrumpirte, ahora escúchame tú a mí. Mientras estabas con tu paludismo, Lucía contrajo matrimonio con Pedro Zurita.

Esta nueva abatió a Cristo.

-Ictiandro... mi pobre hijo... -Baltasar bajó la cabeza-. ¡Ictiandro está en manos de Zurita!

-No puede ser -objetó Cristo.

-Cómo que no puede ser. Ictiandro está en el "Medusa". Esta mañana Zurita pasó por aquí. Se reía de nosotros, se mofaba y nos injuriaba. Nos acusó de haberle estado engañando. ¡Figúrate, solo, sin nuestra ayuda, capturó a Ictiandro! Ahora no nos pagará nada. Aunque yo mismo no le cobraría un centavo. ¿Acaso se puede vender al propio hijo?

Baltasar estaba desesperado. Cristo observaba al hermano con mirada reprobatoria. Había que obrar resueltamente. Pero en las condiciones que estaba Baltasar podría estropear todo el tinglado. El propio Cristo no estaba muy seguro del parentesco entre Ictiandro y Baltasar. Cierto, Cristo había visto la mancha en el recién nacido. Pero, ¿acaso eso es una prueba incuestionable? Al descubrir la mancha en el cuello de Ictiandro, Cristo decidió aprovechar esa similitud y lucrarse. Pero no podía suponer que Baltasar tomara tan a pecho su relato. Lo que sí asustó seriamente a Cristo fueron las noticias facilitadas por Baltasar.

-Ya no queda tiempo para llantos. Hay que obrar. Salvador llegará de

madrugada. Ten valor. Espérame en el muelle. Hay que salvar a Ictiandro. Pero no se te ocurra decirle a Salvador que eres su padre. ¿Cuál es el rumbo de Zurita?

-No me lo ha dicho, pero creo que vaya hacia el Norte. Abrigaba, desde hacía mucho, el propósito de dirigirse hacia las costas de Panamá.

Cristo asintió agradecido.

-Ten bien presente: mañana temprano, antes de la salida del sol, debes estar esperándome ya en la orilla. Es más, no deberás moverte de allí, incluso si tuvieras que esperar hasta la tarde.

Cristo se apresuró a volver a casa. Se pasó la noche pensando en el encuentro con Salvador. Debería justificarse ante él.

Salvador llegó con la aurora. Cristo, con expresión de amargura y fidelidad, articuló, tras saludar al doctor:

-Tenemos una gran desgracia... Le había advertido muchas veces a Ictiandro que no saliera a la bahía...

-¿Qué le ha sucedido? -indagó impaciente Salvador.

-Lo secuestraron y se lo llevaron en una goleta... Yo...

Salvador apretó con fuerza el hombro de Cristo y le miró de hito en hito. Esto fue un solo instante, pero Cristo palideció bajo aquella penetrante mirada. Un profundo disgusto se reflejó en el rostro de Salvador, masculló algo y, aflojando los dedos en el hombro de Cristo, dijo rápidamente:

-Después me lo contarás todo con lujo de detalles.

Salvador llamó a un negro, le dijo algo en una lengua desconocida para Cristo y, dirigiéndose al indio, ordenó:

-¡Sígueme!

Sin descansar ni cambiarse de ropa, Salvador salió de la casa y se dirigió al jardín. Cristo debía esforzarse para no quedarse a la zaga. Cuando llegaban al tercer muro se les sumaron dos negros.

-He guardado todo este tiempo a Ictiandro como un fiel mastín -dijo Cristo, jadeante por la carrera-. No me apartaba de él... -Pero Salvador no le hacía caso. El doctor estaba ya junto a la piscina y golpeaba impaciente con el pie hasta que desapareció el agua por las compuertas del tanque.

-Sígueme -volvió a ordenar Salvador; mientras descendía por la escalera subterránea. Cristo y los dos negros seguían a Salvador en plena oscuridad. El doctor saltaba varios peldaños de una vez; se veía que conocía a la perfección aquel laberinto subterráneo.

Cuando llegaron a la plazoleta inferior, Salvador no buscó la llave del interruptor, sino que abrió a tientas la puerta en el muro de la derecha y caminó por el pasillo a oscuras. Allí no había peldaños y Salvador caminaba más rápido todavía, sin encender la luz.

"Sólo faltaba que ahora cayera en un pozo y me ahogara" pensaba Cristo, procurando no rezagarse. Caminaron largo rato, en cierto momento sintió que el piso iba en declive. A veces le parecía oír leve chapoteo de agua. Al fin la caminata llegó a su término. Salvador -quien se había adelantado- se detuvo y prendió la luz. Cristo vio que se hallaba en una enorme gruta llena de agua con alta bóveda.

Esta, a medida que iba alejándose, se acercaba al agua. A flote, atracado en el mismo extremo del piso de piedra en que se encontraban, Cristo vio un pequeño submarino. Salvador, Cristo y los dos negros entraron en él. El doctor encendió la luz, uno de los africanos cerró la escotilla, el segundo ya manipulaba el motor. Cristo sintió estremecerse el buque. Este viró lentamente, se sumergió y con la misma lentitud comenzó a avanzar. No habían pasado más de dos minutos

cuando emergió de nuevo. Salvador y Cristo salieron al puente. El indio no había navegado nunca en submarino. Pero éste, que se deslizaba por la superficie oceánica, podría asombrar a cualquier ingeniero naval. Su diseño era sumamente original y, por lo visto, tenía un motor potentísimo. Todavía no iba a toda marcha, pero avanzaba veloz.

-¿Adonde se dirigen los secuestradores de Ictiandro?

-Rumbo Norte a lo largo de la costa -respondió Cristo-. Me atrevería a proponerle llevarnos a mi hermano. Yo se lo advertí y nos espera en la orilla.

-¿Para qué?

-A Ictiandro lo ha secuestrado el pescador de perlas Pedro Zurita.

-¿De qué fuentes ha recibido usted esa información? -inquirió con suspicacia Salvador.

-Le describía mi hermano la goleta que capturó en la bahía a Ictiandro, y él reconoció a la embarcación "Medusa", propiedad de Pedro Zurita. Es muy probable que el mencionado patrón haya capturado a Ictiandro para obligarle a pescar perlas. Mi hermano conoce perfectamente los lugares perleros. Creo que nos podrá ayudar.

Salvador reflexionó.

-¡Bien! Llevaremos a su hermano.

Baltasar esperaba a su hermano en el muelle. El submarino viró hacia el muelle. Baltasar miraba sombrío desde la costa a Salvador, quien le había quitado y mutilado al hijo. No obstante, el indio le hizo una cortés reverencia a Salvador y llegó a nado hasta el buque.

-¡A toda máquina! -ordenó Salvador. El doctor no abandonaba el puente, escudriñando la superficie del océano.

PRISIONERO EXCEPCIONAL

Zurita serró las esposas que maniataban a Ictiandro, le dio un traje nuevo y le permitió recoger las gafas y los guantes escondidos en la arena. Pero tan pronto el joven puso el pie en el "Medusa", por orden de Zurita, los indios lo encerraron en la bodega. Zurita hizo un breve alto en Buenos Aires para proveerse de víveres. Fue a ver a Baltasar, se jactó de su buena fortuna y puso proa hacía Río de Janeiro, a lo largo de la costa. Se proponía seguir las ondulaciones de la costa oriental sudamericana y comenzar la búsqueda de perlas en el Caribe.

A Lucía la alojó en el camarote del capitán. Le aseveraba que a Ictiandro lo había puesto en libertad en Río de la Plata. Pero ese embuste se descubrió muy pronto. Por la tarde Lucía oyó gritos y lamentos que llegaban de la bodega. Ella reconoció la voz de Ictiandro. En ese momento Zurita se encontraba en el puente superior. La joven quiso salir del camarote, pero encontró la puerta cerrada con llave. Entonces comenzó a golpearla con los puños, pero nadie se hizo eco de sus gritos.

Al oír las voces de Ictiandro, Zurita bajó del puente, profiriendo improperios, y entró en la bodega junto con un marinero indio. La bodega estaba a oscuras y hacía en ella un calor sofocante.

-¿Por que vociferas? -le preguntó groseramente Zurita.

-Yo... yo me ahogo -oyó la voz de Ictiandro-. No puedo vivir sin agua. Aquí hace un calor tan sofocante. Déjeme ir al mar. En estas condiciones no llegaré a la noche vivo...

Zurita cerró de un golpe la escotilla y subió al puente.

"No quiera Dios que se me ahogue de veras" pensó preocupado Zurita. La

muerte de Ictiandro no le convenía en ningún aspecto.

Por orden de Zurita, los marineros bajaron un tonel a la bodega y lo llenaron de agua.

-Ahí tienes tu baño -dijo Zurita refiriéndose a Ictiandro-. ¡Nada! Mañana te soltaré al mar.

Ictiandro se metió presuroso en el tonel. Los indios que presenciaron aquella escena quedaron perplejos. Ellos todavía no sabían que el prisionero del "Medusa" era el "demonio marino".

-¡Todos a cubierta! -les gritó Zurita.

Eso de nadar en el tonel era una burla, claro. Ictiandro ha tenido que acurrucarse para que el agua lo cubriera. El tonel había contenido cecina y el agua asumió en seguida ese olor, lo que impidió que pudiera aliviar sustancialmente la existencia del joven.

Un fresco viento impulsaba la goleta hacia el Norte.

Zurita se pasó la noche en el puente y sólo al amanecer se presentó en el camarote, esperando encontrar a su esposa durmiendo a pierna suelta. Pero se equivocó, estaba sentada a una mesita, con la cabeza apoyada en los puños. Al sentir entrar al marido, Lucía se puso de pie y, a la escasa luz proyectada por la lámpara de techo. Zurita pudo ver su pálido y severo rostro.

-Usted me ha engañado -dijo con voz sorda.

Zurita no se sentía muy bien bajo la fiera mirada de su esposa y, tratando de ocultar su involuntaria turbación, adoptó un aire jocoso, enroscó el bigote y respondió:

-Ictiandro ha preferido quedarse en el "Medusa", para estar más cerca de usted.

-¡Mentira! Es usted un mezquino y un indecente. ¡Le odio! -con estas palabras echó mano de un gran cuchillo que colgaba de la pared, y se le fue encima.

-¡Oh! -exclamó Zurita, asiendo la muñeca de Lucía con tal fuerza que la hizo soltar el arma.

Zurita sacó de un puntapié el cuchillo del camarote, soltó el brazo de la esposa y dijo:

-Esto ya es distinto. Está usted muy excitada. Tome un trago de agua.

Salió del camarote, lo cerró por fuera con llave y subió al puente.

El oriente se teñía de rojo, unas sutiles nubes -iluminadas por el sol oculto todavía tras el horizonte- flameaban cual lenguas de fuego. El viento matutino, salado y fresco, hinchaba las velas. Una bandada de gaviotas revoloteaba, acechando a los peces que retozaban en la superficie.

Ya había salido el sol, pero Zurita seguía caminando por la cubierta con las manos a la espalda.

-Quiera o no, la meteré en cintura -dijo refiriéndose a Lucía.

A los marineros les ordenó, a voz en cuello, arriar las velas. El "Medusa" quedaba anclado, meciéndose en las olas.

Zurita dispuso: "Venga una cadena y traigan al hombre de la bodega". Estaba deseoso de probar a Ictiandro en la pesca de perlas. "Será, a propósito, una magnífica ocasión para que se refresque en el mar" pensó.

Ictiandro apareció escoltado por dos indios. Se veía sumamente extenuado. Miró alrededor. Estaba al pie del palo mesana. Distaba tan solo unos pasos de la borda. De pronto el joven salió corriendo, y ya se disponía a saltar, cuando el pesado puño de Zurita cayó sobre su cabeza. Ictiandro rodó inconsciente por la cubierta.

-Para qué apresurarse tanto -profirió Zurita con tono aleccionador.

Se oyó ruido de hierros, un marinero le entregó al patrón una larga cadena con cinturón de hierro en el extremo.

El capitán le puso al joven, todavía inconsciente, el cinturón, le colgó un candado y, dirigiéndose a los marineros, dijo:

-Ahora pueden echarle agua.

El joven recobró el conocimiento y observó perplejo la cadena que lo sujetaba.

-Así no te escaparás -le aclaró Zurita-. Te permitiré sumergirte en el mar. Buscarás ostras perlíferas para mí. Cuantas más perlas encuentras, más permanecerás en el mar. Si te niegas a extraer ostras perleras para mí, te encerraré en la bodega y tendrás que conformarte con el tonel. ¿Entendido? ¿Conforme?

Ictiandro asintió.

Estaba dispuesto a buscar para Zurita todos los tesoros del mundo, con tal que le permitiera sumergirse cuanto antes en la limpia agua marina.

A la borda de la goleta se acercaron Zurita, Ictiandro, encadenado, y los marineros. El camarote de Lucía se hallaba en la otra borda del barco: el capitán no quería que ella viera a Ictiandro encadenado.

Al joven le bajaron sujeto por la cadena al fondo. ¡Si pudiera romper esta cadena! Pero era demasiado fuerte. Las circunstancias pudieron más, Ictiandro se resignó. Comenzó a recoger ostras y a guardarlas en un gran saco que llevaba colgado del costado. El aro de hierro le apretaba los costados, haciéndole dificultosa la respiración. No obstante, Ictiandro se sentía casi dichoso después del viciado ambiente de aquella cárcel y del hediondo tonel.

La marinería presenciaba asombrada desde el barco aquel insólito espectáculo. Pasaban los minutos y aquel hombre, bajado al fondo del mar, ni pensaba subir. Al principio salían a la superficie algunas burbujas, pero después cesaron.

-Que me devore un tiburón si en su pecho queda ya una partícula de aire. Por lo visto se siente como pez en el agua -decía un viejo pescador con la vista clavada en el fondo. Se veía con toda nitidez cómo el joven gateaba por el fondo.

-Tal vez sea el mismo "demonio marino" -dijo bajito un marinero.

-Quienquiera que sea, el capitán Zurita ha hecho una gran adquisición -replicó el navegador-. Un pescador como ese puede reemplazar a una docena.

El sol se aproximaba al cénit cuando le dio un tirón a la cadena para que lo subieran. Su saco estaba repleto de ostras. Había que vaciarlo, para poder continuar la pesca.

Los marineros subieron rápidamente al extraordinario pescador. Todos querían saber cuál era su eficiencia.

Habitualmente a las ostras se las deja pudrirse varios días, así resulta más fácil sacar la perla, pero ahora la impaciencia general -desde la marinería hasta Zurita- era tal que todos se pusieron a abrir las ostras con el filo del cuchillo.

Cuando los marineros concluyeron la faena, comenzó un animado intercambio de impresiones. En la cubierta reinaba una insólita emoción. ¿Habrá descubierto Ictiandro una rica zona perlífera? Pero lo que subió de una vez rebasaba todas las esperanzas. Entre todas aquellas perlas había unas dos decenas muy pesadas, de excelente forma y los más finos colores. La primera prueba ya le había proporcionado a Zurita toda una fortuna. Con una perla de las grandes bastaba para comprar una goleta nueva, de las mejores. Zurita estaba a punto de hacerse rico, acaudalado. Sus sueños se veían realizados.

Zurita advirtió la avidez con que los marineros miraban las perlas, y no le gustó. Se apresuró a recogerlas en su sombrero de paja y masculló:

-A desayunar. Ictiandro, eres un gran pescador. Sabes, tengo un camarote

libre. Quiero que sea el tuyo. Allí no te sofocarás. Encargaré para ti un gran tanque de cinc. Aunque tal vez no lo necesites, pues vas a nadar todos los días en el mar. Pero, con cadena. ¿Qué hacer? De lo contrario te irás con tus cangrejos y no volverás.

Ictiandro no tenía el mínimo deseo de hablar con Zurita. Mas, si el destino se le antojaba hacerle cautivo de aquel codicioso, debía pensar en una vivienda decente.

-Un tanque siempre es preferible a un hediondo tonel -le repuso a Zurita-, ahora bien, si no se propone asfixiarme, tendrá que cambiar el agua con frecuencia.

-¿Con qué frecuencia? -se interesó Zurita.

-Cada media hora -respondió Ictiandro-. Lo ideal sería que el agua fuera corriente.

-¡Vaya! Veo que te estás inflando ya. Pronto te envaneces. Apenas te alaban, comienzas a exigir, a encapricharte.

-No son caprichos -se ofendió el joven-. Es que yo... usted sabrá que si se pone un pez grande en un balde con agua se duerme en seguida. El pez respira el oxígeno que se encuentra en el agua, y yo... soy un pez muy grande -añadió, con una leve sonrisa, Ictiandro.

-En cuanto al oxígeno no sé, no entiendo de eso, pero me consta que si a los peces no se les cambia el agua la espichan. Tal vez tengas razón. Mas, como comprenderás, poner especialmente a gente que se ocupe de bombearte agua fresca va a resultar muy caro, más caro que tus perlas. ¡Así me arruinas!

Ictiandro desconocía el precio de las perlas, así como que Zurita pagaba a buzos y marineros una miseria. Por eso, el joven dio crédito a las palabras del patrón y exclamó:

-¡Si no le convengo suélteme al mar! -Ictiandro miró con tristeza al océano.

-¡Menudo elemento! -dijo Zurita soltando una risotada.

-Yo mismo le traeré perlas. ¡Se lo juro! Hace mucho he reunido ya un montón así -Ictiandro muestra con la mano hasta la rodilla-, y todas parejas, lisas, del tamaño de una haba... Se las regalaré todas, pero suélteme.

A Zurita se le cortó la respiración.

-¡No seas mentiroso! -le objetó el patrón, tratando de mantenerse sereno.

-Jamás he mentido a nadie -exclamó Ictiandro enojado.

-¿Dónde está tu tesoro? -indagó el capitán sin ocultar ya su emoción.

-En una gruta submarina. Nadie sabe donde está, sólo Leading.

-¿Leading? ¿Quién es ese?

-Mi delfín.

-¡Ya, ya!

"Parece una alucinación -pensó Zurita-. Si es cierto (y no hay motivos para no darle crédito), esto rebasa cuanto me he atrevido a soñar hasta ahora.

Seré incalculablemente rico. Los Rothschild y los Rockefeller serán unos indigentes a mi lado. Supongo que al joven se le puede creer. Podría soltarlo, ¿y por qué no?, bajo palabra de honor."

Pero Zurita era un hombre de negocios. No acostumbraba a creer en la palabra de nadie. Comenzó a cavilar, cómo apoderarse del tesoro de Ictiandro. "Si Lucía se lo pide, lo traerá con gusto."

-Posiblemente te deje libre -manifestó Zurita-, pero tendrás que quedarte conmigo cierto tiempo. Sí. Tengo motivos para ello. Pienso que no te arrepentirás de haberlo hecho. Mientras tanto, tú eres mi invitado y quiero crearte mayores comodidades. En vez del tanque, que resultará demasiado caro, podríamos

hacerte una gran jaula de hierro en la que te sumergiríamos en el mar y, al mismo tiempo, te protegería contra los tiburones.

-Sí, pero es que necesito permanecer al aire también.

-Bueno, y qué, te sacaremos de vez en cuando. Esto resultará más barato que bombear agua al tanque. Total, todo se arreglará, quedarás contento.

Zurita estaba de excelente humor. Tan eufórico estaba que hizo algo inaudito: ordenó servir a los marineros un vaso de aguardiente al desayuno.

A Ictiandro se lo volvieron a llevar a la bodega: el tanque no estaba hecho todavía. Zurita abrió la puerta de su camarote con cierto reconcomio y, desde la puerta, le mostró a Lucía el sombrero lleno de perlas.

-Yo recuerdo mis promesas -comenzó sonriente-, a mi esposa le encantan las perlas, le gustan los regalos. Para extraer muchas perlas hay que tener buen pescador. Por eso he secuestrado a Ictiandro. Mira, esta es la pesca de una sola mañana.

Lucía lanzó una fugaz mirada a las perlas, y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para reprimir la involuntaria exclamación de asombro. Pero a Zurita eso no se le escapó y rió jactancioso:

-Vas a ser la mujer más rica de Argentina o, tal vez, de las Américas. Tendrás cuanto se te antoje. Te construiré un palacio, objeto de envidia para soberanos. Y ahora, como garantía del futuro recibe la mitad de estas perlas.

-¡No! No necesito ni una sola de esas perlas conseguidas mediante acciones delictivas -le repuso Lucía-. Y, por favor, no me importune más.

Zurita quedó turbado y enojado: no esperaba ser recibido de esa forma.

-Sólo dos palabras. ¿Quisiera usted -para concederle mayor importancia al asunto pasó a tratarla de "usted"- ver a Ictiandro libre?

Lucía lo miró con suspicacia, como tratando de averiguar la nueva estratagema que se proponía tramar.

-¿Qué más? -inquirió ella con frialdad.

-La suerte de Ictiandro está en sus manos. Usted le ordena al joven que traiga al "Medusa" las perlas que guarda en el fondo, y yo le concedo plena libertad.

-Apúntese lo que voy a decirle. No creo nada de lo que usted dice. Tan pronto reciba las perlas volverá a encadenar a Ictiandro. Eso es tan cierto, como que yo soy la esposa del hombre más falso y pérfido. Tenga esto bien presente y jamás trate de involucrarme en sus asuntos sucios. Y quiero repetirle: por favor, déjeme usted tranquila.

El tema se había agotado y Zurita se retiró. En su camarote pasó las perlas a un saquito, lo colocó cuidadosamente en un baúl, lo cerró y salió a cubierta. Las desavenencias con la mujer no le preocupaban. Ya se veía rico, rodeado de atenciones y respetos.

Subió al puente de mando, prendió un cigarro. Los pensamientos sobre las futuras riquezas le causaban agradable emoción. Siempre vigilante, esta vez no advirtió que los marineros, reunidos en grupos, algo tramaban en silencio.

EL "MEDUSA" ABANDONADO

Zurita estaba junto a la borda, frente al palo de trinquete, cuando, obedeciendo una señal del navegador, varios marineros se lanzaron sobre Pedro. No estaban armados pero eran muchos. Dominar a Zurita no resultó ser una empresa fácil. Dos marineros le saltaron por detrás y se engancharon a su espalda. Zurita se las ingenió para zafarse del tumulto y, habiéndose alejado unos pasos corrió, volvióse de espalda y estrellóse con fuerza contra la borda.

Los marineros agarrados a su espalda soltaron su presa con fuertes alaridos y rodaron por la cubierta. Zurita se irguió y comenzó a repeler a puñetazos los ataques de nuevos adversarios. Siempre llevaba el revólver encima, pero el ataque fue tan inesperado que no tuvo tiempo para sacar el arma. Iba replegándose lentamente hacia el palo de trinquete y súbitamente, con la agilidad del mono, comenzó a trepar los obenques.

Un marinero lo agarró de un pie, pero Zurita le golpeó la cabeza con el libre, haciéndole desplomarse a la cubierta. Zurita consiguió subir a la cofa, en la que se sentó profiriendo improperios. Allí podía sentirse relativamente seguro. Sacó el revólver y gritó:

-¡A quien intente subir le parto la crisma!

Los marineros alborotaban sin saber qué hacer.

-¡En el camarote del capitán hay armas! -gritaba el navegador, tratando de imponerse a los demás-. ¡Síganme, forzaremos la puerta!

Varios marineros se dirigieron a la escotilla.

"Se acabó -pensó Zurita-, me matarán como a un vulgar pajarraco."

Miró hacia el mar, buscando la última eventualidad. Y, sin poder creerlo, vio cómo hacia el "Medusa", surcando el espejo del océano, se dirigía a extraordinaria velocidad un submarino.

"Ahora lo principal es que no se sumerja -pensó Zurita-. En el puente hay gente. ¿Será posible que no me vean y pasen de largo?"

-¡Socorro! ¡Pronto, me matan! -gritaba Zurita a pleno pulmón.

Desde el submarino, por lo visto, ya lo habían notado. Sin reducir la velocidad el navío seguía hacia el "Medusa".

Por la escotilla de la goleta aparecieron marineros armados. Se esparcieron por la cubierta, pero al ver que al "Medusa" se aproximaba un submarino artillado se mostraron indecisos. No era posible matar a Zurita en presencia de testigos tan indeseables.

Zurita cantaba victoria. Pero su regocijo era prematuro. En el puente del submarino estaban Baltasar y Cristo; junto a ellos un hombre alto de nariz aguileña y penetrante mirada, gritaba:

-Pedro Zurita, usted debe entregar inmediatamente al joven Ictiandro. Si no lo hace en el plazo de cinco minutos, hundiré su goleta.

"¡Traidores!" pensó Zurita, mirando con odio a Cristo y a Baltasar. "Es preferible perder a Ictiandro que la propia cabeza."

-Ahora mismo lo traigo -prometió Zurita, mientras se deslizaba por los obenques.

Los marineros comprendieron que debían escabullirse. Unos lanzaron los botes de salvamento, otros prefirieron alcanzar la orilla a nado. A cada uno le preocupaba su pellejo.

Zurita bajó a su camarote, recogió rápidamente el saquito de perlas, se lo echó al enfaldo de la camisa, se llevó unas correas y un pañuelo. Acto seguido abrió la puerta del camarote donde se hallaba Lucía, la tomó en brazos y salió a cubierta.

-Ictiandro no se siente muy bien. Lo encontrarán en el camarote -dijo Zurita sin soltara la esposa. Llegó corriendo a la borda, subió a la joven a un bote que lanzó seguidamente al agua y saltó a él.

Ahora el submarino ya no podía perseguir al bote: no había suficiente calado. Pero Lucía ya había visto a Baltasar en el puente del submarino.

-¡Padre, salva a Ictiandro! Está... -no pudo terminar la frase, Zurita le tapó la boca con el pañuelo y se apresuró a amarrarle las manos con la correa.

-¡Deje a esa mujer! -gritó Salvador, indignado por el mal trato que le estaba

dando.

-¡Esta mujer es mi esposa y nadie tiene derecho a inmiscuirse en mis asuntos! -replicó Zurita, remando más fuerte todavía.

-¡Nadie tiene derecho a tratar de esa forma a una mujer! -gritó irritado Salvador-. ¡O se detiene, o disparo!

Pero Zurita seguía remando.

Salvador disparó su revólver. La bala acertó en la borda del bote.

Zurita levantó a Lucía y, escudándose en ella, gritó:

-¡Continúe!

Lucía se retorcía en sus brazos.

-Es un canalla redomado -profirió Salvador, bajando el arma.

Baltasar se lanzó al agua, tratando de alcanzara nado al bote. Pero Zurita estaba ya muy cerca de la orilla. Remó con más fuerza aún, y muy pronto una ola lanzó el bote a la playa. Pedro agarró a Lucía y desapareció entre las rocas de la costa.

Convencido de que ya no podría darle alcance a Zurita, Baltasar nadó hacia la goleta y la abordó por la cadena del ancla. Bajó por la escalerilla y buscó a Ictiandro por todos los rincones. Baltasar recorrió todo el barco, hasta la bodega. La goleta estaba abandonada, no había ni un alma.

-¡Ictiandro no está en la goleta! -comunicó a gritos Baltasar.

-¡Pero está vivo y tiene que estar por aquí! Lucía dijo: "Ictiandro está..." Si ese bandido no le hubiera tapado la boca sabríamos dónde buscarlo -articuló Cristo.

Oteando la superficie del mar, Cristo advirtió que sobresalían puntas de mástiles. Seguramente ha naufragado algún barco no hace mucho. ¿No estará Ictiandro en ese barco hundido?

-¿Tal vez Zurita lo haya enviado a buscar tesoros al barco hundido? -dijo Cristo.

Baltasar levantó una cadena con un aro en el extremo, tirada en la cubierta.

-Zurita sumergía, probablemente, a Ictiandro sujeto a esta cadena. Sin ella el joven habría escapado. No, no puede encontrarse en el barco hundido.

-Sí -dijo con aire pensativo Salvador-, a Zurita le hemos vencido, pero no hemos podido hallar a Ictiandro.

EL TRASATLÁNTICO HUNDIDO

Los perseguidores de Zurita desconocían lo acaecido en el "Medusa" aquella mañana.

Los marineros se pasaron la noche confabulándose y, al despuntar el alba, determinaron: en la primera ocasión atacar a Zurita, matarlo y apoderarse de Ictiandro y de la goleta.

Bien de mañana Zurita ya estaba en el puente de mando. El viento había amainado y el "Medusa" avanzaba muy lento, a no más de tres nudos.

Zurita había fijado la vista en un punto del océano. Con los prismáticos había visto los mástiles de radio de un barco hundido.

Pronto vio flotar un salvavidas.

Zurita ordenó echar al agua un bote y pescar el salvavidas.

Cuando lo subieron a bordo. Zurita leyó en él: "Mafalda". "¿Cómo, el 'Mafalda' ha naufragado? -se asombró Zurita. El conocía ese gran vapor mixto estadounidense. En él tiene que haber enormes riquezas-. ¿Y si Ictiandro las rescatara? Pero, ¿alcanzaría la cadena? No, claro... Si le permitiera bucear sin cadena no volvería..."

Zurita rumiaba su nueva idea. La codicia y el temor a perder a Ictiandro luchaban en él.

El "Medusa" se aproximaba lentamente a los mástiles que sobresalían de la superficie.

Los marineros se agolparon en la borda. El viento cesó por completo y el "Medusa" se detuvo.

-Yo he navegado en el "Mafalda" -dijo un marinero-. Es un gran vapor, magnífico. Toda una ciudad. Y los pasajeros, norteamericanos acaudalados.

"El barco seguramente se hundió sin haber tenido tiempo siquiera para comunicarlo por radio -reflexionaba Zurita-. Tal vez su emisora estuviera deteriorada. De lo contrario de todos los puertos más próximos acudirían autoridades, corresponsales, reporteros gráficos, camarógrafos, periodistas, submarinistas en lanchas rápidas, yates y otras embarcaciones. No se puede perder tiempo. Tendré que arriesgarme a soltar a Ictiandro sin cadena. No hay otra salida. Pero, ¿cómo obligarlo a volver? Y de arriesgarse, ¿no será mejor hacerle traer un rescate: el tesoro de perlas que tiene? Por otra parte, ¿tan valioso será ese tesoro? ¿No exagerará Ictiandro?"

Claro, lo ideal sería hacerse con el tesoro y con cuanto haya de valor en el "Mafalda". El tesoro de perlas no corre peligro, sin Ictiandro nadie podrá dar con él. Lo principal es que Ictiandro siga en manos de Zurita. Dentro de varios días, o de horas, las riquezas del "Mafalda" pueden ser ya inaccesibles.

"Bien, primero 'Mafalda'" -resolvió Zurita. Ordenó anclar. Luego bajó al camarote, escribió una nota y con ella se dirigió al camarote de Ictiandro.

-Ictiandro, ¿sabes leer? Lucía te ha escrito una esquela.

El joven tomó rápidamente la esquela y la leyó:

"Ictiandro: cumple mi petición. Cerca del 'Medusa' hay un barco hundido. Bucea y rescata de ese barco todo lo que encuentres de valor. Zurita te permitirá hacerlo sin cadena, pero debes volver al 'Medusa'. Haz esto para mí, Ictiandro, y pronto obtendrás la libertad. Lucía."

Ictiandro no se había carteado nunca con Lucía, por eso no conocía su letra. Se alegró muchísimo de haber recibido esa misiva, pero algo le hizo sospechar. ¿Y si es una artimaña más de Zurita?

-¿Por qué Lucía no me lo ha pedido ella misma? -preguntó el joven señalando la esquela.

-Ella está indispuesta -respondió el patrón-, pero la verás tan pronto regreses.

-¿Para qué necesita todo eso Lucía -insistió Ictiandro, incitado por la suspicacia.

-Si fueras un hombre auténtico no harías esas preguntas. ¿Acaso existen mujeres que no quieran vestir bien y llevar buenas alhajas? Eso requiere dinero y en ese barco hay mucho dinero. Tú podrías rescatar todo eso para Lucía. Lo principal es buscar monedas de oro. Allí tiene que haber grandes sacos de cuero del correo. Además, los pasajeros pueden llevar encima objetos de oro, anillos...

-¿Y usted se cree que voy a cachear a los cadáveres? -preguntó indignado Ictiandro-. Mire usted, debo decirle que no le creo una palabra de cuanto me ha dicho. Lucía no es codiciosa, ella no ha podido mandarme a una empresa como esa...

-¡Maldición! -exclamó Zurita. Veía que todo el tinglado se le venía abajo si no conseguía persuadir ahora a Ictiandro.

Entonces Zurita se dominó y, fingiendo una bonachona risa, profirió:

-Veo que a ti no hay quien te engañe. Tendré que ser franco. Bien, escucha. No es Lucía la que quiere el oro del "Mafalda", sino yo. ¿Ahora me crees?

A los labios de Ictiandro afloró una involuntaria sonrisa.

-Ahora sí.

-¡Magnífico! Ves, ya comienzas a creerme, eso significa que podemos llegar a entendernos. Efectivamente, el oro lo necesito yo. Y si en el "Mafalda" hay tanto como lo que vale tu tesoro de perlas, te permitiré inmediatamente que te vayas al océano, tan pronto me hayas traído el oro. Pero sigue existiendo un obstáculo: tú no te fías de mí, y yo de ti. Yo me temo, por ejemplo, que si te dejo entrar en el agua sin cadena, te sumerjas y...

-Yo lo que prometo, lo cumplo.

-No he tenido ocasión aún de persuadirme de ello. Tú me tienes antipatía, por eso no me extrañaría si no cumplieras tu palabra. Pero sientes simpatía por Lucía, y harás con gusto lo que ella te pida. ¿Cierto? Por eso yo convine con ella. Está, naturalmente, deseosa de que yo te ponga en libertad. Por eso escribió la esquela y me la pasó a mí, deseando desbrozarte el camino hacia la libertad. ¿Ahora entiendes cómo es la cosa?

Todo cuanto decía Zurita, le parecía a Ictiandro convincente y lógico. Pero el joven no advirtió que Zurita le prometía la libertad, sólo después de cerciorarse de que en el "Mafalda" había tanto oro, que pudiera equipararse en valor con el tesoro de perlas que guardaba el joven...

"Pues para compararlos -razonaba Zurita consigo mismo- Ictiandro tendrá que, se lo exigiré, traer sus perlas. Y entonces quedarán en mis manos el oro de 'Mafalda', el tesoro de perlas y el propio Ictiandro."

Pero el joven no podía saber los proyectos que abrigaba Zurita. La franqueza del patrón le persuadió y, tras reflexionar, accedió.

Zurita exhaló un suspiro de alivio.

"No es capaz de engañarme" pensó.

-¡Vamos, rápido!

Ictiandro subió como una exhalación a cubierta y se zambulló en el mar.

Al ver que Ictiandro saltaba al mar sin cadena, todos comprendieron que iba en busca de los tesoros del "Mafalda". ¿Será posible que Zurita se apodere de todas las riquezas? La situación no admitía demora alguna, y se abalanzaron sobre Zurita.

Mientras la tripulación perseguía al patrón, Ictiandro comenzaba la exploración del vapor siniestrado.

A través de la enorme escotilla de la cubierta superior el joven penetró en el buque; se encontraba sobre la escala, que parecía más la escalera principal de un gran edificio, y llegó a un amplio pasillo. Estaba casi a oscuras. Por las puertas abiertas penetraba una tenue luz, y esa era la única iluminación.

Ictiandro entró a nado por una de esas puertas abiertas y se vio en un salón. Enormes portillas redondas iluminaban aquel salón, con capacidad para centenares de personas. Ictiandro se sentó en una elegante araña y miró a su alrededor. Era un espectáculo realmente extraño. Sillas de madera y pequeñas mesitas flotaban y se balanceaban junto al techo. En un pequeño tablado había un piano de cola con la tapa abierta. El piso estaba lujosamente alfombrado. El revestimiento laqueado de las paredes se había despegado en algunas partes. Junto a una de las paredes había palmeras.

Ictiandro se impulsó de la araña y se dirigió a nado a las palmeras. De pronto se detuvo asombrado. Hacia él alguien nadaba, repitiendo sus mismos movimientos.

"Un espejo" pensó Ictiandro. La enorme luna ocupaba toda la pared, reflejando el triste estado del mobiliario y la decoración del salón.

Allí era inútil buscar tesoros. Ictiandro salió al pasillo, bajó a la siguiente cubierta y entró en un local tan lujoso y espacioso como el anterior, seguramente el restaurante. En los anaqueles de la estantería, en la barra y al pie de ésta había botellas de vino, latas de conserva, etc. La presión del agua había metido los corchos en las botellas y abollado las latas de conserva. Las mesas permanecían servidas, pero parte de la vajilla y de los cubiertos de plata estaban en el suelo.

Ictiandro quiso pasar a los camarotes.

Entró en varios, dotados del máximo confort estadounidense, pero no vio un solo cadáver. Sólo en uno de los camarotes de la tercera cubierta vio un cadáver hinchado, que flotaba bajo el mismo techo.

"Seguramente se han salvado en los botes" pensó Ictiandro.

Pero cuando descendió más abajo, cuando bajó a la cubierta de tercera, el joven descubrió un cuadro dantesco: en aquellos camarotes habían quedado todos sus pasajeros: hombres, mujeres, niños. Allí había cadáveres de blancos, amarillos, negros y cobrizos.

La tripulación seguramente procuró salvar a los pasajeros de primera, a los más ricos, dejando a la buena de Dios a todos los demás. En algunos camarotes Ictiandro no pudo entrar: las puertas estaban obstruidas por los cadáveres. Cuando cundió el pánico la gente se atropellaba, se agolpaba a la salida, molestándose unos a otros y privándose de la última posibilidad de salvación.

En el largo pasillo se mecía lentamente gente. El agua penetraba por las portillas abiertas y mecía los hinchados cadáveres. Ictiandro se horrorizó y se apresuró a salir de aquel cementerio submarino.

"¿Será posible que Lucía no supiera a dónde me mandaba?" razonaba el joven. "¿Acaso ella podría obligarle a él, a Ictiandro, a vaciarles los bolsillos a ahogados y a abrir maletas? ¡No, ella no es capaz de eso! Todo parecía indicar que había vuelto a caer en la trampa de Zurita". "Ahora mismo emergeré -resolvió Ictiandro-, exigiré que Lucía salga a cubierta y confirme ella misma su sugerencia."

El joven se deslizaba como un pez por aquellos interminables pasos de una cubierta a otra y salió muy pronto a la superficie.

La distancia hasta el "Medusa" se acortaba rápidamente.

-¡Zurita! -llamó-. ¡Lucía!

Nadie respondía. El "Medusa" se mecía en las olas completamente mudo.

"¿Qué habrá sido de ellos?" pensó el joven. "¿Qué estará tramando Zurita?" Ictiandro se aproximó sigilosamente a la goleta y subió a cubierta.

-¡Lucía! -volvió a gritar.

-¡Estamos aquí! -oyó la voz de Zurita, que apenas llegaba de la orilla. Ictiandro se volvió y vio al patrón que se asomaba temeroso por detrás de unos arbustos.

-¡Lucía se ha enfermado! ¡Ven acá, Ictiandro! -gritaba Zurita.

¡Lucía está enferma! El podrá verla ahora. Ictiandro saltó al agua y nadó rápido hacia la orilla.

El joven había salido ya del agua cuando oyó la voz apagada de Lucía:

-¡Zurita miente! ¡Sálvate, Ictiandro!

El joven volvió rápidamente sobre sus pasos y nadó bajo el agua. Cuando se alejó ya bastante de la orilla, emergió y quiso ver lo que pasaba. Algo blanco se agitaba en la orilla.

Lucía celebraba, probablemente, su salvación. ¿La verá algún día...?

Ictiandro se dirigió veloz hacia alta mar. En la lejanía se divisaba un pequeño barco que, envuelto en espuma, mantenía rumbo sur, surcando el agua con afilada proa.

"Cuanto más lejos de la gente, mejor" pensó Ictiandro y se sumergió, ocultándose profundamente bajo el agua.

TERCERA PARTE - UN PADRE FLAMANTE

Después del fracasado viaje en submarino Baltasar estaba que se lo llevaba el demonio. A Ictiandro no lo encontraron, Zurita desapareció con Lucía.

-¡Malditos blancos! -rezongaba el viejo a solas en su tienda-. Nos echaron de nuestra tierra y nos convirtieron en esclavos. Mutilan a nuestros hijos y raptan a nuestras hijas. Quieren exterminarnos a todos, hasta el último.

-¡Hola, hermano! -oyó Baltasar la voz de Cristo-. Te traigo una buena noticia. Una gran noticia. Ictiandro ha aparecido.

-¿Qué? -Baltasar se puso en pie de un salto-. ¡Habla de una vez!

-Ahora, pero no interrumpas, puedo olvidar lo que quiero decirte. Apareció Ictiandro. Bien decía yo entonces que estaba en el barco hundido. El emergió cuando ya nos habíamos ido, y se fue para casa a nado.

-¿Dónde está? ¿En casa de Salvador?

-Sí, en casa de Salvador.

-Ahora mismo voy a ver al doctor, y que me devuelva a mi hijo...

-¡No lo hará! -le objetó Cristo-. Salvador no le permite ni salir al océano. Yo soy quien le permite, sigilosamente, algunas veces...

-¡Lo hará! Y si no, lo mato. Vamos ahora mismo.

Cristo comenzó a hacer aspavientos:

-Espera, por lo menos, hasta mañana. Si supieras cuánto me costó conseguir este permiso para visitar a mi "nieta". Salvador se ha vuelto muy suspicaz. Te mira a los ojos como si te estuviera clavando un cuchillo. Espera hasta mañana, te lo ruego.

-Bien. Me presentaré mañana. Ahora me voy a la bahía. Tal vez, aunque sea desde lejos, vea en el mar a mi hijo.

Baltasar se pasó la noche en el acantilado que se elevaba sobre la bahía escudriñando las olas. La mar estaba gruesa. El viento frío del sur atacaba con rachas, arrancando la espuma de las crestas y esparciéndola por las rocas costeras. En la orilla retumbaban los embates de la marejada. La Luna, tras veloces nubes, ora iluminaba las olas, ora se escondía. Los esfuerzos de Baltasar eran inútiles, en aquel océano de espuma era imposible distinguir nada. Ya había despuntado el alba, pero Baltasar seguía sin moverse del acantilado. El océano de oscuro se había tornado ya gris, pero continuaba tan desierto como en la noche.

Baltasar se estremeció súbitamente. Con su vista de lince había localizado un objeto oscuro que se mecía en las olas, ¡Un hombre! ¡Podría ser un náufrago! Pero, no. Yace tranquilamente de espalda, con las manos bajo la nuca. ¿Será él?

Baltasar no se había equivocado. Era Ictiandro.

El indio se puso de pie y, apretando las manos contra el pecho, gritó:

-¡Ictiandro! ¡Hijo mío! -El anciano alzó los brazos y se zambulló en el mar.

La altura del acantilado era considerable, por eso tardó en emerger, y cuando lo hizo en la superficie ya no había nadie. Luchando desesperadamente con las olas, Baltasar volvió a bucear, pero una ola enorme le dio un revolcón, lo lanzó a la orilla y se retiró rezongando.

Baltasar se levantó hecho una sopa, miró la ola en retirada y exhaló un profundo suspiro.

-¿Me habrá parecido?

Cuando el viento y el sol secaron sus ropas, Baltasar se dirigió al muro que protegía el predio de Salvador y llamó al portón de hierro.

-¿Quién llama? -inquirió el negro, atisbando por la mirilla entreabierta.

-Necesito ver al doctor. Es urgente.

-El doctor no recibe -respondió el negro, y se cerró la mirilla.

Baltasar continuó golpeando el portón, gritando, pero nadie le abrió el postigo. Tras el muro sólo se oían amenazadores ladridos.

-¡Aguarda, maldito español! -amenazó Baltasar y partió para la ciudad.

Muy cerca, a unos pasos del juzgado se hallaba la pulquería "La Palma". Estaba ésta instalada en un antiguo edificio blanco, achaparrado, con gruesos muros de piedra. Tenía a la entrada una especie de veranda cubierta con toldo a franjas, mesitas y cactos en macetas azules esmaltadas. La veranda sólo se animaba por la noche. Por el día la clientela prefería las salitas bajas y frescas del interior. La pulquería era algo así como una dependencia del juzgado. Durante las audiencias por allí pasaban querellantes, demandados, testigos, acusados (no detenidos aún, naturalmente).

Allí, entre tragos de vino y de pulque, preferían matar el tiempo todos, esperando su hora. Un avispado muchacho, que circulaba constantemente entre el juzgado y "La Palma", comunicaba con lujo de detalles lo que sucedía en la sala del tribunal. Eso resultaba muy cómodo. Allí también acudían abogados y testigos falsos, quienes ofrecían sus servicios sin tapujos.

Baltasar había frecuentado ya "La Palma" en otras ocasiones, por asuntos del negocio. Sabía que allí podía encontrar a la persona indicada, suscribir una demanda. Por eso fue sin vacilaciones.

Cruzó sin detenerse la veranda, entró en la fresca antesala, aspiró con satisfacción el frescor, enjugó el sudor de la frente y le preguntó al muchacho que correteaba por allí:

-¿Está Larra?

-Don Flores de Larra ha venido ya y está en su sitio habitual -respondió el muchacho.

A quien le decían con tanta pompa don Flores de Larra había sido en tiempos un empleadillo judicial, pero fue despedido por dejarse sobornar. Ahora tenía numerosos clientes: cuantos traían entre manos asuntos sospechosos recurrían a este trapacista. Con él tenía sus asuntos Baltasar.

Larra estaba sentado a una mesita, colocada junto a una ventana gótica con ancho antepecho. En la mesa tenía un vaso de vino y un abultado portafolio rojizo. La estilográfica siempre lista, prendida en el bolsillo del raído traje color aceituna. Larra era un hombre obeso, calvo, de mejillas y nariz coloradas, siempre bien rasurado y orgulloso. La brisa que entraba por la ventana le erizaba las pocas canas que le quedaban. Ni el mismo ministro de justicia podría recibir con tanta dignidad y grandeza.

Al ver a Baltasar le indicó, con un desdeñoso movimiento de cabeza, el sillón de mimbre que tenía ante él y dijo:

-Tome usted asiento. ¿Qué asuntos le traen por aquí? ¿Toma usted algo? ¿Vino? ¿Pulque?

Generalmente pedía él, pero pagaba el cliente. Baltasar parecía no oír.

-Es un asunto serio. Un asunto importante, Larra.

-Don Flores de Larra -le enmendó el abogado, tomando un sorbo.

Pero Baltasar volvió a preterir la enmienda.

-¿En qué consiste?

-Sabes, Larra...

-Don Flores de...

-¡Deja esas boberías para los noveles! -exclamó irritado Baltasar-. Es un asunto serio.

-Pues habla ya -respondió Larra con otro tono.

-¿Tú conoces al "demonio marino"?

-No he tenido el honor de que me lo presentasen personalmente, pero he oído mucho -respondió Larra, dejándose llevar por el hábito.

-Atiende acá, a quien le dicen "demonio marino" es mi hijo Ictiandro.

-¡No puede ser! -exclamó Larra-. Baltasar, creo que te has excedido empinando el codo.

El indio dio un puñetazo en la mesa:

-Desde ayer no he probado una gota, excepto varios tragos de agua de mar.

-Entonces la situación es más grave...

-¿Quieres decir que me he vuelto loco? Pues no, estoy en mis cabales. Mira, cállate y escucha.

Y Baltasar contó al abogado toda la historia. Larra escuchaba al indígena sin decir palabra. Sus canosas cejas se arqueaban cada vez más. Al fin, sin poder contenerse más, olvidándose de mantener su aire majestuoso, golpeó la mesa con la palma de la mano y gritó:

-¡Que los demonios me lleven!

El muchacho, con delantal blanco y servilleta sucísima, apareció como por encanto.

-¿Desean algo?

-¡Dos botellas de sauternes y hielo! -Y dirigiéndose a Baltasar, exclamó-: ¡Magnífico! ¡Excelente asunto! ¿Será posible que te lo hayas inventado todo tú? Aunque, de ser franco, debo decirte que la parte más floja es la de tu paternidad.

-¿Lo dudas? -A Baltasar se le subió la sangre al rostro, tal fue la ira que le entró.

-Bueno, bueno, no te pongas así, viejo. Yo opino como jurista, desde el punto de vista de la solidez que acusen las pruebas jurídicas: las tuyas son flojillas, muy flojillas. Pero eso se puede arreglar. Sí. Y la posibilidad de lucro aquí es enorme.

-Yo quiero tener conmigo a mi hijo, no necesito dinero -le objetó Baltasar.

-Todo el mundo necesita dinero, y sobre todo cuando aumenta la familia como en tu caso -dijo Larra con tono aleccionador y, entornando maliciosamente los ojos, prosiguió-: Lo más valioso y seguro que tenemos respecto al asunto de Salvador es la detallada información sobre los experimentos y las operaciones que practica. A base de eso se le pueden poner tales petardos que de ese saco de oro que es Salvador van a caer pesetas como naranjas maduras durante una buena tormenta.

Baltasar apenas probó el vino que le sirvió Larra, y dijo:

-Quiero tener conmigo a mi hijo. Tú debes presentar una instancia sobre el particular.

-¡No, no! ¡En modo alguno! -objetó el abogado-. Comenzar por eso sería estropearlo todo. Eso es lo último que se debe hacer.

-¿Cuál es tu propuesta? -inquirió Baltasar.

-Primero -Larra dobló el pulgar-, le enviaremos una misiva a Salvador, redactada con primoroso estilo, comunicándole que conocemos todos sus ilícitos experimentos y operaciones. Y si no quiere que lo hagamos del dominio público deberá pagar un subido rescate. Cien mil. Sí, cien mil, eso como mínimo. -Larra clavó en Baltasar una inquisitiva mirada.

Pero el otro no hacía más que poner cara de malos amigos y callar.

-Segundo -prosiguió Larra-. Cuando recibamos la cantidad indicada -y la recibiremos-, le enviaremos al profesor Salvador otra misiva, redactada con expresiones más delicadas y finas aún. Le comunicaremos que apareció el auténtico padre de Ictiandro, sobre lo que obran en nuestro poder pruebas irrefutables. Le diremos que el padre legítimo de Ictiandro quiere que su hijo retorne al hogar paterno, para lo que está dispuesto a presentar una querella en la que expondrá, lógicamente, como Salvador mutiló a Ictiandro. Si el doctor quisiera obviar la presentación de dicha querella y quedarse con el muchacho, le bastaría transmitir a las personas por nosotros indicadas, en lugar y tiempo asignados, un millón de dólares.

Pero Baltasar no oía. Agarró una botella y estuvo a punto de tirársela a la cabeza del abogado. Larra nunca había visto a Baltasar tan iracundo.

-Vamos, no te pongas de esa forma. Ha sido una broma, viejo, ¡Deja esa botella! -exclamó Larra, tapando con la mano la brillante calva.

-¡Tú...! ¡Tú...! -gritaba Baltasar enfurecido en extremo-. Tú me propones vender a mi propio hijo, renunciar a Ictiandro. ¡Tú no tienes corazón! ¡Tú no eres un hombre, eres un alacrán, una tarántula, o desconoces por completo los sentimientos paternales!

-¿Que no tengo sentimientos, yo? ¡Cinco! ¡Cinco! ¡Cinco! -gritó, a su vez, el abogado como un energúmeno-. ¡Cinco sentimientos paternales! ¡Cinco varones tengo! ¡De todos los tamaños! ¡Cinco bocas! ¡Conozco y entiendo ese sentimiento! Conseguirás que vuelva el tuyo. Pero ármate de paciencia y escúchame hasta el fin.

Baltasar se tranquilizó. Puso la botella en la mesa, bajó la cabeza y miró a Larra.

-¡Bueno, habla!

-¡Eso ya es harina de otro costal! Salvador nos pagará un millón. Eso será la "dote" de tu Ictiandro. Y espero que algo me toque a mí. Como recompensa por mis diligencias y por el derecho de autor: unos cien mil. Tú y yo nos entenderemos. Salvador pagará ese millón. Te lo aseguro. Y tan pronto lo pague...

-Presentaremos la querella.

-Un poquito más de paciencia. Propondremos información sobre tan sensacional delito al mayor consorcio periodístico, y que pague, digamos, unos veinte o treinta mil dólares, para gastos corrientes. Puede que nos toque algo también de lo asignado para la policía secreta. Pues en un asunto como éste los agentes pueden hacer carrera. Cuando hayamos exprimido el asunto del Salvador, entonces, con mil amores, recurre al tribunal, expón allí tus sentimientos paternales y que la Temis te ayude a demostrar tus derechos y a recibir en brazos a tu hijo.

Larra apuró el vaso de vino, golpeó con él la mesa, y miró a Baltasar con aire triunfal.

-¿Qué te parece?

-Yo me paso los días sin comer, las noches en vela, y tú me propones demorar, dar largas al asunto -comenzó diciendo Baltasar.

-¿Pero en aras de qué...? -le interrumpió con vehemencia el abogado-. ¿Para qué? ¡Para obtener millones! ¡Mi-llo-nes! ¿Acaso te flojean las entendederas? Has vivido veinte años sin Ictiandro.

-Sí, viví. Pero ahora... Total, ponte a escribir la instancia.

-¡Este hombre ha perdido, realmente, el hábito de razonar! -exclamó Larra-. Baltasar, reflexiona, despabílate, entra en razones. Ten presente: ¡Millones! ¡Oro!

Podrás tener cuanto se te antoje. El mejor tabaco, automóvil, veinte goletas, esta pulquería...

-Mira, o me escribes la instancia, o recurro a otro abogado -manifestó resueltamente Baltasar.

Larra comprendió que era inútil seguir oponiendo resistencia. Meneó la cabeza, suspiró desalentado, sacó unas cuartillas de la rojiza cartera y desprendió la estilográfica del bolsillo lateral.

Al cabo de varios minutos estaba lista la queja contra Salvador, en la que se le acusaba de haberse atribuido ilícitamente la paternidad respecto al hijo de Baltasar, así como de haberle mutilado.

-Te lo advierto la última vez: piénsalo bien -le dijo Larra.

-Venga, lárgamela -dijo el indio tendiendo la mano para recoger la instancia.

-Entrégasela al fiscal principal. ¿Me oyes? -aconsejaba al cliente Larra, mascullando para su coleto-: "¡Ojalá tropieces en la escalera y te quiebres una pierna!"

Al salir de la oficina del fiscal, Baltasar tropezó con Zurita en la escalera principal.

-¿Qué te traes tú por aquí? -indagó Zurita, mirando con suspicacia al indio-. ¿No habrás venido a quejarte de mí?

-Habría que quejarse de todos ustedes -repuso Baltasar, teniendo en cuenta a los españoles-, pero no hay quien lo haga. ¿Dónde escondes a mi hija?

-¡Cómo te atreves a tutearme! -se excitó Zurita-. Sí no fueras el padre de mi esposa te daría una buena lección de cortesía.

Zurita apartó groseramente a Baltasar, subió por la escalera y desapareció tras una gran puerta de caoba.

CASUS JURÍDICO

El fiscal de Buenos Aires recibió una insólita visita: el superior de la catedral local, obispo Juan de Garcilaso.

El fiscal -hombrecito regordete, bajito, muy vivaracho, con los ojos hinchados, el cabello corto y el bigote teñido- se levantó de su sillón para acudir a saludar al obispo. El anfitrión ofreció, cortésmente, al distinguido visitante asiento en un macizo sillón de cuero situado ante el escritorio.

El obispo y el fiscal eran totalmente distintos. El rostro del fiscal era mofletudo y rojo, labios gruesos, nariz ancha y muy parecida a una pera. Los dedos de las manos eran gruesos y cortos, y los botones en el abultado vientre estaban a punto de reventar, al no estar en condiciones de controlar la agitación de la grasa.

El rostro del obispo, por el contrario, llamaba la atención por su flaqueza y palidez. La nariz aguileña y afilada, el mentón sobresaliente y agudo y los labios finos, casi azules le concedían la imagen típica del jesuita. El obispo jamás miraba a su interlocutor a los ojos, no obstante, lo observaba vigilante. La influencia del obispo era enorme, y, sin abandonar sus quehaceres espirituales, él manipulaba gustoso el complicado juego político. Tras el saludo de rigor, el obispo pasó de inmediato al objetivo de su visita.

-Yo quisiera saber -preguntó muy quedo el obispo- en qué estado se encuentra el caso del profesor Salvador.

-¡Ah! llustrísima, a usted también le interesa ese caso -exclamó con mucha amabilidad el fiscal-. Sí, claro, es un proceso extraordinario. -Y tomando del escritorio una abultada carpeta y pasando las hojas del expediente, el fiscal

prosiguió-: Basándonos en la denuncia de Pedro Zurita hemos efectuado un registro en el predio del profesor Salvador. La declaración de Zurita acerca de que Salvador efectuaba insólitas operaciones en animales se ha confirmado plenamente. Los jardines de Salvador eran una auténtica fábrica de monstruos. ¡Era algo extraordinario! Salvador, por ejemplo...

-Los resultados del registro los conozco por la prensa -le interrumpió el obispo-. ¿Qué medidas han tomado con respecto al propio Salvador? ¿Le han arrestado?

-Sí, está arrestado. Además, hemos traído, en calidad de prueba material y como testigo de la acusación, a un joven que responde al nombre de Ictiandro, alias el "demonio marino". Quién iba a pensar que el célebre "demonio marino" -que durante tanto tiempo nos ha venido ocupando- fuera uno de los monstruos del zoo de Salvador. Ahora expertos profesores de la Universidad están enfrascados en el estudio de todos esos animales. No hemos podido traer, naturalmente, todas esas pruebas materiales vivas. Pero a Ictiandro sí, y está en el sótano del juzgado. Nos crea muchos problemas. Imagínese, le hemos tenido que construir un gran tanque, pues no puede vivir sin agua. Y se sentía, realmente, muy mal. Es evidente que Salvador efectuó insólitos cambios en su organismo, que convirtieron al joven en hombre anfibio. Nuestros científicos están aclarando esa cuestión.

-Considero de mayor interés la suerte que pueda correr Salvador -profirió con la misma candidez el obispo-. ¿A qué artículo corresponde su responsabilidad? Y qué opina usted: ¿será condenado?

-La causa de Salvador es un rarísimo caso jurídico -respondió el fiscal-. Debo confesarle que no he decidido todavía a qué artículo atenerme para calificar su delito. Lo más sencillo sería, naturalmente, acusar al doctor de practicar vivisecciones y mutilaciones ilícitas a ese joven...

El desazón se reflejó en el rostro del obispo:

-¿Usted estima que en todas esas acciones de Salvador no hay cuerpo de delito?

-Hay o habrá, ¿pero cuál? -prosiguió el fiscal-. Me han pasado la solicitud de un tal Baltasar. El querellante afirma que Ictiandro es su hijo. Las pruebas son muy flojas, pero tal vez podamos utilizar a este indio como testigo de la acusación, si los expertos establecen que Ictiandro es su hijo legítimo.

-¿Eso significa que, en el mejor de los casos, Salvador será acusado solamente de transgredir la Carta Magna médica y sólo le juzgarán por practicar operaciones a un niño sin el consentimiento del padre?

-Posiblemente, también, por mutilación. Esto ya es más grave. Pero hay en esto una circunstancia que complica el asunto. Los expertos -cierto, éste no es su juicio definitivo- se inclinan a pensar que a una persona que esté en sus cabales no se le puede ocurrir mutilar a los animales de esa forma y realizar una operación tan atrevida. Salvador puede ser considerado por los expertos inconsciente, enfermo mental.

El obispo permanecía en silencio, los finos labios apretados y la mirada fija en la esquina del escritorio. Al fin profirió muy, muy quedo:

-No esperaba eso de usted.

-¿Qué, llustrísima? -inquirió desconcertado el fiscal.

-Hasta usted, administrador de justicia, parece querer justificar el modo de obrar de Salvador al considerar sus operaciones no carentes de utilidad.

-¿Qué puede haber de malo en eso?

-Es más, encuentra dificultades para determinar el cuerpo del delito. Sin embargo, el juicio de la iglesia -el juicio del cielo- ve las acciones de Salvador de

otro modo. Permítame acudir en su ayuda y darle un consejo.

-Haga el favor -articuló turbado el fiscal.

El obispo comenzó bajito y fue elevando paulatinamente la voz como un predicador, como un acriminador.

-Usted dice que los actos de Salvador no carecen de utilidad. Usted considera que los animales y el hombre por él mutilados adquirieron incluso ciertas ventajas que antes no tenían. ¿Qué significa eso? ¿Acaso el Creador ha hecho a los hombres imperfectos? ¿Será posible que se requiera la intervención del profesor Salvador para concederle al cuerpo humano una estructura más perfecta?

El fiscal permanecía inmóvil y cabizbajo. Ante la iglesia él mismo resultó en el banquillo de los acusados. Nada por el estilo había esperado.

-Acaso ha olvidado qué dice el Génesis de la Sagrada Escritura en el capítulo primero, versículo vigésimo sexto: "Entonces, dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza", seguidamente el versículo vigésimo séptimo: "Y creó Dios al hombre a su imagen..." Y Salvador se atreve a tergiversar esa imagen y esa semejanza, y usted ¡hasta usted! halla eso útil.

-Perdóneme, padre... -fue lo único que supo decir el fiscal.

-¿No habrá hallado el Señor su creación maravillosa -prosiguió el obispo con inspiración-, acabada? Usted recuerda perfectamente los artículos de las leyes humanas, pero olvida los de las leyes divinas. Recuerde el versículo trigésimo primero del mismo capítulo del Génesis: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera". Pero Salvador considera que requiere ser cambiado, rehecho, mutilado, que los seres humanos deben ser anfibios y usted halla todo eso ingenioso y útil. ¿Acaso eso no es una blasfemia? ¿Un sacrilegio? ¿Una profanación? ¿O las leyes civiles de nuestro país ya no castigan los delitos cometidos contra la religión? ¿Qué sucederá si todos les imitan a ustedes y comienzan a repetir: "Sí, el hombre es una creación defectuosa de Dios. El doctor Salvador debe rehacer al hombre". ¿Acaso esto no es una monstruosa ofensa a la religión...? Dios consideraba perfectas todas sus creaciones. Ahora viene Salvador y comienza a cambiarles las cabezas a los animales, a cambiarles las pieles, a crear monstruos repugnantes, cual si quisiera mofarse del Creador. ¡Y usted todavía encuentra dificultades para hallar en las acciones de Salvador el cuerpo del delito!

El obispo se detuvo. Estaba satisfecho del efecto causado por su discurso, hizo una pausa y volvió a la carga bajito, pero elevando gradualmente el tono:

-Me he mostrado fundamentalmente interesado por la suerte de Salvador. Pero, ¿podré mantenerme indiferente respecto al destino de Ictiandro? No. Es un ser que no tiene ni nombre cristiano, pues Ictiandro en griego significa, ni más ni menos, que "hombre pez". Incluso cuando Ictiandro no fuera culpable de nada, cuando fuera simplemente víctima, no dejaría de ser creación contraria a la voluntad de Dios, creación sacrílega. Con su mera existencia puede perturbar las mentes, inducir a reflexiones pecaminosas, tentar, hacer vacilar a los débiles. ¡Ictiandro no debe existir! Lo ideal sería que Dios se lo llevara si el desdichado joven muriera a causa de la imperfección de su mutilada naturaleza -el obispo le espetó una expresiva mirada al fiscal-. En todo caso ha de ser acusado, aislado, privado de libertad. El también ha cometido sus delitos: les quitaba a los pescadores la captura, les deterioraba las redes y les asustó de tal modo que -usted debe recordar- los pescadores dejaron de pescar y la ciudad quedó sin pescado. ¡El ateo Salvador y su repugnante engendro, Ictiandro, constituyen un atrevido reto a la iglesia, a Dios, al cielo! Y la iglesia no depondrá las armas

mientras ellos no desaparezcan.

El obispo continuaba su discurso acusatorio. El fiscal permanecía sentado ante él, deprimido, cabizbajo, sin tratar de interrumpir ese torrente de amenazadoras palabras.

Cuando el obispo concluyó su discurso, el fiscal se levantó, se aproximó a él y profirió con voz sorda:

-Como católico, llevaré mi pecado al confesorio para que usted me lo perdone. Como funcionario, le agradezco de todo corazón la ayuda que me ha prestado. Ahora para mí está claro el delito perpetrado por Salvador. El será acusado y debidamente castigado. Ictiandro tampoco escapará a la espada de la justicia...

GENIAL DEMENTE

El proceso no quebrantó el ánimo del doctor Salvador. En la cárcel se mantenía sereno, seguro; con los jueces instructores y los expertos hablaba con aire altanero y condescendiente, como si fueran niños.

Él no soportaba la inactividad. Escribía mucho, realizó varias brillantes intervenciones quirúrgicas en el hospital de la cárcel. Entre los pacientes que atendió en la penitenciaría se encontraba la esposa de un carcelero. Corría peligro de muerte a causa de un tumor maligno. Salvador la salvó, cuando los médicos invitados especialmente la desahuciaron, diciendo que en ese caso la medicina era impotente y se negaron a operarla.

Llegó el día del juicio.

La enorme sala no pudo dar cabida a cuantos quisieron asistir. El público se agolpaba en los pasillos, llenaba la plaza ante la fachada, se asomaba a las ventanas abiertas. Muchos curiosos se encaramaron en los árboles que rodeaban el juzgado.

Salvador se sentó tranquilamente en el banquillo de los acusados. Se portaba con tanta dignidad que, para los extraños a lo que estaba sucediendo allí, podía parecer que no era el acusado, sino el juez. Salvador renunció al abogado.

Centenares de ojos seguían con curiosidad cada movimiento, cada gesto suyo. Pero eran rarísimos los que podían resistir la penetrante mirada de Salvador.

Ictiandro no suscitaba menos interés, pero no aparecía en la sala. Últimamente se sentía indispuesto, francamente mal y pasaba casi todo el tiempo en el tanque, ocultándose de las fastidiosas miradas de los curiosos. En el proceso de Salvador el joven aparecía sólo como testigo de la acusación, más bien, una de las pruebas materiales, como se expresaba el fiscal.

La audiencia sobre el caso del propio Ictiandro, en la que se le acusaría de actividad delictiva, se efectuaría aparte, después del proceso contra Salvador.

El fiscal se ha visto obligado a obrar de esa forma porque el obispo le apuraba con el proceso contra Salvador; la reunión de pruebas contra Ictiandro requería tiempo. Los agentes del fiscal reclutaban en la pulquería "La Palma" -activa pero sigilosamente- testigos para el proceso que le incoarían posteriormente a Ictiandro, en el que el joven ya debería figurar como acusado. No obstante, el obispo seguía insinuándole al fiscal que el desenlace ideal sería si el Señor se llevara al desventurado. Esa muerte sería la mejor prueba de que la mano del hombre sólo puede deteriorar la creación divina. Tres expertos, profesores de la universidad, dieron lectura a sus conclusiones. El auditorio escuchó con suma atención, procurando no perder el mínimo detalle, la opinión de los científicos.

-Obedeciendo a una demanda del juzgado -comenzó el profesor Shein, un hombre de edad provecta, experto principal- hemos examinado los animales y al

joven Ictiandro, sometidos todos a intervenciones quirúrgicas por el profesor Salvador en sus laboratorios. Hemos inspeccionado sus reducidos, pero hábilmente equipados laboratorios y quirófanos. Debo destacar, en honor a la verdad, que el profesor Salvador utiliza no sólo los últimos adelantos en instrumental quirúrgico, como cuchillos eléctricos, rayos desinfectantes ultravioleta, etc., sino también instrumental desconocido hasta ahora en el sector. Por lo visto, diseñados por el mismo profesor. No voy a detenerme detalladamente en los experimentos efectuados por el profesor Salvador en animales. Dichos experimentos se reducen a operaciones extraordinariamente atrevidas por la propia idea y brillantes por su ejecución: transplantes cutáneos y de órganos, inserción de dos animales, conversión de animales terrestres en anfibios y viceversa, conversión de hembras en machos y nuevos métodos de rejuvenescencia. En los jardines de Salvador hemos visto niños y adolescentes, comprendidos entre las edades de varios meses a catorce años, pertenecientes a diversas tribus indias.

-¿En qué estado han encontrado a los niños? -preguntó al fiscal.

-En perfecto estado, todos están sanos y alegres. Juegan y corretean por el jardín. A muchos de ellos Salvador les salvó la vida. Los indios confían en él y le traen a sus hijos desde los más remotos lugares: desde Alaska hasta la Tierra de Fuego.

En la sala alguien suspiró.

Todas las tribus llevaban sus hijos a Salvador. El fiscal comenzó a inquietarse. Después de la entrevista con el obispo, cuando sus ideas recibieron una nueva orientación, no podía oír tranquilo esos elogios a Salvador y preguntó al experto:

-¿Cree usted que las operaciones practicadas por Salvador fueron útiles y convenientes?

Pero el presidente del tribunal -un anciano canoso con dura expresión-, temiendo que la respuesta del experto fuera positiva, se apresuró a inmiscuirse:

-Al tribunal no le interesan las opiniones personales del experto. Continúe, haga el favor. ¿Cuál es el resultado del examen practicado al joven araucano llamado Ictiandro?

-Su cuerpo estaba cubierto de una piel escamada artificial -prosiguió el experto-, compuesta de una sustancia desconocida, flexible, pero muy resistente. El análisis de la mencionada sustancia no ha concluido todavía. En el agua Ictiandro utilizaba a veces gafas con lunetas especiales de pesado flintglass, cuyo índice de refracción equivale casi a dos unidades. Esto le permitía ver perfectamente bajo el agua. Cuando le quitamos a Ictiandro la piel postiza de escamas, bajo ambos omóplatos descubrimos dos orificios de diez centímetros de diámetro, tapados con cinco finas franjas, muy parecidas a las branquias de tiburón.

En la sala se oyeron apagadas voces de asombro.

-Sí -prosiguió el experto-, aunque parezca inverosímil, Ictiandro posee pulmones de hombre y branquias de tiburón. Por eso puede vivir en la tierra y bajo el agua.

-¿Un hombre anfibio? -preguntó sardónico el fiscal.

-Sí, en cierto modo un hombre anfibio, con dos sistemas respiratorios distintos.

-Pero ¿cómo le han podido aparecer a Ictiandro branquias de tiburón? -inquirió el presidente.

El experto hizo un gesto de impotencia y respondió:

-Es un enigma, pero tal vez quiera revelárnoslo el profesor Salvador. Nuestra opinión es la siguiente: conforme a la ley biológica de Heckel todo ser vivo

reproduce en su desarrollo todas las formas por las que pasó la especie del ser vivo en cuestión durante su existencia en la tierra. Se puede afirmar con toda seguridad que los remotos antecesores del hombre respiraban mediante branquias.

El fiscal quiso levantarse, pero el presidente lo detuvo con un ademán.

-Al vigésimo día de desarrollo al feto humano se le forman cuatro plieguecitos de branquias, que yacen uno sobre el otro. Pero posteriormente en el feto humano el aparato branquial se transforma: el primer arco branquial se convierte en el meato auditivo interno con sus respectivos huesecillos y en la trompa auditiva; la parte inferior del arco branquial se convierte en el hueso maxilar inferior, el segundo arco, en apófisis y cuerpo del hioides; el tercer arco, en el cartílago tiroides de la laringe. No creemos que el profesor Salvador haya conseguido retener el desarrollo de Ictiandro en su fase embrional. Aunque la ciencia conoce casos cuando hasta en personas mayores se conserva el orificio branquial en el cuello, bajo el maxilar inferior. Se trata de las denominadas fístulas yugulares. Pero con esos rudimentos branquiales no se puede vivir, naturalmente, bajo el agua. Si el feto no se hubiera desarrollado normalmente tendría que haber sucedido una de dos: o seguían desarrollándose las branquias, pero a expensas del órgano del oído y de otros cambios anatómicos, pero entonces Ictiandro se habría convertido en un monstruo con una cabeza subdesarrollada de semipez-semihombre, o habría triunfado el desarrollo normal del hombre, pero a costa de que desaparecieran las branquias. Sin embargo, Ictiandro es un joven normalmente desarrollado, con buen oído, con el maxilar inferior desarrollado y pulmones normales, pero, además posee branquias también normalmente desarrolladas. Cómo funcionan las branquias y los pulmones, en qué relación se encuentran entre sí si pasa el agua vía boca-pulmones-branquias, o penetra a las branquias por un pequeño orificio que hemos detectado en el cuerpo de Ictiandro más arriba del branquial redondo, no lo sabemos. Sólo la autopsia podría dar respuesta a esas preguntas. Esto, insisto, es un enigma, cuya revelación le corresponde exclusivamente al profesor Salvador. El profesor Salvador deberá explicarnos cómo han aparecido mastines parecidos a jaguares, animales raros, insólitos, monos anfibios.

-¿Cuáles son sus conclusiones generales? -preguntó el presidente al experto.

El profesor Shein, que gozaba de gran fama como científico y como cirujano, respondió con franqueza:

-Debo ser franco y confesar: en este asunto no entiendo nada. Únicamente puedo hacer constar que lo hecho por el profesor Salvador sólo está al alcance de un genio. Salvador, por lo visto, ha decidido que en el arte de la cirugía ha alcanzado tales cimas que ya puede desarmar, armar y adaptar el cuerpo de los animales y del hombre a su antojo. Y aunque en la práctica lo ha conseguido brillantemente, no obstante, su audacia, atrevimiento y derroche de ideas lindan con... con la demencia.

Salvador esbozó una despectiva sonrisa.

El no sabía que los expertos habían decidido ayudarle, planteando la cuestión de su desequilibrio mental para poder cambiarle el régimen carcelario por el del hospital.

-Yo no afirmo que está afectado de vesania -prosiguió el experto al advertir la sonrisa de Salvador-, pero, en todo caso, y ésta es nuestra opinión, el acusado debe ser internado en un sanatorio psiquiátrico y sometido a un largo examen por parte de especialistas.

-El tribunal no había planteado ni examinado esta nueva cuestión, me refiero

al desequilibrio mental. Esta nueva circunstancia será tomada en consideración -manifestó el presidente-. Profesor Salvador, ¿desea usted dar explicaciones sobre algunas cuestiones planteadas por los expertos y el fiscal?

-Sí -respondió Salvador-. Yo daré explicaciones. Pero que sean consideradas como mi última palabra.

LA ULTIMA PALABRA DEL IMPUTADO

Salvador se puso de pie con toda serenidad y recorrió la sala con la vista, cual si buscara a alguien.

Entre el público advirtió la presencia de Baltasar, de Cristo y de Zurita. En la primera fila estaba el obispo. En él fijó más tiempo la vista. Al rostro de Salvador afloro una casi imperceptible sonrisa. Seguidamente el doctor volvió a otear el auditorio.

-No veo aquí a la víctima, al agraviado -dijo, al fin, Salvador.

-¡Yo soy la víctima! -exclamó súbitamente Baltasar, queriendo salir del sitio donde estaba. Su hermano Cristo le tiró de la manga y le obligó a sentarse.

-¿A qué agraviado se refiere? -inquirió el presidente-. Si tiene en cuenta los animales mutilados por usted, el tribunal ha considerado innecesario exhibirlos aquí. Pero Ictiandro, el hombre anfibio, se encuentra en la sede del juzgado.

-Me refiero a Dios -repuso tranquila y seriamente Salvador.

Al oír tal respuesta, el presidente se reclinó perplejo sobre el respaldo del sillón: "¿Será posible que Salvador se haya vuelto loco? ¿O habrá decidido simular demencia para eludir la cárcel?"

-¿Podría explicarse? -indagó el presidente.

-Estimo que para el tribunal está suficientemente claro -respondió Salvador-. ¿Quién es en este proceso la principal y única víctima? Eso es obvio, sólo Dios. El tribunal considera que yo, al irrumpir con mis acciones en su ámbito, daño su prestigio y autoridad. El estaba satisfecho de sus creaciones y, de pronto, aparece un doctor cualquiera y dice: "Esto está mal hecho. Hay que rehacerlo". Y comienza a rehacer las creaciones divinas a su manera...

-¡Eso es un sacrilegio! Exijo que las palabras del procesado sean registradas en el acta -dijo el fiscal, con aire de persona a quien le agraviaron lo más sagrado.

Salvador se encogió de hombros:

-No he hecho más que citar en síntesis el acta acusatoria. ¿Acaso no se reduce a eso la acusación? He leído mi expediente. Al principio sólo se me acusaba de que, al parecer, me dedicaba a la vivisección y a mutilar animales y personas. Ahora se me imputa otra acusación más: el sacrilegio. ¿De dónde habrá soplado ese viento? ¿No habrá sido de la catedral?

Y el profesor Salvador le clavó la mirada al obispo.

-Ustedes mismos han montado un proceso en el que subrepticiamente están presentes: por el lado de la acusación, Dios, en calidad de víctima; en el banquillo de los acusados, junto conmigo, Charles Darwin, en calidad de acusado. Seguramente disguste a algunos de los presentes lo que voy a decir, pero insisto en que el organismo de los animales, e incluso el humano, no son perfectos y requieren correcciones. Espero que el superior de la catedral, obispo Juan de Garcilaso presente aquí, confirme esto.

En el público cundió el asombro.

-En el año quince, poco antes de que yo partiera para la guerra -prosiguió Salvador-, tuve que hacer una pequeña corrección al organismo del respetable obispo: le he tenido que privar del apéndice del ciego. Cuando yacía en el

quirófano, no recuerdo haberle oído protestar contra esa desfiguración de la imagen y la semejanza de Dios que yo efectuaba con el bisturí, al cercenarle parte del cuerpo del obispo. ¿Acaso esto no es cierto? -preguntó Salvador, mirándole al obispo de hito en hito.

Juan de Garcilaso permanecía, aparentemente, inconmovible. Sólo sus pálidas mejillas se sonrosaron ligeramente y los finos dedos acusaban un temblor apenas perceptible.

-¿Y, a propósito no habrá habido ningún otro caso por aquel entonces, cuando yo todavía ejercía y practicaba operaciones de rejuvenescencias? ¿No habrá recurrido a mí para que le rejuveneciera el respetable fiscal, señor Augusto de...

Al oír esto el fiscal quiso protestar, pero las risas del público impidieron oír sus palabras.

-No haga digresiones, le ruego -profirió con severidad el presidente.

-Esta petición habría sido más oportuna si estuviera dirigida al tribunal -respondió Salvador-. No he sido yo quien planteó así el asunto. Acaso no hubo quien se asustó al enterarse de que todos los presentes éramos monos o peces de ayer, que obtuvimos la posibilidad de hablar y oír gracias a la transformación de las branquias en órganos del habla y del oído. Bueno, si no monos ni peces, por lo menos, sus descendientes -y dirigiéndose al fiscal, quien revelaba síntomas de impaciencia, Salvador dijo-: ¡Tranquilícese! No es mi intención desarrollar una controversia ni impartir una conferencia sobre la teoría de la evolución. -Y, tras una pausa, el doctor dijo-: La desgracia no estriba en que el hombre proceda de un animal, sino en que no haya dejado de serlo... Es rudo, maléfico, insensato. Pero, en vano mi colega les ha asustado. Podía no haberse referido al desarrollo del embrión. Yo no he recurrido a influir en el germen, ni al cruce de animales. Soy cirujano. Mi único instrumento es el bisturí. Y como cirujano que soy, he tenido ocasión de ayudar a hombres, de curarlos. Al operar enfermos, he tenido que trasplantar con frecuencia tejidos, órganos, glándulas. Para perfeccionar este método, comencé a experimentar, a trasplantar tejidos en animales. A los animales operados los mantenía largo tiempo en el laboratorio, procurando aclarar, estudiar lo que sucedía con los órganos trasplantados, a veces incluso a lugares insólitos. Cuando concluían mis observaciones, el animal pasaba al jardín. Así iba creando un jardín-museo. Me entusiasmó particularmente el problema relacionado con el intercambio y trasplante de tejidos entre especies muy distintas. Por ejemplo, entre peces y mamíferos y viceversa. Y en esto he logrado lo que los científicos consideran inconcebible. ¿Qué puede haber de excepcional? Lo que yo hago hoy, mañana lo hará cualquier cirujano. El profesor Shein debe conocer las últimas operaciones realizadas por el cirujano alemán Zauerbruch. El ha conseguido cambiar una cadera enferma por la parte inferior de la pierna.

-¿Pero Ictiandro? -preguntó el experto.

-Efectivamente, Ictiandro es motivo de orgullo para mí. En la operación de Ictiandro las dificultades no eran solamente de carácter técnico. He tenido que cambiar todo el funcionamiento del organismo humano. En los experimentos preliminares murieron seis monos antes de que consiguiera el objetivo y pudiera operar al niño sin riesgo para su vida.

-¿En qué consistió esa operación? -se interesó el presidente.

-Le trasplanté las branquias de un tiburón joven, lo que le permitió al niño vivir en tierra y bajo el agua.

Entre el público se oyeron exclamaciones de asombro. Los corresponsales que cubrían el proceso, salieron corriendo hacia los teléfonos, apurándose a

comunicar la nueva a sus respectivas redacciones.

-Posteriormente logré un éxito mayor aún. Mi último trabajo es el mono anfibio que ustedes han visto. Este puede vivir, sin riesgo para la salud, un tiempo indeterminado tanto en tierra, como bajo el agua. Ictiandro puede vivir sin agua no más de tres o cuatro días. La larga permanencia sin agua en tierra, para él es nociva: los pulmones se fatigan, las branquias se secan, y él comienza a sentir dolores punzantes en los costados. Lamentablemente, durante mi ausencia, Ictiandro incumplió el régimen que yo le había prescrito. Permaneció demasiado tiempo al aire, fatigó sus pulmones, y ahora se le está desarrollando una grave enfermedad. El equilibrio en su organismo se ha visto alterado y, a partir de ahora, deberá permanecer la mayor parte del tiempo en el agua. De hombre anfibio se convierte en hombre pez...

-Permítame formularle una pregunta al procesado -se dirigió el fiscal al presidente-. ¿Cómo se le ha ocurrido a Salvador crear un hombre anfibio y qué fines perseguía?

-La idea es la misma: el hombre no es perfecto. Habiendo obtenido durante el proceso evolutivo considerables ventajas en comparación con sus antecesores animales, al mismo tiempo, el hombre perdió mucho de lo que tenía en las fases inferiores de su desarrollo animal. Por ejemplo, la vida en el agua le proporcionaría al hombre enormes ventajas. ¿Por qué no devolverle esas posibilidades? El desarrollo histórico de la fauna nos enseña que todos los animales terrestres y las aves proceden de los acuáticos, salieron de los océanos. También sabemos que algunos animales terrestres retornaron al agua. El delfín, digamos, fue pez, salió a la tierra y se convirtió en mamífero; luego volvió al agua, aunque, como la ballena, siguió siendo mamífero. Tanto la ballena, como el delfín respiran con pulmones. Al delfín se le podría ayudar a convertirse en anfibio con dos sistemas de respiración. Ictiandro me lo había pedido deseoso de que su amigo, el delfín Leading, pudiera quedarse con él largo tiempo bajo el agua. Yo tenía programado hacerle al delfín esa operación. Porque el primer pez entre los hombres y el primer hombre entre los peces, Ictiandro no podía dejar de sufrir su soledad. Pero si le siguieran otros hombres al océano, la vida cambiaría por completo. Los hombres vencerían fácilmente al poderoso elemento, como es el agua. Todo el mundo conoce el poderío de ese elemento. Ustedes saben, claro, que la superficie del océano constituye trescientos sesenta y un millón cincuenta mil kilómetros cuadrados, y cubre más de siete décimas partes de la superficie terrestre. Pero ese desierto, con sus incalculables reservas de alimentos y materias primas industriales podría dar alojamiento a millones, a miles de millones de personas. Se ha mencionado solamente la gigantesca superficie, pero los hombres podrían instalarse a distintas profundidades, en varios pisos submarinos.

»¡Y su enorme potencia! ¿Saben ustedes que las olas del océano absorben energía solar equivalente en potencia a setenta y nueve mil millones de caballos de vapor? Si no fuera por el calor que entrega al aire y demás pérdidas, el océano ya herviría hace mucho. Las reservas de energía son prácticamente incalculables. ¿Cómo las utiliza la humanidad? Podría decirse que casi no se utiliza.

»¡Y la energía de las corrientes marinas! Sólo el Gulf Stream junto con la corriente de Florida mueven noventa y un mil millones de toneladas de agua cada hora, unas tres mil veces más de lo que lleva un gran río. Y esta es solamente una de las corrientes marinas. ¿Cómo se utilizan por la humanidad? Casi no se utilizan.

»¡Y la energía de las olas y de los flujos y reflujos! Ustedes saben que la fuerza

del embate de las olas suele alcanzar hasta treinta y ocho mil kilogramos. Es decir, treinta y ocho toneladas por metro cuadrado de superficie; las olas suelen alcanzar hasta cuarenta y tres metros de altura y elevar hasta un millón de kilogramos de roca demolida, digamos; y los flujos alcanzan más de dieciséis metros de altura. ¿Cómo utiliza la humanidad esas fuerzas? Casi no se utilizan.

»En la tierra firme los seres vivientes no pueden elevarse a gran altura sobre la superficie, ni penetrar profundamente en ella. En el océano hay vida por todas partes; desde el ecuador hasta los polos y desde la superficie hasta profundidades de casi diez kilómetros. ¿Cómo utilizamos las infinitas riquezas de los océanos? Pescamos -yo diría efectuamos la captura en una fina capa superficial del océano-, dejando sin explotar las profundidades. Recogemos esponjas, corales, perlas, algas, y nada más.

»Realizamos bajo el agua ciertas obras: instalamos soportes de puentes y presas, ponemos a flote barcos hundidos, y nada más. Pero hasta eso se realiza con enormes dificultades y gran riesgo, frecuentemente hasta con víctimas. ¡Qué podía hacer el hombre terrestre, si a los dos minutos de permanecer bajo el agua ya muere! ¿Qué obras podría realizar? Algo muy distinto sería si el hombre, sin escafandra y sin balones de oxígeno, pudiera vivir y trabajar bajo el agua.

»¡Cuántos tesoros descubriría! Ictiandro solía decirme... No, temo despertar el demonio de la avidez humana. Ictiandro me solía traer del fondo marino muestras de raros metales y rocas. No se preocupen, él me traía solamente pequeñas muestras, pero los yacimientos en el océano pueden ser enormes.

»¿Y los tesoros hundidos? Recuerden el trasatlántico "Lusitania", echado a pique por los alemanes la primavera de 1916 junto a las costas irlandesas. Además de las joyas que llevaban los mil quinientos pasajeros perecidos, el "Lusitania" transportaba ciento cincuenta millones de dólares en monedas de oro y cincuenta millones de dólares en lingotes de oro. (En la sala se oyeron exclamaciones.) Además, el "Lusitania" portaba dos cofrecitos llenos de diamantes con destino a Amsterdam. Entre esos diamantes había uno de los mejores del mundo, el "Califa", que valía muchos millones. Claro que ni un hombre como Ictiandro podría sumergirse a tal profundidad, para eso habría que crear un hombre (exclamaciones de descontento e indignación) que pudiera soportar altas presiones, como los peces bentónicos. Esto tampoco lo considero absolutamente imposible. Pero vayamos poquito a poco.

-¿Usted parece adjudicarse cualidades de divinidad omnipotente? -señaló el fiscal.

Salvador pretirió esa objeción y continuó:

-Si el hombre pudiera vivir en el agua, la explotación de las profundidades oceánicas marcharía a pasos agigantados. El mar dejaría de ser para nosotros un elemento amenazador, que cobra constantemente víctimas humanas. Y no tendríamos que volver a llorar más náufragos.

Los presentes en la sala ya veían el mundo submarino conquistado por el hombre. ¡Cuánto provecho traería la conquista del océano! Hasta el presidente, sin poder contenerse, preguntó:

-¿Por qué no ha publicado usted los resultados de sus experimentos?

-No me atraía el banquillo de los acusados -respondió Salvador sonriente-, y, además, temía que mi invento, en las condiciones de nuestro régimen social, produjera más daño que provecho. En torno a Ictiandro ya ha estallado una encarnizada lucha. ¿Quién me ha denunciado, guiado por el sentimiento de venganza? Ese Zurita, quien me secuestró a Ictiandro. Y a Zurita se lo quitarían los generales y almirantes para obligar al hombre anfibio a hundir barcos. No, yo

no podía permitir que Ictiandro y los "Ictiandros" fueran patrimonio común en un país donde la lucha y la codicia convierten los más sublimes descubrimientos en mal, aumentando los sufrimientos humanos. Yo pensaba en...

Salvador se cortó y, cambiando bruscamente de tono, prosiguió:

-No voy a referirme a esto. No vaya a ser que me consideren demente -y Salvador dirigió una jovial sonrisa al experto-. No, renuncio al honor de ser vesánico, aunque genial. No estoy loco, ni soy un maniaco. ¿Acaso no conseguí los fines que me proponía? Ustedes han visto todos mis trabajos. Si consideran mi modo de obrar delictivo, descarguen sobre mí el rigor de la ley. No suplico clemencia.

EN LA CÁRCEL

Los expertos que examinaban a Ictiandro debían prestar atención no sólo a las propiedades físicas del joven, sino también a sus facultades mentales.

-¿En qué año estamos? ¿En qué mes? ¿En qué día? ¿Qué día de la semana es hoy? -preguntaban los expertos.

La respuesta de Ictiandro era:

-No sé.

No hallaba respuesta a las preguntas más sencillas y corrientes. Pero no podía considerársele anormal. El desconocía muchas cosas debido a las originales condiciones de su existencia y educación. Era un niño grande. Y los expertos llegaron a la conclusión: "Ictiandro está incapacitado". Esto le liberaba de la responsabilidad judicial. El tribunal dictó la extinción del proceso contra Ictiandro y decidió constituir su tutela. Manifestaron el deseo de ser tutores de Ictiandro dos personas: Zurita y Baltasar.

Salvador tenía toda la razón cuando afirmó que Zurita lo había denunciado por venganza. Pero Zurita no sólo se vengaba de Salvador por haberle quitado a Ictiandro. El patrón del "Medusa" perseguía otro fin más: quería volver a obtener a Ictiandro procurando ser su tutor. Zurita no escatimó una decena de valiosas perlas y sobornó a los integrantes del tribunal y del consejo de tutela. Ahora Zurita estaba ya muy cerca del objetivo codiciado.

Alegando a su paternidad, Baltasar exigía que le concedieran los derechos de tutor. Pero, pese a los esfuerzos de Larra, los expertos manifestaron que ellos no podían establecer la identidad de Ictiandro con el hijo de Baltasar nacido hace veinte años, basándose solamente en los testimonios de un solo testigo. Cristo; además, siendo éste hermano de Baltasar, lo que no infundía a los expertos plena confianza.

Larra no podía saber que en el asunto se habían inmiscuido el fiscal y el obispo. El tribunal necesitaba a Baltasar durante el proceso como víctima y como padre a quien le quitaron y mutilaron el hijo. Pero el tribunal y la iglesia no se proponían reconocer la paternidad de Baltasar y entregarle a Ictiandro: era menester hacer desaparecer a Ictiandro.

A Cristo, que vivía ahora en la casa de su hermano, le preocupaba la salud de éste, pues se pasaba las horas ensimismado, sin dormir ni comer, o, inopinadamente, le entraban arrebatos de rabia, durante los que corría por la tienda de un lado para otro gritando: "¡Hijo mío, hijo mío!" En esos momentos maldecía a los españoles, profiriendo blasfemias e improperios en todas las lenguas.

En cierta ocasión, tras uno de esos accesos, Baltasar manifestó:

-Mira, hermano, me voy a la cárcel. Regalaré a los guardianes mis mejores

perlas para que me permitan vera Ictiandro. Hablaré personalmente con él. El hijo legítimo debe reconocer a su padre. De alguna manera tiene que revelarse mi sangre.

Cristo trató de disuadir al hermano, pero era inútil. Baltasar se mantenía en sus trece.

El indio fue a la penitenciaría. Suplicando a los guardianes -lloraba, se postraba a sus pies, imploraba-, dejó un reguero de perlas desde la entrada, hasta el calabozo de Ictiandro.

En esta reducida celda, escasamente iluminada por una angosta ventana enrejada, el ambiente era pesado y pestilente; los guardianes cambiaban rara vez el agua en el tanque y no se preocupaban de recoger los restos del pescado con que alimentaban al insólito cautivo.

Al pie del muro situado frente a la ventana había un tanque de hierro...

Baltasar se acercó y miró la oscura superficie del agua que cubría a Ictiandro.

-¡Ictiandro! -le llamó muy quedo-. Ictiandro... -insistió.

En la superficie del agua se produjo un ligero escarceo, pero el joven no se asomó.

Tras esperar un instante, Baltasar alargó la temblorosa mano y la hundió en la tibia agua. La mano tropezó con un hombro.

Ictiandro sacó la cabeza, se incorporó hasta aparecer los hombros sobre la superficie y preguntó:

-¿Quién es? ¿Qué quiere?

Baltasar se hincó de rodillas y, con las manos tendidas, habló presuroso:

-Ictiandro, tu padre, tu legítimo padre ha venido a verte. Salvador no es tu padre. Salvador es un mal hombre. El fue quien te mutiló... ¡Ictiandro! ¡Ictiandro! Pero mírame como es debido. ¿Será posible que no reconozcas a tu padre?

El agua se escurría lentamente por los espesos cabellos del joven a su pálido rostro y goteaba del mentón. Triste y algo asombrado, miraba a aquel viejo indígena.

-Yo no le conozco -repuso el joven.

-Ictiandro -gritó Baltasar-, pero mírame bien. -Y el viejo indio agarró, súbitamente, la cabeza del joven, la atrajo hacia sí y comenzó a cubrirla de besos, llorando a lágrima viva.

Ictiandro, tratando de eludir tan inesperada caricia, agitó de tal forma el agua que se derramaba en el piso de baldosa.

Una robusta mano agarró a Baltasar por el cuello, lo levantó en vilo y lo tiró a un rincón. Baltasar cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra la pared.

Al abrir los ojos Baltasar vio a Zurita con el puño derecho crispado y blandiendo triunfante un papel en la mano izquierda.

-¿Ves esto? Es la disposición que me designa tutor de Ictiandro. Vas a tener que buscarte un hijo rico en otro lugar, porque a este me lo llevo yo mañana por la mañana. ¿Entendido?

Todavía en el suelo, Baltasar emitió una especie de rugido sordo y amenazador. Y acto seguido, se puso en pie de un salto, se arrojó sobre su enemigo y lo derribó.

El indio logró arrebatarle a Zurita el documento, lo metió en la boca y siguió golpeando al español.

Era una pelea a ultranza.

El carcelero, que se encontraba a la puerta con las llaves en la mano, estimó necesario mantenerse neutral, pues había sido sobornado por ambos. El guardián sólo se inquietó cuando vio que Zurita estaba a punto de torcerle el

pescuezo al viejo:

-¡Me lo va a estrangular!

Pero Zurita tan enfurecido estaba que no prestó la mínima atención a las advertencias del carcelero, y Baltasar lo habría pasado muy mal de no aparecer en la celda un nuevo personaje.

-¡Magnífico! ¡El señor tutor en pleno entrenamiento para ejercer sus derechos! -se oyó la voz de Salvador-. ¿Y usted qué hace? ¿Se le han olvidado sus obligaciones? -le alzó la voz al carcelero, cual si fuera el director de la penitenciaría.

El exabrupto de Salvador surtió efecto. El carcelero fue presto a separar a los peleantes.

Al ruido acudieron otros guardianes y, entre todos, separaron a Baltasar y a Zurita.

Zurita podía considerarse vencedor en la pelea. Pero Salvador hasta vencido era más fuerte que sus adversarios. Incluso aquí, en esta celda, en calidad de recluso, Salvador seguía dirigiendo los sucesos y a los hombres.

-Llévense de la celda a estos camorristas -ordenó Salvador a los carceleros-. Necesito quedarme a solas con Ictiandro.

Y los guardianes obedecieron. Pese a las protestas y a las injurias de Zurita y Baltasar, se los llevaron. La puerta de la celda se cerró.

Cuando se dejaron de oír en el pasillo las voces que se alejaban, Salvador se acercó al tanque y le dijo a Ictiandro que había emergido:

-Levántate, Ictiandro. Ven aquí, al medio de la celda. Necesito auscultarte.

El joven obedeció.

-Así -prosiguió Salvador-, que te dé la luz. Respira. Más profundo. Más. Corta la respiración. Bien...

Salvador examinó detenidamente el tórax de Ictiandro y escuchó la intermitente respiración del joven.

-¿Te sofocas?

-Sí, padre -respondió Ictiandro.

-Es producto de tu desobediencia -le repuso Salvador-, no debías haber estado tanto tiempo al aire.

Ictiandro agachó la cabeza pensativo. Luego, como impulsado por un resorte interno, alzó la vista, miró fijamente a los ojos de Salvador, e inquirió:

-Padre, ¿pero por qué no he de hacerlo, padre? ¿Por qué todos pueden y yo no?

Para Salvador resistir aquella mirada, llena de tácito reproche, era más difícil que comparecer ante el tribunal. Pero Salvador la resistió.

-Porque tú puedes lo que nadie en el mundo, lo que ninguna persona puede hacer: vivir bajo el agua... Ictiandro, dime, si se te concediera la posibilidad de optar entre ser como todos y vivir solamente en la tierra, o vivir sólo bajo el agua, ¿qué preferirías?

-No sé... -respondió el joven reflexionando.

A él le eran igual de entrañables el mundo submarino y la tierra, Lucía. Pero a Lucía la había perdido para siempre...

-Ahora preferiría el océano -dijo el joven.

-Esa opción la has hecho mucho antes, Ictiandro, cuando con tu desobediencia alteraste el equilibrio de tu propio organismo. Ahora sólo podrás vivir bajo el agua.

-Pero no en ésta, padre, tan horrible y sucia. Ahora me atraen enormemente los espacios oceánicos.

Salvador reprimió un suspiro.

-Ictiandro, te aseguro que haré cuanto sea posible para liberarte de esta cárcel. ¡Animo! -Y, con una alentadora palmada en el hombro, Salvador dejó a Ictiandro y se fue a su celda.

Sentado en un taburete junto a una angosta mesa, Salvador se sumió en sus meditaciones.

Como todo cirujano había conocido los fracasos. No fueron pocas las vidas que se extinguieron bajo su bisturí, a causa de sus propios errores, antes de que alcanzara la habilidad y la perfección actuales. Sin embargo, no sentía remordimiento por aquellas víctimas. Perecieron decenas, salvados fueron millares. Estos cálculos aritméticos le dejaban satisfecho.

Pero Ictiandro era algo muy distinto. El se consideraba responsable por la suerte del joven. Ictiandro era su orgullo. Quería al joven como su obra maestra. Se había encariñado con él y lo quería como a un hijo. Y ahora la enfermedad de Ictiandro y la suerte que pudiera correr en lo sucesivo inquietaban y preocupaban a Salvador.

Alguien llamó a la puerta de la celda.

-¡Adelante! -exclamó Salvador.

-¿No le molestaré, señor profesor? -preguntó muy bajito el celador de la cárcel.

-En absoluto -respondió Salvador levantándose-. ¿Cómo están su esposa y el niño?

-Bien, muchas gracias. Los he enviado a casa de la suegra, muy lejos de aquí, a los Andes...

-Sí, el aire de montaña les favorecerá -asintió Salvador.

Pero el celador no se iba. Mirando con recelo hacia la puerta, se acercó al profesor y le dijo confidencialmente:

-Profesor, yo le debo la vida por haber salvado a mi esposa, a la que quiero como...

-No tiene por qué agradecerme nada, es mi deber.

-No puedo quedar en deuda con usted -dijo el celador-. Y no sólo eso. Soy un hombre con escasa instrucción, pero leo la prensa y sé lo que significa el profesor Salvador. No se puede consentir que a un hombre como usted lo tengan en la cárcel junto con maleantes y bandoleros.

-Mis amigos científicos -dijo sonriendo Salvador- creo que han conseguido internarme en un sanatorio como loco.

-El sanatorio de la cárcel es lo mismo -le objetó el celador-, incluso peor: en vez de bandoleros le rodearán locos. ¡Don Salvador entre locos! ¡No, no, eso no puede ser!

Y bajando la voz hasta el susurro, el celador prosiguió:

-Lo he pensado todo. No en vano envié a la familia a la cordillera. Le organizaré la fuga a usted y desapareceré. La necesidad me obligó a realizar este trabajo, pero lo odio. A mí no me encontrarán, y usted... usted se irá de este maldito país, en el que mandan curas y mercaderes. Quería decirle otra cosa -continuó tras cierta vacilación-. Le voy a revelar un secreto de mi servicio, un secreto de Estado...

-Puede no revelármelo -le interrumpió Salvador.

-Sí, pero... es que yo mismo no podré... no podré cumplir la horrible orden que he recibido. Sería un remordimiento de conciencia para toda mi vida. Y si se lo revelo tendré la conciencia tranquila. Usted ha hecho tanto por mí, y ellos... Lo primero que a mis jefes no les debo nada, y, segundo, que me inducen al crimen.

-¡No me diga! -inquirió Salvador asombrado.

-Sí, me he enterado de que a Ictiandro no se lo entregarán ni a Baltasar, ni al

tutor Zurita, aunque este último ya tiene el documento en el bolsillo. Pero incluso Zurita, pese a sus generosas dádivas, no lo recibirá porque... decidieron que Ictiandro debía ser muerto.

Salvador hizo un ligero movimiento.

-¿Ah, sí? ¡Continúe...!

-Sí, decidieron matar a Ictiandro; el que más insistía en ello era el obispo, aunque no pronunció una sola vez la palabra "matar". Me dieron un veneno, creo que es cianuro potásico. Esta noche debo echarle el veneno al agua del tanque. El médico de la cárcel está sobornado. El establecerá que Ictiandro murió a causa de la operación que usted le practicó y lo convirtió en anfibio. Si no cumplo la orden conmigo se portarán de la forma más cruel. Y yo tengo familia... Después me matarán a mí y nadie se enterará de lo sucedido. Yo estoy en sus manos por completo. Tengo en mi pasado un pequeño delito... casi casual... Por eso he decidido huir de todos modos, ya lo tengo todo listo para la fuga. Pero yo no puedo, no quiero matar a Ictiandro. Y salvarles a los dos -a usted y a Ictiandro- resulta difícil en tan poco tiempo, casi imposible. Pero a usted puedo salvarlo. Lo tengo todo rumiado. Lo siento mucho por Ictiandro, pero la vida de usted es más necesaria. Usted, con su arte, puede crear otro Ictiandro, pero nadie en el mundo podrá crear otro Salvador.

Salvador se acercó al carcelero, le estrechó la mano y dijo:

-Se lo agradezco, pero para mí no puedo admitir ese sacrificio. A usted podrán capturarlo y, entonces, ya no habrá quien lo salve del proceso.

-¡Ningún sacrificio! Todo está bien calculado.

-Espérese. Para mí, personalmente, no puedo admitir ese sacrificio. Pero si usted salvara a Ictiandro haría más que si me salvara a mí mismo. Yo estoy sano y fuerte, siempre encontraré amigos que me ayuden a salir de este presidio. Pero a Ictiandro hay que liberarlo inmediatamente.

-Su deseo es para mí una orden -dijo el celador.

Cuando salió, Salvador esbozó una sonrisa y murmuró:

-Eso es mejor. Que a nadie le toque la manzana de la discordia.

Salvador se paseó por la celda y susurró: "¡Pobre chico!" Se acercó a la mesa, escribió algo en un papel, luego se fue hacia la puerta y la golpeó.

-Necesito ver al celador de la cárcel.

Cuando se presentó el requerido, Salvador le dijo:

-Quisiera pedirle otro favor. No podría organizarme una cita con Ictiandro, la última.

-No hay nada más sencillo. Todos los jefes se han ido, tenemos la cárcel a nuestra disposición.

-Magnífico. Sí, algo más quisiera pedirle.

-Mande, doctor.

-Con la liberación de Ictiandro usted me hace un favor enorme.

-Pero el que usted me ha hecho a mí, profesor...

-Bien, consideremos que estamos en paz -le interrumpió Salvador-. Pero yo puedo y quiero ayudar a la familia de usted. Aquí tiene esta nota. Sólo lleva una dirección y una letra: la "S", de Salvador. Diríjase a esa dirección. Es persona de confianza. Podría ocultarse allí temporalmente, y si necesitara dinero...

-Pero...

-Nada de peros. Lléveme pronto a ver a Ictiandro.

Ictiandro se extrañó al ver entrar a Salvador en la celda. Nunca había visto a su padre tan triste y cariñoso.

-Ictiandro, hijo mío -pronunció Salvador-. Tendremos que separamos antes de

lo que yo me suponía, y, posiblemente, para largo. Tu suerte me traía preocupado. Sobre ti se ciernen millares de peligros... Si te quedaras aquí podrías perecer, o, en el mejor de los casos, ser cautivo de Zurita o de cualquier otro malvado por el estilo.

-¿Padre, y tú?

-El tribunal me condenará a dos, o más, años de prisión. Mientras yo permanezca recluido tú debes estar en un lugar seguro, lo más lejos posible. Ese lugar existe, pero dista mucho de aquí. Está al occidente de América del Sur, en el océano Pacífico Austral, y es una isla que forma parte del archipiélago Tuamotú. No te va a ser fácil llegar, pero todos los peligros que puedas encontrar en el camino no tendrán ni punto de comparación con los que te esperan aquí, en casa, en el golfo de La Plata. Te va a ser más fácil llegar y localizar esas islas que eludir aquí redes y trampas del pérfido enemigo.

»¿Qué derrotero trazarte? Para alcanzar ese lugar deberás rodear el subcontinente por el Norte o por el Sur. Ambas vías tienen sus ventajas y sus inconvenientes. El rumbo norte es algo más largo. Además, esta opción te haría pasar del Atlántico al Pacífico por el canal de Panamá, lo que no deja de entrañar cierto riesgo: te podrían capturar, sobre todo en las esclusas; o, al mínimo descuido, te podría aplastar un barco. El canal no es muy ancho ni muy profundo: en su parte más ancha tiene noventa y un metros y su profundidad es de doce metros y medio. Los transatlánticos de gran calado pueden tocar fondo con la quilla.

»Sin embargo, tendrás la ventaja de que toda la ruta pasa por aguas tibias. Además, del canal de Panamá arrancan hacia occidente tres importantes vías marítimas: dos, hacia Nueva Zelanda, y una, hacia las islas Fiji y más allá. Eligiendo la vía del medio y siguiendo a los barcos -incluso, de ser posible, enganchándote a alguno-, llegarías casi al lugar de destino. Por lo menos, las dos vías que van hacia Nueva Zelanda tocan la zona del archipiélago Tuamotú. Y sólo tendrías que desplazarte un poquito más al Norte.

»La vía que pasa por el extremo Sur es más corta, pero tendrás que nadar en aguas frías, próximas a la frontera de los hielos flotantes; sobre todo si doblas por el cabo de Hornos en la Tierra del Fuego, extremo sur de la América meridional. El estrecho de Magallanes es excepcionalmente impetuoso. Para ti no es, naturalmente, tan peligroso como para los vapores, pero no deja de serlo. Para los veleros era un verdadero cementerio. Por la parte oriental es ancho, y por la occidental, estrecho. Además, está sembrado de arrecifes e islotes. Fuertes vientos occidentales impulsan el agua hacia oriente, es decir, contra la dirección que tú llevarás. Esas vorágines son peligrosas hasta para ti sumergido.

»Por eso te recomiendo que dobles el cabo de Hornos, aunque se alargue la ruta, y no vayas por el estrecho de Magallanes. El agua del océano va enfriando paulatinamente, por eso espero que tú también irás habituándote gradualmente y seguirás sano. Las reservas de víveres y de agua no pueden ser para ti objeto de preocupación. Los alimentos los tendrás siempre a mano y, en lo que al agua se refiere, estás acostumbrado desde la infancia a tomar agua de mar sin daño alguno para la salud.

»Desde el cabo de Hornos te va a ser más difícil que desde el canal de Panamá hallar el rumbo hacia Tuamotú, pues por esas latitudes no hay vías marítimas tan animadas. Te indicaré exactamente la longitud y la latitud; y tú te orientarás por los instrumentos que he encargado especialmente para ti. Me temo que esos instrumentos entorpezcan tus movimientos...

-Llevaré conmigo a Leading. El portará la carga. ¿Acaso podré separarme de mi

amigo? Me estará extrañando tanto...

-No sé quien será el más añorado -dijo con maliciosa sonrisa Salvador-. Bueno, que sea Leading. Perfecto. Hasta el archipiélago Tuamotú llegarás sin problemas. Después tendrás que localizar una solitaria isla de coral. El distintivo principal será un mástil en el que, a modo de veleta, habrá un pez. Es fácil de recordar, ¿verdad? Tal vez tardes en encontrar la isla un mes, dos, o tres. Eso ya no será tan importante: el agua allí es tibia y abundan las ostras.

Salvador le había enseñado a escuchar con paciencia, sin interrumpir, pero cuando el doctor llegó a ese lugar en sus explicaciones, el joven no pudo contenerse:

-¿Y con quién me encontraré en la solitaria isla de la veleta?

-Con amigos. Con fieles amigos, con el desvelo y el cariño de ellos -respondió Salvador-. Allí vive mi viejo amigo, el científico francés Armand Villebois, célebre oceanógrafo. Lo conocí e hicimos amistad cuando estuve en Europa hace muchos años. Armand Villebois es un hombre extraordinario, pero ahora no tengo tiempo para hablarte de él. Espero lo conozcas personalmente, así como la historia que lo llevó a tan solitaria isla del Pacífico. Pero él no ésta solo. Lo acompañan su esposa -una mujer muy simpática y bondadosa-, el hijo y la hija. Esta última nació en la isla y tendrá ya unos diecisiete años, el hijo cuenta veinticinco.

»Ellos te conocen por mis cartas y estoy seguro de que te acogerán como a un integrante más de la familia... -Salvador se cortó-. Claro, ahora vas a tener que pasar la mayor parte del tiempo en el agua. Pero para las entrevistas amistosas y las tertulias podrás salir a la orilla varias horas al día. Probablemente mejore tu salud y entonces, como antes, pasarás tanto tiempo al aire como en el agua.

»Armand Villebois será tu segundo padre. Y tú podrás ayudarle en su labor científica. Tus conocimientos sobre el océano y su población bastarían para una decena de profesores -Salvador volvió a sonreír-. Hasta donde llega la ingenuidad de los expertos, no se les ha ocurrido otra cosa en el proceso que formularte preguntas triviales -qué día es hoy, qué mes, qué fecha-, que tú no has podido responder simplemente por carecer de interés para ti. Si te hubieran preguntado sobre las corrientes submarinas, las temperaturas del agua y la salinidad de ésta en el golfo de La Plata y sus alrededores, con tus respuestas se habría podido escribir una monografía. Y conocerás muchísimo más -para transmitir esos conocimientos a los hombres- cuando quien oriente tus excursiones submarinas sea el experto y brillante científico Armand Villebois. Ambos -y estoy seguro de esto- crearán con mancomunados esfuerzos una obra en oceanografía de tal magnitud que marcará época en el desarrollo de esa ciencia y se hará mundialmente famosa. Y tu nombre irá junto al de Armand Villebois, te lo aseguro, él mismo insistirá en ello. Tú servirás a la ciencia y, por tanto, a toda la humanidad.

»Si te quedaras aquí te obligarían a servir a los sórdidos intereses de gente ignorante y egoísta. Te aseguro que en las limpias y transparentes aguas del atolón y en la familia de Armand Villebois hallarás el puerto del sosiego y serás feliz.

»Un consejo más. Tan pronto te encuentras en el océano -lo que podría suceder esta misma noche-, te vas sin pérdida de tiempo a casa y entras por el túnel submarino (en casa sólo está nuestro fiel Jim), recoges los instrumentos de navegación, el cuchillo y demás, buscas a Leading y partes antes de que el sol aparezca sobre el océano.

»¡Adiós, Ictiandro! ¡No, hasta la vista!

Por primera vez en la vida Salvador estrechó en un fuerte abrazo y besó a

Ictiandro. Luego con la sonrisa en los labios le dio al joven unas palmadas en el hombro y dijo:

-¡Un muchachote como tú superará cualquier adversidad! -y salió rápidamente de la celda.

LA EVASIÓN

Olsen acababa de regresar de la fábrica y se había sentado a comer. Pero, en ese preciso momento, llamaron a la puerta.

Molesto por la inoportuna llamada, Olsen gritó:

-¿Quién llama?

La puerta se abrió y entró Lucía.

-¿Lucía? ¿Será posible? ¿Cómo así? -exclamó Olsen asombrado y alegre.

-Hola, Olsen. Sigue, sigue comiendo -y recostada sobre el marco de la puerta, le anunció-: No puedo vivir más con mi marido y su madre. Zurita... se atrevió a darme una bofetada y me fui. Definitivamente, Olsen.

El joven se atragantó al oír la noticia.

-¡Me has sorprendido! -exclamó-. ¡Siéntate! Apenas te tienes de pie. Pero, ¿cómo es eso? Siempre decías: "Lo unido por Dios, no será separado por el hombre". ¿Dejemos eso? Perfecto. Me alegro. ¿Has vuelto a casa de tu padre?

-Mi padre no sabe nada. Además, Zurita me encontraría allí y me obligaría a regresar. Pero en casa de una amiga.

-Y... ¿y qué piensas hacer en adelante?

-Laborar en la fábrica. Olsen, precisamente he venido a pedirte ayuda en ese aspecto... El trabajo que sea, no importa.

Olsen meneó la cabeza preocupado:

-Tú sabes lo difícil que es eso ahora. Pero procuraré, no cabe duda. -Y, tras meditar, inquirió-: ¿Qué opinará de esto tu esposo?

-No quiero saber nada de él.

-Pero el marido querrá saber dónde está su esposa -exclamó Olsen esbozando una sonrisa-. No te olvides que estás en la Argentina. Zurita te buscará y entonces... Tú misma sabes que no te dejará tranquila. La ley y la opinión pública están de su parte.

Lucía quedó pensativa y, pasado un instante, dijo con firmeza:

-¡Bueno! En ese caso me marcharé para Canadá, para Alaska...

-¡A Groenlandia, al Polo Norte! -Y ya pasando a un tono más serio-: Rumiaremos esto debidamente. De todos modos, a tí no te favorecen estos "aires". Yo también hace mucho que quiero irme de aquí. ¿Qué he venido a buscar a esta América Latina? Es una lástima que no hayamos podido huir entonces. Zurita nos adelantó, te raptó y perdimos los pasajes y el dinero. Supongo que ahora tampoco podrás costearte el pasaje hasta Europa, lo mismo que yo. Si conseguimos -y hablo en plural porque no me separaré de ti hasta que no te deje en un lugar donde no corras peligro alguno-, si conseguimos llegar al vecino Paraguay o, mejor aún, al Brasil, a Zurita le va a ser más difícil encontrarte, y tendremos tiempo para prepararnos y dar el siguiente salto a Estados Unidos o a Europa... ¿Sabes que el doctor Salvador está preso junto con Ictiandro?

-¿Ictiandro? ¿Apareció? ¿Por qué está en la cárcel? ¿Podré verlo? -acosó a preguntas a Olsen.

-Sí, Ictiandro está preso, y puede volver a convertirse en esclavo de Zurita. Es un proceso absurdo y una acusación absurda contra Salvador y el joven Ictiandro.

-¡Es horrible! ¿Y no se le puede salvar?

-He tratado de hacerlo, pero sin éxito. Pero inesperadamente resultó ser nuestro aliado el celador de la cárcel. Esta noche liberaremos a Ictiandro. Acabo de recibir dos breves notas: una de Salvador y la otra del celador.

-¡Quiero ver a Ictiandro! -dijo Lucía-. ¿Puedo ir contigo?

Olsen reflexionó.

-Pienso que no -respondió-. Sería preferible evitarlo.

-Pero, ¿por qué?

-Porque Ictiandro está enfermo. Está enfermo como persona, y sano como pez...

-Explícate.

-Ictiandro no podrá volver a respirar aire. ¿Te imaginas qué sucederá si te ve? Para él será gravísimo, y, posiblemente, para ti. Ictiandro va a querer verte, y la vida al aire le perjudicará definitivamente.

Lucía agachó la cabeza.

-Sí, tal vez tengas razón... -susurró pensativa.

-Él y el resto de los humanos tienen por medio un obstáculo infranqueable: el océano, Ictiandro está condenado. A partir de ahora el agua será su único medio de vida.

-¿Pero cómo va a vivir allí? Solo en el inmenso océano: ¿un hombre entre peces y monstruos marinos?

-El fue dichoso en ese medio submarino hasta que...

Lucía se ruborizó.

-Ahora ya no será, naturalmente, tan feliz como antes...

-Basta, Olsen -articuló con profunda tristeza Lucía.

-El tiempo lo cura todo. Tal vez recupere el sosiego perdido, y vivirá entre peces y monstruos marinos. Y si no se lo come un tiburón antes de tiempo, vivirá hasta la vejez, hasta las canas... ¿Y la muerte? La muerte es igual en todas partes...

Se venía encima el crepúsculo y la habitación había quedado casi a oscuras.

-Ya es hora -dijo Olsen levantándose. Lucía lo imitó.

-¿Podré verlo desde lejos? -inquirió la joven.

-Sí, cómo no. Pero con la condición de que no descubras tu presencia.

-Te lo prometo.

Había oscurecido por completo cuando Olsen, disfrazado de aguatero, entró en el patio de la cárcel. El guardián le dio el alto:

-¿A dónde va?

-Llevo agua de mar para el "demonio" -repuso Olsen como le había dicho el celador.

Todos los guardianes sabían que en la penitenciaría había un insólito recluso -el "demonio marino"-, que se encontraba en un tanque lleno de agua de mar, pues la de río no la soportaba. El agua se la cambiaban de vez en cuando, transportándola en un gran tonel, montado en una carreta.

Olsen llegó al edificio de la cárcel, dobló la esquina, donde se encontraba la cocina y la entrada para los empleados. El celador ya lo había preparado todo. A los guardianes, que generalmente se encuentran en los pasillos y a la entrada, los había retirado valiéndose de diversos pretextos. Ictiandro, acompañado por el celador, salió sin problemas de la cárcel.

-¡Salta rápido al tonel! -dijo el celador.

Ictiandro no se hizo esperar.

-¡Arranca!

Olsen fustigó a la bestia, salió del patio de la cárcel y siguió lentamente por la calle.

A cierta distancia, una sombra de mujer seguía a la carreta.

Cuando Olsen salió del casco urbano era ya completamente de noche. El camino iba por la orilla del mar. El viento arreciaba. Las olas se estrellaban contra las rocas produciendo un ruido imponente.

Olsen miró alrededor. Se cercioró de que en el camino no había nadie. Pero vio en la lejanía los faros de un automóvil que se aproximaban veloces. "Dejémosle pasar".

Pitando y ofuscando con su luz, el vehículo pasó veloz hacia la ciudad y desapareció en la lejanía.

-¡Ya es hora! -Olsen se dio la vuelta y le hizo una seña a Lucía para que se escondiera. Después golpeó el tonel y gritó-: ¡Hemos llegado! ¡Puedes salir!

Del tonel apareció una cabeza.»

Ictiandro miró alrededor, salió rápido y saltó a tierra.

-¡Gracias, Olsen! -dijo el joven, estrechando con la mano mojada la del gigante.

La respiración de Ictiandro parecía la de un asmático durante la crisis.

-No hay de qué. ¡Adiós! Ándate con mucho cuidado. No te aproximes a la costa. Aléjate de la gente, no vayas a caer otra vez en la esclavitud.

Ni Olsen sabía las orientaciones que Ictiandro había recibido de Salvador.

-Sí, sí -dijo Ictiandro jadeante-. Me iré muy lejos, hacia las tranquilas islas coralinas adonde no llega ni un barco. ¡Gracias, Olsen! -Y el joven corrió hacia el mar.

Ya en la misma orilla se volvió de súbito y gritó:

-¡Olsen! ¡Olsen! Si algún día ve a Lucía transmítale mis saludos y dígale que siempre la recordaré...

El joven se zambulló y gritó:

-¡Adiós, Lucía! -y se sumergió.

-¡Adiós, Ictiandro...! -respondió muy quedo Lucía, quien se hallaba tras de una roca.

El viento arreciaba y había alcanzado tal fuerza que casi derribaba a los transeúntes. El mar bullía, estrellábanse las olas con estrépito contra las rocas.

Una mano apretó la de Lucía.

-¡Vámonos, Lucía! -se oyó la cariñosa voz de Olsen.

El la sacó al camino.

Lucía miró otra vez al mar y, apoyándose en el brazo de Olsen, se dirigió a la ciudad.

Salvador cumplió su condena, regresó a su finca y volvió a enfrascarse en la labor científica. Se está preparando para realizar un largo viaje.

Cristo sigue sirviendo en casa de Salvador.

Zurita adquirió una nueva goleta y pesca perlas en el golfo de California. Y aunque no es el más rico de América, no tiene motivos para lamentarse de la suerte. Los extremos de su bigote, como la aguja del barómetro, marcan alta presión.

Lucía se separó del marido y se casó con Olsen. Ellos pasaron a Nueva York y se colocaron en una fábrica conservera. En el litoral del golfo de La Plata ya nadie recuerda al "demonio marino".

Sin embargo, en las sofocantes noches de verano siempre aparece algún viejo pescador que, al oír un ruido extraño en el silencio de la noche, dice a los jóvenes:

-Así hacía sonar su caracola el "demonio marino" -y con esto induce a evocar leyendas sobre él.

En Buenos Aires había un hombre que no podía olvidara Ictiandro.

Toda la muchachada capitalina conoce a ese viejo medio loco, a ese indio pobretón.

-¡Ahí va el padre del "demonio marino"!

Pero el indígena no presta atención a las chungas de los muchachos.

Al encontrar a Zurita el viejo siempre se vuelve, escupe, y lo maldice.

No obstante, la policía no importuna al viejo Baltasar, pues padece paranoia melancólica y no perjudica a nadie.

Pero cuando el mar se enfurece, el viejo indio deviene presa de extraordinaria inquietud.

Corre hacia la orilla y, arriesgándose a que se lo lleven las olas, se pone a gritar día y noche al borde del acantilado, hasta que la tormenta amaine:

-¡Ictiandro! ¡Ictiandro! ¡Hijo mío...!

Pero el mar guarda celosamente su secreto.

FIN